Papa León XIV

VIAJE APOSTÓLICO
URUGUAY, ARGENTINA Y PERÚ

6 al 16 de noviembre de 2026



Este libro reúne los discursos, homilías, oraciones y saludos del Papa León XIV durante su viaje apostólico a Uruguay, Argentina y Perú, del 6 al 16 de noviembre de 2026.

Los textos siguen el orden del viaje: Montevideo, Paysandú y Florida, en Uruguay; Buenos Aires, Córdoba y Luján, en Argentina; y Lima, Chiclayo, Cusco, Pucallpa y Callao, en Perú, el país donde el Papa fue misionero y obispo de Chiclayo. Recogen las palabras a los periodistas durante el vuelo, los encuentros con las autoridades, los obispos, los jóvenes, el mundo del trabajo y el universitario, y las misas de cada etapa.

La edición reproduce el texto oficial publicado por la Santa Sede, con las palabras improvisadas que figuran junto a algunos de los textos.

León XIV

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA LEÓN XIV A URUGUAY, ARGENTINA Y PERÚ

DISCURSOS, HOMILÍAS, ORACIONES Y SALUDOS

URUGUAY, ARGENTINA Y PERÚ

DEL 6 AL 16 DE NOVIEMBRE DE 2026

www.opusdei.org

© Dicasterio para la Comunicación - Libreria Editrice Vaticana

www.vatican.va

Foto de portada: Agencia Andina

Edición digital: Oficina de Comunicación del Opus Dei, 16-11-2026

Índice

URUGUAY

Montevideo

A los periodistas durante el vuelo a Montevideo
Encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático
Vísperas con obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y seminaristas

Paysandú

Santa Misa en el Parque París Londres

Montevideo

Encuentro con la realidad social de Casavalle
Encuentro con el mundo de la educación
Vigilia de oración en el Estadio Centenario

Florida

Santa Misa en Florida, Santuario de la Virgen de los Treinta y Tres

ARGENTINA

Buenos Aires

Discurso a las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático
Saludo en el Pequeño Cottolengo Don Orione de Claypole
Homilía en la Santa Misa de Buenos Aires

Discurso al mundo del trabajo
Discurso a los líderes religiosos
Vísperas con el episcopado argentino
Vigilia con los jóvenes
Saludo en el Complejo Penitenciario Federal

Córdoba

Homilía en la Santa Misa de Córdoba
Discurso al clero, religiosos y agentes pastorales

Luján

Homilía en la Santa Misa de Luján

PERÚ

Lima

Con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático
Con los obispos de Perú
Hora Media con los obispos, sacerdotes y religiosos
Desafíos y esperanzas para el futuro del pueblo peruano
Vigilia con los jóvenes y los universitarios
Saludo desde el balcón de la Nunciatura Apostólica

Chiclayo

Santa Misa en las Pampas de Pimentel
Visita a la Capilla San Óscar A. Romero
Con los obispos, sacerdotes, religiosos y equipos sinodales
Con el mundo universitario
Coronación de la Virgen Inmaculada
Santa Misa en Santa Cruz de Succhabamba
Clausura del Año Jubilar de santo Toribio de Mogrovejo

Cusco

Con los fieles y los representantes de la piedad popular
Ángelus

Pucallpa

- Con los misioneros y los representantes de los pueblos amazónicos
- Santa Misa en Pucallpa

Lima y Callao

- Casa de Acogida de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados
- Santa Misa en la Base Aérea Las Palmas

URUGUAY

6-8 de noviembre de 2026

MONTEVIDEO

6 de noviembre de 2026

PALABRAS DEL SANTO PADRE A LOS PERIODISTAS DURANTE EL VUELO CON DESTINO A MONTEVIDEO

Matteo Bruni:

¡Buenos días Santidad! Bienvenido a bordo. Con usted, para este viaje tan esperado, viajan unos 80 periodistas, de los cuales 10 son de los países que vamos a visitar. Hay cierto entusiasmo también por parte de los periodistas que viajan con usted, entusiasmo mezclado con un poco de temor incluso por la intensidad del viaje. ¡Bienvenido! Tal vez quiera decirnos algo, ya que estamos en buena compañía esta mañana.

Santo Padre León XIV:

Buongiorno a tutti, buenos días, *good morning everyone*.

Antes que nada, me gustaría darles la bienvenida a todos y expresarles una vez más mi gratitud por su servicio, por el trabajo que realizan, el cual es tan importante para ayudarnos a difundir la palabra y, especialmente por supuesto, la Palabra del mensaje de Dios, que es de paz y buena voluntad para todas las personas.

Yo también estoy muy contento de estar aquí. Sé que algunas personas tenían dudas sobre si este viaje se llevaría a cabo. Confieso que desde el primer día no tuve ninguna duda y estaba convencido de que este viaje tenía que seguir adelante. Estoy feliz de poder decir Bendito sea el Señor y dar las gracias a los maravillosos asistentes médicos que están aquí hoy. Creo que estoy bastante bien de salud.

Así que ustedes son testigos de eso y me da mucho gusto que se unan a nosotros. También me gustaría aprovechar la oportunidad para presentarles a alguien a quien muchos de ustedes ya conocen, pero que ahora es la nueva Prefecto del Dicasterio para la Comunicación del Vaticano, la Dra. Monserrat Alvarado, quien se ha unido al equipo vaticano de la Santa Sede para asumir este desafiante cargo como Prefecto para la Comunicación, tomando el relevo del Dr. Paolo Ruffini, quien ha concluido su mandato. Así que ahora contamos con la maravillosa experiencia, la creatividad, la vitalidad y el dinamismo de Montse, quien nos acompañará en este viaje y apoyará al Vaticano y a mí mismo en la importantísima dimensión de la comunicación. Así es que ¡bienvenida, Montse!

Y finalmente, como todos ustedes saben, nos dirigimos a tres países en América Latina, cada uno de ellos con una historia muy particular.

Muchas cosas en común, muchas diferencias. Y, por supuesto, la parte más larga del viaje será en Perú, que para mí, sin duda, es uno de mis muchos hogares, y estoy muy feliz de volver allí, claro; y solo quisiera reiterar que la razón principal de este viaje es continuar la misión del Obispo de Roma, del Papa, compartiendo la alegría del Evangelio, anunciando la Buena nueva y caminando junto a la gente, expresando esa cercanía que es tan importante para las personas, ya sea en sus momentos de alegría o en sus momentos de tristeza, pues buscan con gran intensidad el mensaje de esperanza en el mundo de hoy.

Así que espero que ese sea el foco principal de este viaje con el tono particular de cada país, de cada visita, de sus pueblos y culturas.

Y estoy muy feliz de compartir este viaje con ustedes. Así que muchas gracias.

Volver al índice

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, LA SOCIEDAD CIVIL Y EL CUERPO DIPLOMÁTICO

Señor Presidente de la República, distinguidas Autoridades y miembros del Cuerpo diplomático, señoras y señores:

He aceptado con mucha alegría la amable invitación que se me ha dirigido para visitar esta tierra uruguaya. Agradezco, señor Presidente, las palabras que acaba de pronunciar y las atenciones con que han querido recibirme. Mi saludo se extiende igualmente a quienes representan aquí a las instituciones de la República y a las naciones acreditadas ante el país.

Desde este primer encuentro deseo hacer llegar mi saludo a todos los uruguayos, dondequiera que se encuentren. Durante estos días tendré la alegría de recorrer algunos lugares de esta tierra, acercarme a su historia y encontrarme con hombres y mujeres que, en realidades muy diversas, forman parte de la vida del país. Entre esos lugares, Florida ocupa un sitio particular, donde se venera a Nuestra Señora de los Treinta y Tres, Patrona del Uruguay. Al comenzar mi visita deseo poner bajo su protección a quienes encontraré en mi camino. Su presencia acompaña una página decisiva de la historia nacional y continúa reuniendo hoy a generaciones muy distintas de uruguayos.

Esa misma historia conserva otro episodio que quisiera traer aquí a la memoria. Pienso en el *Éxodo del Pueblo Oriental* de 1811, conocido también como *la Redota*. No necesitamos alejarnos de este lugar para evocarlo, puesto que el monumento a Artigas, situado en

el centro de esta plaza, lleva en su pedestal un friso de bronce en el que Angelo Zanelli representó escenas de aquella marcha. Quisiera detenerme en algunos detalles de esas figuras, pues ofrecen un punto de partida concreto para mirar también al Uruguay de hoy.

En lo alto del monumento, Artigas aparece solo, a caballo. Más abajo, en el relieve frontal, vuelve a aparecer entre sus hombres, formando parte de aquella multitud. Este detalle trae a la memoria unas palabras que pronunció poco después ante los representantes orientales reunidos en el *Congreso de abril* de 1813: «Mi autoridad —dijo— emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana» (*Oración inaugural*: *Archivo Artigas*, t. XI, doc. 82). En una frase unía el origen de la autoridad y la responsabilidad de quien la ejerce: recibirla de una comunidad concreta y responder ante ella.

En 2025 se cumplieron cuarenta años de democracia ininterrumpida en Uruguay, durante los cuales se sucedieron distintos gobiernos por decisión de los ciudadanos. La autoridad pública encuentra su razón de ser en el servicio al bien común y está llamada a ejercerse dentro del orden jurídico, respetando la libertad y la responsabilidad de los ciudadanos (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 74). De ahí el valor de los cauces que permiten participar en la vida pública, delimitar con claridad las competencias de las instituciones y elegir a quienes asumen el encargo de gobernar (cf. *ibíd*., 75).

El bien común comprende también la responsabilidad de transmitir a quienes vendrán después los bienes que hoy hemos recibido. Como recordó mi Predecesor, el Papa Francisco, «la noción de bien común incorpora también a las generaciones futuras» (Carta enc. *Laudato si'*, 159). Esta responsabilidad se traduce en las decisiones que afectan al uso de los recursos naturales y a las fuentes de energía. En las últimas décadas Uruguay ha transformado

profundamente su matriz de generación eléctrica, que hoy se apoya casi enteramente en fuentes renovables. Es un resultado notable que ha requerido decisiones sostenidas durante años y la participación de diversos sectores del país. El paso dado plantea ahora nuevos desafíos en el transporte, la producción y el uso responsable de la tierra, el agua y la energía. Pensar a largo plazo significa precisamente administrar estos bienes sin comprometer las posibilidades futuras.

La mirada hacia el futuro alcanza también a quienes habrán de habitar esta tierra: a las condiciones en que podrán nacer y crecer, y a las oportunidades que encontrarán a lo largo de su vida. La evolución demográfica del Uruguay hace especialmente concreta esa preocupación. En uno de los frisos que se encuentran en el monumento, se representa a una mujer que lleva en brazos a un bebé. Lo sostiene estrechamente mientras a su alrededor continúa la marcha.

Ese gesto de protección nos lleva a pensar en la vida que comienza, también en aquella que todavía crece en el seno materno. Quien todavía no ha nacido pertenece ya a la familia humana y al futuro de su pueblo. Su dependencia absoluta de la madre no disminuye la dignidad que le corresponde ni la protección que merece. Jesús mismo quiso asumir esta condición al encarnarse. Acoger una nueva vida requiere que el padre se comprometa junto a la madre, que la familia preste su apoyo y que existan unas condiciones sociales que permitan a ambos criar y cuidar a sus hijos. La protección de quien va a nacer y el apoyo de quienes lo acogen son inseparables. La familia sigue siendo el primer ámbito en el que cada persona es acogida y aprende a vivir con los demás. San Juan Pablo II, que también tuvo la alegría de visitar esta tierra, lo expresó con

una frase que conserva toda su fuerza: «el futuro de la humanidad se fragua en la familia» (Exhort. ap. *Familiaris consortio*, 86).

En otra parte del friso, vemos a varios niños que caminan junto a los adultos. Ellos forman parte del pueblo incluso antes de poder participar en sus decisiones o contribuir con su trabajo. Quienes entonces avanzaban junto a los adultos acabarían recibiendo, a su vez, la responsabilidad de continuar la vida común. Por eso, cuidar a los más pequeños incluye necesariamente asegurarles una educación adecuada. El hogar en el que un niño crece, la alimentación que recibe y la presencia de adultos que lo acompañan sostienen sus primeros años; la educación prolonga esa tarea, desarrolla sus capacidades, forma su juicio y lo prepara para participar con libertad y responsabilidad en la vida de la sociedad (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Gravissimum educationis*, 1).

La formación recibida ha de abrir también oportunidades concretas para incorporarse a la vida laboral, poner en práctica lo aprendido y adquirir autonomía mediante el propio esfuerzo. El trabajo se convierte así en uno de los cauces que permiten a cada persona desarrollar sus capacidades y contribuir al bien de los demás. Conviene recordar que «el trabajo está “en función del hombre” y no el hombre “en función del trabajo”» (S. Juan Pablo II, Carta enc. *Laborem exercens*, 6). Este criterio conserva toda su actualidad ante los rápidos cambios de la tecnología y de la inteligencia artificial. El desarrollo de estas tecnologías debe ampliar las capacidades humanas, facilitar tareas y crear nuevas posibilidades, procurando que la persona que trabaja no quede reducida a una simple pieza prescindible dentro del proceso productivo.

Entre las figuras del monumento encontramos también a una anciana encorvada, que avanza con dificultad apoyándose en un

bastón. En torno a una de las carretas, varias personas se acercan unas a otras y extienden los brazos; algunas parecen más pendientes de ayudarse entre sí que de apresurar el paso. También quienes necesitaban apoyo para continuar formaban parte de aquel pueblo. Su pertenencia no dependía de la fuerza, la autonomía o la capacidad de aportar. Tampoco hoy puede medirse el valor de una persona por lo que produce, por su trabajo o por su capacidad de valerse por sí misma. «La dignidad fundamental de cada persona no se adquiere, no debe ganarse ni necesita ser demostrada» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 53).

El bronce conserva sus rostros y sus gestos, pero nada nos dice de lo que cada uno llevaba dentro mientras avanzaba entre los demás. También hoy podemos vivir rodeados de personas, compartir con ellas el trabajo, la calle o incluso el propio hogar, y desconocer el peso que llevan consigo. La soledad, la angustia y la pérdida de esperanza pueden llegar a ser tan profundas que una persona deje de encontrar razones para continuar viviendo. Ante la dolorosa realidad del suicidio, la atención sanitaria, los vínculos familiares y la cercanía de la comunidad resultan inseparables. Nadie debería llegar a sentirse extraño entre los suyos ni pensar que su ausencia importa menos que su presencia.

Otras formas de sufrimiento se manifiestan en el cuerpo o en las condiciones de vida. La enfermedad, la discapacidad, el dolor físico, la pérdida de autonomía, la pobreza, la falta de trabajo o la exclusión pueden hacer especialmente necesaria la ayuda de los demás. Recientemente he experimentado en primera persona las limitaciones que impone la enfermedad y he recibido cuidados por los que estoy profundamente agradecido. Esta experiencia me lleva a pensar en tantos hombres y mujeres que carecen de medios para obtener un diagnóstico oportuno o recibir los tratamientos que

necesitan. Procurar que la atención sanitaria esté al alcance de cada persona, independientemente de sus recursos, es una responsabilidad que interpela a toda sociedad. Quien atraviesa cualquiera de estas situaciones no deja por ello de ser miembro pleno de la sociedad ni pierde nada del valor de su vida. En esas circunstancias, su fragilidad hace más urgente que reciba la asistencia, los recursos y el acompañamiento que necesita.

La atención debida a quienes sufren compromete a toda la familia humana. Para la Iglesia, este deber encuentra una razón particular en el mandato de Jesucristo de reconocerlo y servirlo en los más necesitados (cf. Mt 25,40). Como recordó Benedicto XVI, «la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre» (Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 38). De ahí que a todos corresponda procurar que cada persona pueda vivir con dignidad, recibir los cuidados que necesita y ser acompañada hasta el término natural de su vida.

Por medio de sus diócesis y comunidades y de tantas personas dedicadas al servicio de los demás, la Iglesia desea colaborar con cuantos trabajan por aliviar el dolor cuando es posible y por sostener a la persona cuando este no puede ser eliminado. A esta tarea común aporta lo que le es propio: una esperanza que no se extingue cuando los recursos humanos encuentran su límite y que recuerda a quien atraviesa la prueba que su vida conserva siempre un sentido y un valor, que no está solo y que tampoco en la oscuridad ha dejado de ser amado por Dios.

Aquella multitud que avanzaba junto a Artigas reunía también a personas de muy diversa condición. En el relieve, una mujer de atuendo distinguido sigue a pie una carreta, mientras otros conducen los animales o transportan sus pertenencias. Aquellas diferencias también forman parte de la historia del Uruguay, donde

generaciones de hombres y mujeres de distintas procedencias y condiciones sociales hicieron de esta tierra una patria común.

Quienes forman parte de un mismo pueblo pueden partir de situaciones muy diferentes y disponer de recursos desiguales. Por ello, la manera en que se organiza y orienta la economía termina repercutiendo directamente en las condiciones de vida de las personas y en sus posibilidades de construir su propio futuro. La creación de riqueza, la inversión y la iniciativa económica —tanto pública como privada— son necesarias para el desarrollo de un país, pero sus frutos han de traducirse también en bienes y oportunidades que alcancen efectivamente a todos, pues «son las personas concretas las que cuentan, cada una de ellas y sus familias» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 58).

La convivencia entre personas de distintas procedencias y tradiciones forma parte también de la historia del Uruguay. Esa pluralidad se expresa hoy en las creencias y convicciones de sus ciudadanos. El carácter laico del Estado está llamado a garantizar un espacio en el que creyentes y no creyentes puedan convivir con libertad y respeto, porque hay valores que son universales. Esta neutralidad no exige que la dimensión religiosa quede confinada al ámbito privado. Como enseña el Concilio Vaticano II, nadie debe ser obligado a obrar contra su conciencia ni impedido de actuar conforme a ella, tanto en privado como en público, individualmente o en asociación con otros, dentro de los debidos límites (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis humanae*, 2-3). Desde esta libertad, las personas y las comunidades religiosas pueden contribuir al bien común, respetando la autonomía de las instituciones civiles.

El respeto y la convivencia que se procuran dentro de una nación han de orientar también sus relaciones con otros pueblos. La propia *Constitución* uruguaya dispone que, en los tratados internacionales,

la República procure que las controversias sean resueltas mediante el arbitraje u otros medios pacíficos y promueva la integración social y económica de los Estados latinoamericanos (cf. art. 6). Que Montevideo sea además sede de la Secretaría del Mercosur da particular concreción a esa vocación de favorecer espacios de entendimiento y cooperación en la región. En tiempos en que las diferencias pueden convertirse fácilmente en motivo de enfrentamiento, perseverar en el respeto al derecho, en la negociación y en la búsqueda paciente de acuerdos constituye un servicio que Uruguay puede seguir ofreciendo a sus vecinos.

Quisiera volver, antes de concluir, a aquella marcha representada en el centro de esta plaza. La *Redota* ocupa un lugar singular en la memoria uruguaya: recuerda a un pueblo puesto a prueba, que debió dejar atrás mucho de lo que tenía y procuró permanecer unido en medio de la incertidumbre.

Los relieves de este monumento se prolongan por las cuatro caras del pedestal. Desde un solo lugar apenas podemos contemplar una parte de aquella multitud. Para descubrir a los demás es necesario acercarse, recorrerlo y detener la mirada en sus personajes. El pueblo aparece precisamente en el conjunto. En aquella multitud podemos reconocer algo que permanece en la vida del Uruguay: la responsabilidad de unos hacia otros, que permite a personas de distintas generaciones y condiciones continuar construyendo una historia común.

A ese Uruguay he venido como Sucesor de Pedro y como pastor, con el deseo de encontrarme con la Iglesia que peregrina en esta tierra y de acercarme, con afecto, a todo su pueblo. Los vínculos entre la Santa Sede y el Uruguay se remontan a los primeros años de su vida independiente. En ese contexto, mi Predecesor, el Papa Gregorio XVI, confirmó las facultades del Padre Dámaso Antonio

Larrañaga y lo designó Vicario Apostólico de la República mediante un breve apostólico del 14 de agosto de 1832. Aquel acto, de naturaleza eclesiástica, ha sido interpretado también como un reconocimiento implícito de la independencia del nuevo Estado oriental, que entonces procuraba afianzar su posición entre las naciones.

Con una historia de fe y servicio que se remonta a siglos atrás, la Iglesia desea seguir ofreciendo al pueblo uruguayo aquello que ella misma ha recibido —a Jesucristo y la esperanza de su Evangelio— y colaborar desde su propia misión con cuantos trabajan por el bien común y la dignidad de cada persona.

Que estos días nos permitan fortalecer cuanto nos une y renovar la confianza con la que se afrontan las dificultades y se prepara lo que está por venir. Que Dios bendiga al Uruguay y que María Santísima, a quien este pueblo se confió en las horas de su nacimiento, siga acompañándolo a lo largo de su historia. Muchas gracias.

Volver al índice

CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS CON LOS OBISPOS, LOS SACERDOTES, LOS DIÁCONOS, LOS RELIGIOSOS, LAS RELIGIOSAS Y LOS SEMINARISTAS

Homilía del Santo Padre

Queridos hermanos y hermanas en Cristo Jesús:

Es una alegría celebrar con ustedes la oración vespertina en esta Catedral, que conserva tantos recuerdos de la vida de su pueblo. Entre ellos, la pila donde recibió el Bautismo José Gervasio Artigas, signo de la fecunda contribución de la Iglesia al bien del país. Allí comenzó para él una vida nueva como hijo de Dios. Esa misma gracia está en el origen de nuestra propia historia. Por el Bautismo, Cristo nos ha hecho partícipes de su vida y nos invita a crecer en su semejanza, hasta que aprendamos a mirar, a escuchar y a amar como Él.

El salmo que acabamos de entonar contiene una advertencia sorprendente. Después de describir los ídolos de oro y plata, obras de manos humanas, dice: «Sean lo mismo los que los hacen, cuantos confían en ellos» (134,18). Los hombres construían aquellas imágenes y terminaban pareciéndose a ellas. Así es el corazón humano: poco a poco va tomando la forma de aquello que ama y en lo que deposita su confianza. Por eso Jesús nos dice: «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt 6,21).

También nosotros, que hemos entregado la vida al Señor, necesitamos preguntarnos dónde está nuestro corazón. A veces

puede quedar enganchado a una obra que consideramos nuestra, al reconocimiento que recibimos o a la tranquilidad de tenerlo todo bajo control. Y, sin darnos cuenta, comenzamos a mirar a los demás desde una perspectiva fundada en esas preocupaciones. La fidelidad a nuestra vocación pide volver una y otra vez a Jesucristo; dejar que sea Él nuestro tesoro, aquel a quien queremos parecernos.

Los ídolos, continúa el salmo, «tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen» (134,16-17). Son de oro y plata, pero carecen de vida. ¡Qué distinto es el Dios en quien hemos puesto nuestra confianza! Él ve el sufrimiento de su pueblo y escucha su clamor. Así se lo reveló a Moisés junto a la zarza ardiente: «He visto la opresión de mi pueblo [...] y he oído sus gritos de dolor» (Ex 3,7).

Y cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, aquella compasión divina se manifestó en un rostro humano, en unos ojos, unos oídos y unas manos como los nuestros. Jesús levantó la mirada hacia Zaqueo, escondido entre las ramas de un árbol (cf. Lc 19,5). Escuchó a Bartimeo, cuando muchos querían hacerlo callar (cf. Mc 10,48-49). Extendió la mano para tocar a un leproso (cf. Mc 1,41) y bendijo a los niños que se le acercaban (cf. Mc 10,16). De su boca salió la palabra que expulsaba a los demonios (cf. Mc 1,25-26) y, desde la cruz, la súplica de perdón por sus verdugos (cf. Lc 23,34). Así es nuestro Dios. En Jesús hemos conocido cómo nos mira y cuánto nos ama (cf. Jn 14,9).

Queridos hermanos, ese amor de Cristo ha querido llegar a tantas personas también por medio de ustedes. Sus ojos han visto crecer a generaciones enteras y han descubierto lágrimas que pasaban inadvertidas. Sus oídos han acogido confidencias difíciles de pronunciar. ¡Cuántas personas han llegado al confesionario con temor y han salido gozosas por el perdón recibido! Lo mismo sucede

con sus manos: que han elevado tantas veces el Cuerpo de Cristo, que han auxiliado a los enfermos, que han preparado un plato de comida o sostenido a quien ya no podía caminar. Esas manos que han hecho llegar a tantas personas, a través del carisma de sus congregaciones, la ternura de Dios. Algunas llevan las marcas de la edad y del trabajo. ¡Qué hermosas son las manos que han envejecido haciendo el bien!

Hay una transformación que el Señor realiza en quien permanece cerca de Él. La lectura breve nos ha recordado que la prueba de nuestra fe produce constancia (cf. St 1,3). La semejanza con Cristo madura también en las dificultades: cuando el trabajo parece estéril, cuando las fuerzas disminuyen, cuando es preciso comenzar de nuevo. La constancia va dejando una huella. Con los años, una mirada puede volverse más misericordiosa, unas manos, más dispuestas a servir y una palabra, más capaz de consolar. ¡Ojalá las pruebas nos encuentren siempre unidos a Jesús, para que nos hagan crecer en su amor!

Bajo las bóvedas de esta Catedral descansa el cuerpo del beato Jacinto Vera. En ese sepulcro esperan la resurrección aquellos pies que recorrieron los caminos del Uruguay para llevar el Evangelio a su pueblo; las manos que bendijeron, socorrieron a los pobres y administraron los sacramentos; los oídos que acogieron incontables confidencias y los ojos que se detuvieron en quienes necesitaban ayuda. Así lo expresó una religiosa que lo trató durante años y que, evocando su sencillez al hablar y hasta su manera de caminar, dejó este testimonio: «De verlo nada más parecía que estaba siempre en oración» (*Positio*, I,154). El trato con Dios había modelado su rostro, sus gestos, su manera de estar entre los demás. Quienes se acercaban a él encontraban algo de la bondad de Cristo, incluso antes de escuchar una palabra de su predicación.

Queridos hermanos y hermanas, he aquí uno de los secretos de la evangelización: parecernos a Aquel a quien anunciamos. En esta tierra, donde muchos de nuestros contemporáneos apenas conocen a Jesucristo y tantos jóvenes han crecido lejos de la vida de la Iglesia, ese testimonio tiene una fuerza particular. Que al ver cómo miramos a los demás, cómo escuchamos o cómo nos acercamos a quien sufre, pueda provocar en ellos la pregunta, de dónde nace ese amor. Y que, cuando les hablemos de Jesús, descubran al mismo Señor cuya bondad, a pesar de nuestra pobreza, han comenzado a experimentar a través de nosotros.

Ese deseo de que otros conozcan y sigan a Jesús se ha expresado también en la oración por las vocaciones. Cuando, en 2024, el seminario interdiocesano no recibió nuevos candidatos, muchos fieles comenzaron a unirse en jornadas de oración y ayuno para pedir al Dueño que envíe trabajadores a su mies (cf. Mt 9,38). Desde entonces, han perseverado en la súplica para que otros escuchen su llamado. Y hoy damos gracias porque varios jóvenes han comenzado su camino en el seminario y en la vida consagrada y están sentados en medio de nosotros. ¡Qué alegría saber que siguen naciendo respuestas generosas al amor de Cristo! Agradezco de corazón a quienes han sostenido esta súplica y los animo a perseverar. Vean en estos frutos la prueba de que nuestro Dios escucha la oración de su pueblo.

Quisiera que esta experiencia del Uruguay encontrara eco en toda la Iglesia. Desde esta Catedral de Montevideo, invito a mis hermanos obispos de todo el mundo a promover en sus diócesis jornadas de oración y ayuno por el aumento de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Que las parroquias, las familias y las comunidades religiosas se unan en esta súplica. ¡Que el ejemplo de esta tierra anime a muchos otros a pedir con la misma confianza!

Queridos seminaristas, novicios y novicias, contemplen a quienes han recorrido antes que ustedes el camino de la entrega: sus manos gastadas, su amor perseverante, su manera de tratar con Jesús. Aprendan de ellos esa familiaridad con el Señor. Y a quienes llevan muchos años en el ministerio o en la vida consagrada, les pido que vuelvan siempre a lo esencial. Custodien el silencio de la oración, la escucha de la Palabra, el encuentro con Cristo en la Eucaristía. En esa intimidad se renueva el amor que los llevó a entregarle su vida, y nuestro corazón va adquiriendo los rasgos del suyo.

Hay todavía una imagen del salmo que quisiera recordar. De aquellos ídolos se dice que «no tienen aliento en sus bocas» (134,17). El Señor resucitado, en cambio, sopló sobre sus discípulos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo» (Jn 20,22). Ese mismo Espíritu da vida a este barro que somos (cf. Gn 2,7) y nos reúne en un solo cuerpo. Déjense conducir por Él y hagan todo unidos en el vínculo del amor, sobre todo cuando se vean rodeados de toda clase de pruebas (cf. St 1,2). Aunque a veces los separen muchos kilómetros, sosténganse unos a otros y permanezcan siempre en comunión con el Sucesor de Pedro, que también necesita el apoyo de sus oraciones.

Dentro de unos instantes cantaremos el *Magníficat*. En el seno de María Santísima se formaron aquellos ojos que mirarían con misericordia, los oídos que escucharían nuestras súplicas y las manos que se extenderían para salvar. Que Nuestra Señora de los Treinta y Tres nos ayude a mantener el corazón junto a su Hijo, para que, cuando llegue la hora de cerrar nuestros ojos, podamos escuchar la voz del Señor llamándonos por nuestro nombre y abandonarnos confiados en sus manos. Amén.

Palabras improvisadas a los jóvenes reunidos frente a la Nunciatura apostólica (Montevideo)

¿Dónde están los jóvenes? ¿Dónde está la juventud del Papa? ¡Más fuerte!

¡Buenas noches a todos! ¡Muchas gracias!

Muchas gracias por la acogida. Veo que Uruguay es un país de jóvenes que tienen fe.

Muy bien, es un gusto saludarles, espero verles de nuevo en estos días.

El Nuncio dice que quiere dormir, ¡pero canten hasta la hora que quieran! Bueno, quizás no tanto, porque los vecinos también van a querer dormir. Pero muchas gracias. Gracias por su entusiasmo, gracias por estar aquí.

¡Dios les bendiga a todos! Y la bendición de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes siempre.

¡Buenas noches!

Volver al índice

PAYSANDÚ

7 de noviembre de 2026

SANTA MISA EN EL PARQUE PARÍS LONDRES

Homilía del Santo Padre

Queridos hermanos y hermanas:

Esta es la primera Misa de mi visita que celebro en tierra uruguaya, gracias por estar aquí. Las lecturas que hemos escuchado nos describen la figura de un hombre justo, a quien el Señor ayuda y fortalece para que lleve adelante la misión que le ha sido encomendada. San Pablo, en la Carta que dirige a los filipenses, agradece el apoyo de la comunidad en su tarea misionera, consciente de que, en su pobreza, Dios es toda su riqueza, y su Divina Providencia se manifiesta a través de los hermanos a los que ha sido enviado.

El Salmo, por su parte, llama bienaventurado a quien ama la ley del Señor y cuyas obras son coherentes con su fe. Asimismo, Jesús en el Evangelio destaca al hombre honrado, que sirve a Dios y lo pone en el centro de su vida, y que es fiel en todo lo que se le confía, ya se trate de un asunto grande o pequeño.

Hoy, reunidos aquí en Paysandú para celebrar la Eucaristía, con la alegría de congregar en torno a una misma mesa a tantos fieles de la Iglesia uruguaya, así como a peregrinos venidos de países hermanos, la liturgia de la Palabra nos lleva a evocar la presencia en estas tierras rioplatenses de tantas personas de fe que, desde los inicios de la evangelización del continente, llegaron en nombre del Señor para anunciar la gran alegría que ellos mismos habían

experimentado al encontrarse con Cristo. Como los ángeles a los pastores (cf. Lc 2,10), ellos transmitieron con gozo la buena noticia del Evangelio, expresando su fe a través de obras de caridad y misericordia.

En esta celebración también queremos recordar y dar gracias a Dios por la vida y el ministerio de un hijo de estas tierras, el beato Jacinto Vera, obispo de Montevideo, que fue un testigo coherente de la fe que anunciaba, generoso en la caridad y entregado totalmente a la misión apostólica. Desplegó su celo pastoral en todas direcciones y sin medir los sacrificios. Por ejemplo, acudía a atender a los enfermos a caballo, a pesar de las grandes distancias, de los peligros del camino y de las inclemencias del clima. El «obispo gaucho» recorrió tres veces el territorio uruguayo, llevando fe y esperanza a sus habitantes. Durante la histórica Defensa de Paysandú, en 1864, Mons. Vera se instaló en la Isla de la Caridad, frente a la ciudad sitiada, para atender a refugiados y heridos de ambos bandos. Allí se quedó hasta la caída del sitio para acompañar a su gente, suplicando en nombre de Dios que los ejércitos de hermanos se dieran el abrazo fraternal.

Queridos hermanos y hermanas: hoy nos corresponde a nosotros continuar el legado que estos sembradores del Evangelio nos han dejado, y debemos hacerlo teniendo en cuenta lo que nos dice la Palabra de Dios: con justicia, honestidad y fidelidad, conscientes de que el mensaje que anunciamos no nos pertenece. Es un tesoro que hemos recibido del Señor, y lo llevamos en vasijas de barro (cf. 2Co 4,7).

Hay tres símbolos que caracterizan a esta región y que pueden ayudarnos a reflexionar sobre el tesoro de la fe que nos ha sido dado y la misión que hoy se nos confía. El primero es *el puente*, el segundo *los palmares* y el tercero *el mate*.

En esta ciudad de Paysandú se encuentra el Puente internacional General Artigas, que atraviesa el río Uruguay, uniendo dos países limítrofes. No es difícil imaginar los beneficios que genera un puente: apertura, comunicación, intercambio. Por eso, ¡qué importante es ser constructor de puentes! Esa es la vocación a la que todos estamos llamados: construir puentes, estrechar lazos, unir, comunicar, transmitir la alegría de la fe, como lo hizo el beato Jacinto «a tiempo y a destiempo» (2Tm 4,2).

Además, es necesario que el puente tenga buenos cimientos, para que no sucumba a las corrientes más enfurecidas. Ciertamente, así como la casa edificada sobre roca permanece firme en medio de la tormenta y la casa construida sobre arena corre el peligro de derrumbarse (cf. Mt 7,24-27), también un puente necesita los soportes adecuados para no desplomarse con la fuerza del viento y de las aguas. Cada vez que vayan a la costa y divisen el puente, recuerden que este símbolo nos representa y nos indica la importancia de una sólida formación cristiana. Necesitamos estar bien preparados para dar razones de nuestra fe a todo el que nos lo pida (cf. 1P 3,15) y no dejarnos arrastrar «por cualquier clase de doctrinas extrañas» (Hb 13,9). Sólo así seremos instrumentos de unidad y vínculos de caridad.

Otro símbolo que caracteriza y embellece esta tierra son *los palmares*. Nos dice el libro de los Salmos que «el justo florecerá como una palmera» (Sal 92,13). Este árbol es resistente a la fuerza de los vientos, posee raíces profundas, se eleva rectamente hacia el cielo en busca de luz y produce el dulce fruto del yatay. Esta es una hermosa imagen del origen y el destino al que estamos llamados: arraigarnos en Cristo, Alfa y Omega, Principio y Fin de nuestra vida, para que, permaneciendo unidos a Él, demos buenos frutos (cf. Jn 15,5).

Al mismo tiempo, vemos que en esta región las palmeras no crecen aisladas, sino que forman palmares, es decir, son muchas, no están solas ni distanciadas. Así también la Iglesia es una comunidad de hermanos que hunde sus raíces y bebe de un manantial común: la Palabra de Dios, los Sacramentos, la oración y la acción caritativa, y sus fieles elevan su mirada para alabar juntos a Cristo, sol que nace de lo alto, cuya luz guía los pasos de la humanidad por el camino de la paz (cf. Lc 1,78-79).

Finalmente, pensemos en un símbolo que está presente en cada hogar de este país, en cada lugar de estudio y de trabajo, en cada reunión de amigos. Me refiero al *mate*, esa bebida tan típica de Sudamérica, cuyo significado profundo ustedes pueden explicar mejor que yo. Seguramente el mate los ha acompañado también hoy, en el viaje de camino a esta celebración, y los acompañará al regresar. ¡También hasta Roma ha llegado el mate!

El mate es signo de familiaridad, de amistad y de encuentro. Nos enseña a compartir y a estar juntos, a estrechar los lazos que nos unen y hermanan. Es signo de acogida, de integración y de valores comunes. «Tomar mate» es un ritual lleno de simbolismos, donde se dialoga sin palabras y cada detalle posee un significado propio. Pienso también en los mates que uno toma cuando está solo y que acompañan un momento de silencio y oración. En esos espacios de soledad, cuántas veces tantos de ustedes le habrán confiado a Dios sus preocupaciones y necesidades, sus deseos y anhelos más profundos.

Queridos hermanos y hermanas: necesitamos reflexionar sobre estos símbolos que nos son comunes, que nos dan identidad y sentido de pertenencia, que nos hablan de nuestros orígenes y nos proyectan hacia el futuro. También la fe forma parte del pueblo

uruguayo desde sus orígenes, y es necesario transmitirla a las futuras generaciones con valentía creativa.

Jesús, en el Evangelio de hoy, nos recuerda la importancia de la fidelidad a los dones recibidos: «El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho» (Lc 16,10). Estas palabras las hicieron vida muchos hombres y mujeres, como el obispo Jacinto Vera, que fueron fieles a la vocación recibida y esparcieron las semillas del Evangelio en el alma del pueblo uruguayo. Esas semillas continúan vivas en la comunidad, pero es necesario seguir aportando las condiciones necesarias para que puedan crecer y expresar todo su potencial. Es necesario seguir formando en la fe a los niños y jóvenes, acompañando a las familias, sosteniendo a los ancianos y practicando las obras de caridad.

Queridos hermanos y hermanas: los animo a continuar la misión evangelizadora con entusiasmo. Sean puentes, para que muchos se encuentren con Jesús. Sean comunidad fraterna, que se reúne y comparte la vida y los proyectos, los sueños y las esperanzas, especialmente con los más necesitados. Sean comunidad orante, que mantiene el diálogo con el Señor «como un amigo habla con otro amigo» (cf. Jn 15,15). ¡Cristo cuenta con ustedes! ¡Cristo cuenta contigo!

Que nuestra Madre celestial, la Virgen de los Treinta y Tres, los proteja en el camino de la vida y los guíe siempre al encuentro con su Hijo Jesús.

Saludo improvisado del Santo Padre en la plaza situada frente a la Basílica de Nuestra Señora del Rosario, en Paysandú

¡Buenos días!

Muchas gracias por la acogida y por estar aquí.

Como quizás habrán escuchado en la homilía de la Santa Misa, he hablado de tres símbolos, tres expresiones que reflejan muy bien parte de la vida, parte de nuestra vida cristiana: *ser constructores de puentes*, como aquí tienen ustedes este puente que une países, tenemos que construir puentes que unen a todos los pueblos. Los unen en la fe, los unen porque creemos en un solo Dios y creemos que la paz es posible y queremos construir la paz.

Los palmares representan que queremos estar reunidos todos, queremos construir comunidades de fe.

Y el *mate*, esta expresión tan importante en su cultura, donde dos amigos, dos familiares están unidos para compartir muchas veces dialogando sin palabras, pero están unidos para compartir la vida, las dificultades como también las alegrías. Que estos símbolos nos ayuden también a seguir viviendo nuestra vida a pesar del dolor, de las dificultades, de los desafíos, buscando la presencia de Dios entre nosotros y recibiendo del Señor la fuerza y la valentía de vivir nuestra fe, de proclamar nuestra fe en Jesucristo que nos ha dado la vida. Y les ofrezco la bendición como pequeño gesto de mi deseo de estar siempre cerca de ustedes.

El Señor esté con ustedes.

La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes y les acompañe siempre. Amén.

¡Que Dios les bendiga! ¡Felicidades!

Volver al índice

MONTEVIDEO

7 de noviembre de 2026

ENCUENTRO CON LA REALIDAD SOCIAL DE CASAVALLE

Saludo improvisado del Santo Padre León XIV a familias residentes de Casavalle

La bendición de Dios viene en muchas formas. Hoy queremos pedir su bendición sobre cada familia aquí representada, sobre sus seres queridos, sobre todas las familias que viven aquí en esta zona.

Una bendición grande viene cuando estamos reunidos en comunidad, cuando aprendemos a trabajar juntos, a colaborar en un proyecto común y a decir que la vida es importante, que nuestra fe nos sostiene. Y que queremos ser fieles a Jesús, nuestro mejor amigo.

Que el Señor esté con ustedes. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes. Amén.

Discurso del Santo Padre

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenas tardes!

Es una gran alegría para mí poder visitar esta parroquia, este barrio, recorrer las calles y conocer las obras que con tanto esfuerzo se han realizado. Viéndolos, me siento como en casa, recordando las visitas a distintas comunidades como misionero. Agradezco al Cardenal Daniel Sturla, Arzobispo de Montevideo, al P. Pablo Coimbra, párroco de esta comunidad, y a la señora Carmen Albana Sanz por sus palabras de bienvenida; y a todos ustedes por su

presencia hoy aquí y por haber preparado este encuentro con tanto entusiasmo. De modo especial quiero agradecer a quienes han dado sus testimonios, abriendo sus corazones para compartir con nosotros el triunfo de la vida, la fe y la esperanza. Gracias a Angélica, Alan y Katherine.

Esta parroquia está dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe, a quien mis predecesores declararon «Patrona de América Latina» y «Emperatriz de las Américas». Esa presencia amorosa de nuestra Madre del cielo en este continente nos invita a mirar más allá de la realidad que nos circunda, a ver más allá de las fronteras y, elevando la mirada, a abrir nuestros corazones a las realidades eternas. Asimismo, María nos enseña a hacer lo que nos dice su Hijo Jesús (cf. Jn 2,5), y esa es la misión de las parroquias: ser como un faro que señale la presencia de Jesucristo, ofreciendo a todos la luz de la Palabra de Dios, el auxilio de los Sacramentos, la ayuda de la oración y el bálsamo de la caridad fraterna. En esta comunidad parroquial se ha llevado adelante un proyecto de construcción de varias viviendas destinadas a familias de escasos recursos. Me alegra haber podido contribuir a esta hermosa iniciativa a través de los benefactores de la *Papal Foundation*, a quienes agradezco sinceramente su generosidad. Que estas viviendas sean para sus familias mucho más que un techo: un verdadero hogar donde puedan crecer en dignidad, paz y esperanza, sintiendo siempre la cercanía y el amor de Dios.

Quisiera compartir con ustedes una historia que Jesús contó a sus discípulos —seguramente la conocen—; me refiero a la parábola del buen samaritano (cf. Lc 10,29-37). En ella se cuenta que un hombre «cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron de todo, lo hirieron y se fueron, dejándolo medio muerto» (v. 30). Este hecho fue muy lamentable e injusto. A la terrible agresión que recibió el hombre que iba por el camino, se le sumó, además, el dolor causado

por la indiferencia de aquellos que, aun viéndolo necesitado, pasaron de largo (cf. vv. 31-32). Pero la historia no termina allí; en el relato se enciende una luz de esperanza: un samaritano, al verlo se conmovió, se acercó, curó sus heridas, lo condujo a un albergue y ofreció los medios necesarios para su cuidado y recuperación (cf. vv. 33-35).

Queridos hermanos y hermanas, esta historia la podemos ver muchas veces replicada también hoy en los numerosos casos de inseguridad y de violencia que lamentablemente amenazan la paz de nuestros barrios, e incluso la vida de nuestros seres queridos, y a los que tantas veces la sociedad responde con la indiferencia. Al mismo tiempo, podemos ver la otra cara, es decir, la acción de numerosas instituciones y personas de buen corazón que contribuyen a fomentar la paz y que ayudan a las personas a hacer frente a sus necesidades de manera concreta. Un luminoso ejemplo es la vida entregada del Padre Cacho, que supo tender puentes, derribar muros y generar encuentro, como nos ha contado Angélica en su testimonio.

Necesitamos seguir apostando por la cercanía caritativa del buen samaritano que, al advertir la desgracia ajena, no fue indiferente, sino que se hizo cargo de la vida de su hermano. No podemos pasar de largo cuando sabemos que hay niños en Uruguay que no van a la escuela por miedo a no volver. No podemos acallar nuestra conciencia cuando constatamos que una madre no tiene los medios para alimentar a sus hijos. No podemos ignorar que en nuestro entorno hay mucha gente que sufre, que está sola y es vulnerable. Lo escuchamos en primera persona, en las conmovedoras palabras de Katherine. Un hijo de este país, tan rico en recursos, no debería irse a dormir sin comer, ni debería renunciar a recibir una educación y un futuro dignos debido a la inseguridad que reina en las calles. Mucho menos debería sufrir violencia hasta el extremo de llegar a perder la vida.

Tenemos que trabajar unidos: la Iglesia, la comunidad civil y el Estado. Necesitamos despertar de nuestras inercias y abogar por el bien común. Es la experiencia que nos ha compartido Alan, que hoy ofrece gratuitamente lo que a su vez ha recibido. En nosotros está la decisión de construir una nueva ciudad, en la que nadie sea excluido, o de seguir cómodamente sumido cada uno en sus propios asuntos. Nos decía el Papa Francisco que «la inclusión o la exclusión de la persona que sufre al costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos. Enfrentamos cada día la opción de ser buenos samaritanos o indiferentes viajantes que pasan de largo» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 69).

La labor de la Iglesia nace de la caridad evangélica, «que la impulsa a acercarse a las heridas de la humanidad en los momentos en que estas se manifiestan con mayor gravedad. Cuando interviene, lo hace imitando al buen samaritano, con discreción y cercanía, consciente de que lo que surge de una necesidad inmediata no puede convertirse en norma, ni sustituir las responsabilidades institucionales propias de la comunidad civil» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 21). Unamos por tanto nuestros esfuerzos y respondamos con generosidad a la llamada a edificar juntos una patria de hermanos.

Queridos amigos, la parábola del buen samaritano concluye con este envío de Jesús: «Ve, y haz tú lo mismo» (Lc 10,37). Se trata de un mandamiento que todo cristiano debe oír resonar cada día en su corazón (cf. Exhort. ap. *Dilexi te*, 107). Dejemos que estas palabras nos renueven y nos impulsen para seguir construyendo juntos una nueva ciudad, donde reinen el amor y la paz. Que Dios los bendiga y nuestra Madre de Guadalupe, a quien profeso especial afecto y veneración, pues en su fiesta recibí la ordenación episcopal, los ampare con su manto celestial. Muchas gracias.

Volver al índice

ENCUENTRO CON EL MUNDO DE LA EDUCACIÓN

Saludo del Santo Padre León XIV

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra mucho poder reunirme con ustedes, que, a ejemplo de Jesús, el Divino Maestro, dedican su vida al servicio de la educación. Saludo al Cardenal Daniel Sturla, S.D.B., Gran Canciller de esta Universidad Católica. Saludo a los señores Obispos, al Rector, el padre Julio Fernández Techera, S.I., y a todas las autoridades civiles. Mi saludo especial a los profesores y a los estudiantes, venidos de tantos Centros educativos de este país.

Hace poco más de treinta y ocho años, san Juan Pablo II visitó esta Casa de estudios, que en ese entonces estaba dando sus primeros pasos. Hoy, deseo agradecerles de corazón la labor educativa que han realizado y siguen realizando en las comunidades de formación y de enseñanza, en los distintos niveles y etapas del aprendizaje, en favor del anuncio del Evangelio y de la dignidad de la persona humana. Esa constancia demuestra que la educación católica en Uruguay ha llegado a ser «la forma concreta con la que el Evangelio se convierte en gesto educativo, relación, cultura». Nos afirma, además, que «el Evangelio no envejece, sino que "hace nuevas todas las cosas" (Ap 21,5). Cada generación lo escucha como una novedad que regenera. Cada generación [descubre] su poder seminal y multiplicador» (cf. Carta ap. *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, Proemio, 1.1).

El objetivo de la misión pastoral en el ámbito educativo es que el estudiante, el profesor, el directivo del centro de educación, escuche, vea, guste, toque, huela la Buena Noticia; que ilumine los sentidos, como lo hacen los vibrantes murales de este Campus universitario, para que quien participa de la comunidad educativa crezca y fortalezca su inalienable dignidad de persona humana. Lo mismo ocurre en los entornos de educación extraescolar e informal, en las comunidades educativas y de reinserción social o terapéutica, donde, más aún que las palabras, cuenta la presencia atenta y el testimonio de vida de adultos creíbles, competentes y que cooperan entre sí.

Para que se alcance esa meta, ante la realidad mundial que estamos viviendo, considero necesario «superar las visiones dualistas: El ser humano es "unidad de cuerpo y alma". La reducción del cuerpo a un "objeto", del que se puede disponer arbitrariamente, es siempre una negación de la dignidad de la persona» (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 14; *Audiencia general*, 9 de septiembre de 2026).

Los invito, por ello, a que hagamos un breve «paseo» por nuestros cinco sentidos y, reflexionando en ellos, redescubramos la belleza del Evangelio y la magnificencia de nuestra humanidad.

Empecemos comentando el versículo de un salmo: «*Cuando contemplo el cielo*» (Sal 8,4). El salmista nos conduce hasta una de las operaciones más sublimes de nuestros ojos: contemplar. Contemplar, hoy en día, es mirar con atención, casi maravillado, algo espiritual o material. La conciencia de nuestro lugar en el plan de Dios y de nuestra responsabilidad personal y colectiva en el cuidado de la armonía original nace de la contemplación de la creación y del encuentro con Él. Esto podemos apreciarlo también en los doce edificios del Campus, que se fusionan armoniosamente en el entorno de este barrio.

Contemplar es evangelizar en ese proceso cognitivo cada vez más difícil: La atención. Cuando se crece en este proceso, nuestros niños y jóvenes logran la profundidad que añoran; adquieren espacios de silencio y discernimiento; crecen en la familiaridad del diálogo con la conciencia y con Dios (cf. Carta ap. *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 10.3). Les pido que en su labor educativa la contemplación tenga un lugar privilegiado.

En segundo lugar, el salmista, al decir «*el cielo, obra de tus dedos*» (Sal 8,4), continúa en su contemplación, hasta el punto de que logra ver los dedos de Dios, como los de un artista que va dejando en la creación luminarias, ángeles, seres vivos que se mueven en el firmamento, en la tierra y en las aguas. De todos estos seres, sólo el hombre tendrá dedos que, unidos en sus manos, trabajarán la tierra, producirán frutos, saludarán a sus semejantes, acariciarán, abrazarán. No obstante, no podemos olvidar que, en la actualidad, los dedos humanos están produciendo la más terrible de las «obras humanas»: la guerra (cf. *Discurso en la sede de la UNESCO*, 25 de septiembre de 2026).

La educación católica que ustedes desarrollan está llamada a que la comunidad educativa descubra la importancia del tacto, de las manos, de los dedos, para fomentar la paz. Si nuestros estudiantes sienten el abrazo bautismal que nos dio de pequeños el Padre, anhelarán el otro abrazo, el del Padre misericordioso que nos espera en la gloria. Hacer que nuestros niños y jóvenes se sientan como en medio de estos dos abrazos es la dura pero hermosa tarea del que predica el Evangelio (cf. Francisco, *Evangelii gaudium*, 144). Quien se siente abrazado por el Padre es, inevitablemente, un constructor de paz.

En el paseo que estamos haciendo, el apóstol Pedro nos dirige hacia el sentido del gusto, diciendo: «*Han gustado qué bueno es el*

Señor» (1P 2,3). Este sentido evoca el sabor, la sabiduría que viene de experimentar, de rumiar, de degustar. Hablo de la sabiduría que nos acerca a la bondad de Dios; la sabiduría que nos hace hermanos; la sabiduría que nos hace santos. Gustar no se limita a reconocer sabores, clasificar alimentos, agrupar comidas. De la misma manera, no puede ser considerado sabio aquel que reúne información, sin discernir, sin reflexionar, sin conocer el contexto.

Es urgente, entonces, que nuestra educación escolar y universitaria contribuya al «uso sabio de las tecnologías y la IA, colocando a la persona antes que el algoritmo y armonizando las inteligencias técnica, emocional, social, espiritual y ecológica» (cf. Carta ap. *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 10.3). Que nuestros niños y jóvenes saboreen «lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (Rm 12,2).

Para considerar el olfato, podemos remitirnos al episodio de la unción en Betania relatado por el evangelista Juan: «*La casa se llenó de la fragancia del perfume*» (Jn 12,3). «El mundo se ha llenado de la buena fama, porque olor bueno es la buena fama», nos recuerda san Agustín (*Comentario a san Juan*, Tratado 50, n. 7). La fama del hombre de hoy ha sufrido innumerables golpes, hasta el punto de que desechar, rechazar, menospreciar, se ha convertido en un olor nauseabundo, aceptado por nuestro olfato.

El proceso de deshumanización que estamos viviendo es un desafío para nuestras instituciones escolares y universitarias. «La paradoja resulta cada vez más evidente: mientras se atribuye “inteligencia” a los sistemas computacionales, nos cuesta reconocer la dignidad inalienable de las personas, cuyas vidas se juzgan según el criterio de la eficiencia y, cuando se considera que ya no son productivas, son rechazadas y descartadas» (*Discurso en la sede de la UNESCO*, 25 de septiembre de 2026).

Es indispensable que defendamos el *buen olor* de la persona humana, fundamentados en el *buen olor* del Mesías. Necesitamos proclamar de nuevo que la vida humana se respeta en todas sus fases y estados. Nadie puede ser rechazado.

Finalizamos nuestro paseo con el sentido de la escucha, citando al evangelista Mateo, que dice: «*El que tenga oídos, que oiga*» (Mt 13,9). Terminamos aquí con la intención de que cuanto hemos reflexionado en esta Casa de estudios sea oído y, posteriormente, escuchado en sus instituciones educativas. Afinar el oído es importante en el mundo de hoy. Discernir lo que escuchamos marca la diferencia. «San Agustín, al injertar la sabiduría bíblica en la tradición grecorromana, comprendió que el maestro auténtico suscita el deseo de la verdad, educa la libertad para leer los signos y escuchar la voz interior» (Carta ap. *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 2.2).

Nuestra educación católica no puede estar proyectada en un circuito cerrado. Más bien, debe acostumbrarse a escuchar a las familias, a la sociedad civil, a las autoridades políticas y administrativas, así como a los representantes de los sectores productivos y de las categorías laborales. Hoy en día, nuestros niños y jóvenes «escuchan» cuando participan del voluntariado, de la misión o del proyecto comunitario. El que escucha reconoce al otro como un bien, no como una amenaza. En las Sagradas Escrituras, escuchar al Señor ha sido visto como un acto de sabiduría, de prudencia y de justicia (cf. Pr 1,2-5;2,1-9). Estas tres virtudes deben adornar nuestros proyectos educativos, teniendo en cuenta que las generaciones cambian mucho más rápido que antes y que, estar al día, sin abandonar la sana tradición, es todo un desafío.

Queridos hermanos y hermanas, les pido que sigan caminando, evangelizando y contemplando a toda la persona: «cuerpo y alma,

corazón y conciencia, inteligencia y voluntad» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 3). No nos está permitido detenernos. Sigamos caminando en Aquel que se hizo Camino, Verdad y Vida. Agradezco nuevamente la labor educativa que realizan, y poniéndola bajo el amparo de la Bienaventurada Virgen María, Sede de la Sabiduría, les imparto de corazón la Bendición Apostólica.

Saludo improvisado del Santo Padre al término del encuentro con el mundo de la educación en la Universidad Católica de Uruguay

Muchas gracias. Buenas tardes a todos y gracias por estar aquí. Voy a decirles que tengo en mi corazón un deseo grande: que el entusiasmo que ustedes están viviendo hoy, lo encuentren todos los días y que puedan ser ustedes esa voz que Uruguay necesita para descubrir de verdad cuánto es importante la fe en Dios, cuánto es valiosa la vida humana y cuánto valor tiene la vida de cada uno de ustedes. Que sigan viviendo con este entusiasmo, con esta alegría. La alegría les anuncia el gran Don. Muchas gracias. Que Dios los bendiga.

Volver al índice

VIGILIA DE ORACIÓN

Queridos hermanos y hermanas, querido Uruguay: ¡buenas noches!

Doy gracias a Dios por la oportunidad que me da de encontrarme aquí con ustedes. Agradezco también al cardenal Sturla, arzobispo de Montevideo, las palabras de bienvenida que me ha dirigido, así como a Federica, Giovanni y la familia Gutiérrez Hernández la sinceridad con la que han compartido sus testimonios. Sé que, detrás de lo que puede verse en una visita breve, hay años enteros de fidelidad. Pienso en las familias que han transmitido la fe, en los sacerdotes y consagrados que han entregado su vida, en los laicos —muchos de ellos jóvenes— que sostienen sus comunidades y en tantas personas que se ponen al servicio de los demás por amor a Dios. Gracias por haber hecho presente a Jesucristo en tantas vidas. Él nos eligió para que vayamos y demos fruto (cf. Jn 15,16), y quizá mucho de ese fruto permanece allí donde nosotros mismos ni siquiera alcanzamos a verlo. La Iglesia les está profundamente agradecida.

Estar con ustedes esta noche me permite compartir una reflexión sobre algo que hoy experimentan muchas comunidades cristianas: el avance de la secularización y de una indiferencia religiosa cada vez más extendida. En muchos lugares, la fe ha dejado de transmitirse con la naturalidad de generaciones anteriores y crece el número de quienes atraviesan buena parte de su vida sin una relación habitual con la Iglesia ni con la práctica religiosa. Los creyentes que peregrinan en Uruguay han tenido que aprender a vivir y anunciar su fe en ese escenario, como hemos podido escuchar esta noche. Por eso, su experiencia puede ayudar a hermanos y hermanas en otras

partes del mundo que comienzan a descubrir, de distintas maneras, qué significa ser una minoría. Pero, aun en estas circunstancias, hay quienes perseveran: padres que rezan con sus hijos, profesores que procuran vivir y testimoniar la fe, jóvenes que han descubierto a Cristo y desean seguirlo incluso cuando se sienten solos, hay comunidades que continúan reuniéndose y sacerdotes que recorren grandes distancias para llevar los Sacramentos a los fieles. Al pensar en todo esto, me venía una y otra vez a la memoria una pequeña ciudad bíblica: Belén.

El profeta Miqueas la había llamado «pequeña entre los clanes de Judá» (5,2); san Mateo, en cambio, dirá: «De ningún modo eres la menor» (2,6). Belén seguía siendo pequeña. Nada había cambiado en su tamaño ni en su importancia política. Quizá Belén pueda enseñarnos algo sobre esta realidad: cuando somos pocos, cuando disminuyen las fuerzas o cuando comprobamos que nuestra presencia social ya no es la misma, existe el riesgo de empezar a juzgar nuestra situación con criterios muy humanos. El Evangelio nos invita a mirar de otro modo. Dios escogió Belén, y esa elección basta para que no identifiquemos pequeñez con insignificancia.

Basta pensar en la Eucaristía: ¡el Señor del universo presente bajo las humildes apariencias del pan y del vino! Esa misma lógica divina se manifiesta ya en su nacimiento. San Lucas nos cuenta que, llegado el momento del parto, «no había lugar para ellos» (2,7). Todo estaba ocupado. Quizá podemos ver en esta frase una imagen de la indiferencia actual. La vida se llena de ocupaciones, afectos, proyectos y distracciones, hasta que la ausencia de Dios deja de sentirse como ausencia. Se puede llegar a vivir sin buscarlo y, más aún, sin advertir cuánto lo necesitamos.

Sin embargo, Cristo viene, pero la casa está llena. No hay lugar dentro y termina recostado en un pesebre; poco después, Herodes

intentará acabar con Él, incapaz de soportar un reinado que no controla. Hay algo de Belén que sigue repitiéndose: Dios puede ser considerado innecesario y la fe confinada al ámbito privado, como si nada tuviera que aportar a la vida en común. Cuando se pretende construir un mundo sin Dios, se corre el riesgo de dejar también al hombre sin lugar. Pero nada de eso cambia la realidad: aquel Niño es Dios y viene a salvar-*nos*. Y en este «*nos*» estamos todos, porque la indiferencia puede entrar también, poco a poco, en la vida de quienes creemos.

Belén nos hace una pregunta muy sencilla: ¿hay lugar para Él? Lugar en nuestro tiempo, en nuestra lógica, en nuestros hogares; lugar para escucharlo, para recibir su perdón, para dejarnos corregir por su Palabra. Necesitamos custodiar a Cristo en el centro de nuestra vida mediante la oración, la Misa, la Confesión y la lectura meditada del Evangelio. Todos hemos de volver una y otra vez a ser discípulos. Si queremos que otros encuentren a Cristo, necesitamos conocer personalmente el camino hacia Belén.

A Belén fueron también unos Magos que habían visto un astro desde lejos. No eran expertos en las Escrituras, no sabían dónde terminaría su viaje y ni siquiera podían explicar aquello que buscaban. Pero aquella luz despertó en ellos una inquietud que los puso en camino. Queridos amigos: ustedes, con humildad y sencillez, pueden reflejar la luz de Cristo en su vida. Tal vez haya personas que nunca abran una Biblia por iniciativa propia, que lleven años sin pisar una iglesia o que ni siquiera sepan decir si creen en Dios. Pero, viéndolos a ustedes, puede despertarse en ellos el deseo y la búsqueda de Dios, pueden descubrir que vale la pena jugarse la vida.

Amigos jóvenes, ustedes mismos atrévanse a dar el paso casándose y formando una familia. ¡No le teman al «para siempre»! Matrimonios, abran su casa a la vida, incluso cuando el mundo les

diga que un hijo es una carga. Si alguno siente que Cristo lo llama a dejarlo todo para seguirlo en el sacerdocio o en la vida consagrada, no ignore esa voz por miedo a perder otras posibilidades. Cuando ser justo y honrado tenga un precio, páguenlo. Cuando perdonar parezca una derrota, perdonen. Cuando todos les digan que piensen primero en ustedes mismos, no tengan miedo de hacerse los últimos; sean capaces de entregar tiempo, dinero, comodidad y proyectos para servir a los demás. Que quien los mire pueda preguntarse: «¿Por qué vive así? ¿De dónde saca esta libertad? ¿Por qué se aman tanto?».

La estrella que vieron los Magos no era la meta. Su misión era conducir a Belén, donde está Cristo. Si nuestra vida despierta una pregunta, habrá dado fruto cuando esa pregunta guíe a alguien hasta Jesús. Para iluminar mucho no hace falta ser muchos, sino reflejar la luz del Señor.

San Lucas nos lleva ahora a otra escena: unos pastores que pasan la noche cuidando de sus rebaños. No han seguido a la estrella, no han emprendido ningún viaje ni parecen estar buscando nada. Están sencillamente en medio de su vida, haciendo lo que hacen cada noche. Y es precisamente allí donde Dios sale a su encuentro: «No teman, porque *les anuncio una gran alegría*, que será para todo el pueblo» (2,10). En este anuncio se inspira el lema de mi visita entre ustedes. *¡Les anuncio una gran alegría!*

Dichas palabras deberían ocupar siempre un lugar central en la vida de la Iglesia. Las buenas noticias necesitan testigos. Y nosotros hemos recibido una que merece ser gritada al mundo: ¡Jesucristo! ¡El Hijo de Dios se ha hecho hombre! ¡Es Dios con nosotros!

Por Él sabemos que el pecado puede ser perdonado. Podemos acompañar a quien está muriendo y decirle que su vida no terminará en la nada. Podemos llevar pan y vino al altar y recibir su Cuerpo y

Sangre. Podemos decirle a quien ha caído: «levántate, todavía puedes comenzar de nuevo». ¡Miren lo que se nos ha confiado! ¡Jesucristo es nuestra esperanza! La sociedad puede encontrar en otras instituciones muchas cosas muy valiosas, pero ninguna puede sustituir el anuncio de que el amor de Dios es más fuerte que la muerte, el odio, la violencia, la guerra y el pecado. Esa es la alegría que llevamos, esa es la alegría que el Papa viene a recordarles.

Notemos que el ángel añade que dicha alegría está destinada a «todo el pueblo». No dice «para quienes estaban esperándolo», ni «para los que sean perfectos». Algunas personas, como los Magos, ya están buscando y debemos acompañarlas en su camino. Otras, en cambio, como los pastores de Belén, no están buscando nada. A ellas, esa alegría tiene que ir a encontrarlas en medio de su noche.

Los pastores, después de escuchar el anuncio, se dijeron: «Vayamos a Belén» (Lc 2,15). Allí encontraron a María, a José y al Niño. El evangelista añade que volvieron a sus campos «glorificando y alabando a Dios» (Lc 2,20). Volvieron al mismo trabajo, a los mismos caminos, probablemente a los mismos problemas. Pero ellos ya no eran los mismos. Habían encontrado a Cristo.

Queridos amigos: ¡que este encuentro sea como Belén para que ustedes vuelvan a su vida de otra manera! Que Cristo entre de verdad en lo que hacen, en lo que aman, en lo que eligen, también en aquello que nadie ve. ¡Sean santos! No se conformen con una vida simplemente correcta ni con una fe de costumbre que se contente con lo indispensable. No le den a Dios solamente una parte de ustedes, ¡dense por completo! Santos significa hombres y mujeres que rebosan de la abundancia de vida en Cristo, libres y auténticos, personas cuya vida hace antojable un sí rotundo al amor, a la verdad, a la felicidad. No tengan miedo de aspirar a eso. Cristo no nos llamó a la mediocridad, nos llamó a una vida nueva y plena como la suya.

Queridos hermanos y hermanas, querido Uruguay: ¡que se note que hemos estado en Belén! Que se note que Cristo vive y que encontrarse con Él hace la diferencia. Aquel mismo Jesús que nació en Belén, que murió y resucitó, vive para siempre y permanece con nosotros. Cristo nos espera realmente presente en la Eucaristía. ¡Qué hermoso que Belén signifique precisamente «casa del pan»! Allí nació quien se nos daría como Pan de Vida. Y hoy podemos seguir encontrándonos con Él, tan cercano y tan humilde, en cada sagrario. Búsquenlo allí, en la adoración eucarística. Hablen con Él como con un amigo y déjense mirar por Él.

Pongamos también nuestra vida bajo la mirada de Nuestra Señora de los Treinta y Tres. Que Ella, Estrella de la mañana, que nos conduce hacia su Hijo, nos enseñe a reconocerlo y a seguirlo. Pidamos al Señor la gracia de responder siempre, como Ella, a su llamada: Heme aquí Señor, he aquí tu siervo, tu sierva, ¡hágase en mí lo que Tú quieras!

Muchas gracias.

Volver al índice

FLORIDA

8 de noviembre de 2026

SANTA MISA EN LA PLAZA DE LA CATEDRAL BASÍLICA DE FLORIDA, SANTUARIO NACIONAL DE LA VIRGEN DE LOS TREINTA Y TRES

Palabras improvisadas del Santo Padre frente a la Parroquia de Santa Teresita en Juanicó

¡Buenos días y feliz domingo! Ustedes no lo saben, pero estoy de verdad muy contento por este breve momento en la parroquia de santa Teresita. La primera parroquia en Uruguay dedicada [a ella], después de su canonización. Mi familia, especialmente mi papá, teníamos una gran devoción a santa Teresita. Y entonces, poder pasar por aquí en este día de fiesta —ustedes saben que estamos en camino a Florida para celebrar la fiesta de Nuestra Señora de los Treinta y Tres— es un momento de devoción, un momento de agradecimiento, un momento para reconocer que la gracia de Dios, el amor de Dios, está siempre con nosotros; y que Dios nos acompaña en todo momento, ya sea en los momentos felices como también cuando sufrimos, quizás por enfermedad, dolor y tantas dificultades.

Vamos a pedir la bendición del Señor sobre cada uno de ustedes y sus familias, que han traído rosarios, objetos de devoción, también los bendecimos en este momento. Y vamos a pedir al Señor que nos ayude a todos a crecer en la fe, a vivir nuestra fe con valentía, a no tener miedo de decir: «Yo soy cristiano, yo soy católico, yo creo en Jesucristo». Jesús nos ha dado una vida que nos enseña a vivir a nosotros también, sirviendo a los demás, caminando unidos y

buscando la presencia de Dios y compartiendo la alegría de ser cristianos con todos.

El Señor esté con ustedes…

Bendito sea el nombre del Señor…

Nuestro auxilio está en el nombre del Señor…

La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes. ¡Felicidades, feliz día y feliz domingo!

Homilía del Santo Padre

Queridos hijos e hijas de esta tierra uruguaya:

Con gran entusiasmo, junto a Nuestra Señora de los Treinta y Tres, me encuentro hoy aquí con ustedes. Vengo como peregrino para compartir la fe y el cariño con que este pueblo ha mirado durante generaciones a la Madre de Dios. A quienes han venido desde distintos lugares, a quienes peregrinan hasta aquí desde hace años y a quienes hoy se acercan por primera vez, los abrazo con afecto y los encomiendo a la protección de María.

La Palabra de Dios pone hoy ante nosotros a dos mujeres que vivieron en tiempos muy distintos y sobre las que resuena casi la misma bendición. A Judit, después de la liberación de su pueblo, le dicen: «Bendita seas, hija, ante el Dios Altísimo, más que todas las mujeres de la tierra» (Jdt 13,18). Muchos siglos después, Isabel recibe a María en su casa y exclama: «Bendita tú entre las mujeres» (Lc 1,42).

La tradición cristiana reconoció muy pronto esta relación. En Judit contempló a una mujer que, en un momento difícil para su gente, no se dejó dominar por el miedo. Rezando y ayunando, tomó

una decisión que la llevó a arriesgar su propia vida (cf. Jdt 8-10). Cuando llegó la victoria, Judit no se la atribuyó. Sabía bien quién había salvado a Israel y decía: «Canten a mi Dios con tamboriles, entonen al Señor himnos con címbalos» (Jdt 16,1). Por eso son tan grandes las palabras con que su pueblo la recibe: «Tú eres la gloria de Jerusalén, tú el orgullo de Israel, tú el insigne honor de nuestra raza» (Jdt 15,9). En Judit, el pueblo celebraba lo que Dios había hecho en su favor.

Escuchar hoy estas palabras ante la Patrona de este país tiene una resonancia particular. Esta pequeña imagen está vinculada a una hora decisiva de la historia del Uruguay. En 1825, quienes luchaban por la libertad de esta tierra acudieron también a María, para poner aquel comienzo bajo su protección. Aquel gesto nos recuerda que tampoco la historia de los pueblos se comprende del todo cuando se prescinde de Dios. Así, desde una de las horas fundacionales de la patria, Uruguay quedó íntimamente ligado a una Madre. Desde entonces han pasado distintas generaciones, han cambiado las circunstancias e incluso la relación de muchos uruguayos con la fe. Ella ha permanecido aquí. Mientras María acompañaba la historia de este pueblo, en tantos hogares fueron otras mujeres las que conservaron la fe y la entregaron a sus hijos.

Pienso en las madres que pusieron en los labios de sus hijos las primeras palabras de oración, que los llevaron a bautizar, los prepararon para recibir los sacramentos y les enseñaron a vivir la caridad cristiana. Pienso en las abuelas que conservaron un altar en casa, que rezaron por los vivos y por los difuntos, que hicieron presente a Dios en las cosas ordinarias de la vida. Ya en los primeros tiempos de la Iglesia encontramos algo semejante: la fe de Timoteo tenía detrás dos nombres de mujer. El Apóstol recuerda con afecto a su abuela Loida y a su madre Eunice, en quienes había habitado

primero aquella «fe sincera» que Pablo reconocía también en él (cf. 2Tm 1,5). La Escritura nos dice poco de aquellas dos mujeres. Sabemos, sin embargo, que de aquella fe aprendida en casa se nutrió quien llegaría a ser un estrecho colaborador de san Pablo (cf. Hch 16,1-3).

Esta tierra tiene también nombres de mujer inscritos en su historia de fe. Entre ellos está santa María Francisca Rubatto, que quiso quedarse entre ustedes y servir aquí a los más necesitados. Están también las beatas mártires Dolores y Consuelo Aguiar-Mella, dos hermanas nacidas en Montevideo. Son vidas muy distintas, pero en las tres encontramos una fidelidad llevada hasta el extremo.

Pero la mayor parte de esta historia no quedó escrita en los libros. Se fue transmitiendo silenciosamente de generación en generación, dentro de las familias. Cuando uno se pregunta de dónde vino la fe que lleva dentro, muchas veces aparece el nombre de una mujer concreta: una madre, una abuela, una madrina, una religiosa, una catequista. Tal vez no recordamos todas las palabras que nos dijeron, pero sí cómo rezaban, cómo hablaban del Señor y con qué convicción vivían lo que nos enseñaban.

A todas esas mujeres quisiera hoy darles las gracias. Gracias por haber creído y por haber mantenido abierto en tantas familias un camino hacia Dios. Algunas pudieron hacerlo apoyadas en una tradición familiar que venía de lejos; otras tuvieron que sostener esa fe con mayor esfuerzo, quizá sin encontrar siempre comprensión o apoyo dentro de su propia casa. Sé que muchas cargan una pena muy concreta. Enseñaron a rezar a sus hijos y hoy esos hijos ya no rezan. Iban juntos a Misa y hace años que no entran en una iglesia. Hablaron a sus nietos de Dios y ahora no saben si aquellas palabras dejaron alguna huella. A veces se preguntan si hicieron algo mal o si todo aquello terminó perdiéndose. Permítanme recordar aquí a santa

Mónica. Ella conoció bien ese dolor. Rezó durante años por un hijo que parecía cada vez más lejos de Dios, y no dejó de confiar en la gracia. Por eso, no den por perdido aquello que sembraron. El Señor mismo nos enseñó que la semilla puede crecer sin que el sembrador sepa cómo (cf. Mc 4,27).

Madres y abuelas: ¡no se cansen de transmitir la fe! Prediquen con su vida y también con su palabra. Insistan en la oración, en el amor y en la esperanza: insistan a tiempo y a destiempo (cf. 2Tm 4,2). Háganlo con paciencia, sin dureza y sin desaliento. Aunque sus seres queridos parezcan lejos de Dios, sigan poniéndolos ante Él. No dejen de bendecir, de acompañar, de recordarles con sencillez aquello que un día recibieron. Hay puertas que ustedes no pueden abrir, pero Dios sí.

Quisiera dirigirme también a los varones, a los padres y a los abuelos. Sus hijos y nietos necesitan ver que la fe ocupa un lugar verdadero en la vida de los hombres de su familia. Imiten a san José, quien asumió la tarea de formar a Jesús, llevándolo al templo, enseñándole a trabajar de manera honesta y mostrándole que Dios debe ocupar el primer lugar en la vida de la persona.

Queridos padres y abuelos, los jóvenes necesitan verlos rezar, acercarse a los sacramentos, tratar con respeto a sus esposas, pedir perdón y vivir con honradez también cuando hacerlo exige sacrificios. Un hijo aprende mucho al ver que su padre puede arrodillarse delante de Dios sin sentirse menos hombre por ello.

La Escritura pide al pueblo que las palabras recibidas de Dios permanezcan en el corazón y que las enseñe a sus hijos, hablando de ellas «estando en casa y yendo de camino, al acostarte y al levantarte» (Dt 6,6-7). Dios tenía un lugar en la conversación, en las decisiones y en la vida diaria de la casa. Así aprendían los hijos que la

fe recibida de sus padres era también aquello por lo que sus padres vivían. También los obispos, los sacerdotes y las personas consagradas están llamados a sostener a las familias en esta tarea, ejerciendo con generosidad su paternidad y maternidad espiritual, acompañando a quienes vacilan y ayudando a muchos a reencontrar el camino de Dios.

Transmitir la fe significa llevar a otros a Cristo, a quien nosotros mismos hemos recibido. María nos muestra precisamente cómo hacerlo. En el Evangelio, Isabel la recibe exclamando: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» (Lc 1,42). María no retiene aquella alabanza. Isabel la proclama bendita y ella responde cantando las grandezas del Señor (cf. Lc 1,46-55). En Caná, cuando recurren a ella, los remite a su Hijo: «Hagan lo que Él les diga» (Jn 2,5).

San Pablo, en la segunda lectura, formula explícitamente una verdad que toda la vida de María proclama: «Hay un solo Dios y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús» (1Tm 2,5). Toda la grandeza de María nace de su relación con Cristo: lo acoge, vive de Él y conduce a otros hacia Él. Ese encuentro con el Maestro es la meta de toda evangelización y de toda auténtica devoción mariana. El Hijo de Dios se ha entregado por todos; nadie puede quedar fuera de la oración de la Iglesia. Por eso san Pablo nos pide que recemos «por los reyes y por todos los constituidos en autoridad» (1Tm 2,2), y por todos los hombres, porque Dios «quiere que todos se salven» (1Tm 2,4).

En esta fiesta de la Patrona del Uruguay, llevemos ante el Señor a todo este pueblo. Recemos por quienes tienen la responsabilidad de gobernarlo, para que busquen con rectitud el bien de todos; por las familias, por los jóvenes, por quienes sufren, por quienes se sienten lejos de Dios y por quienes necesitan volver a Él y cambiar de vida.

San Lucas nos muestra cómo comienza esa misión. Después de concebir al Hijo de Dios, María «se levantó y se puso en camino de prisa» (1,39). No espera a que Isabel venga a buscarla: sale a su encuentro y entra en su casa llevando consigo al Señor. Allí, el niño salta de alegría e Isabel queda llena del Espíritu Santo (cf. Lc 1,41-44). Ese movimiento de María señala también nuestro camino. No podemos esperar siempre a que quienes se han alejado regresen por sí solos. Uruguay: ¡hay que ponerse en camino! ¡Hay que entrar de nuevo en las casas, acercarse a las personas, escuchar sus preguntas y llevarles a Cristo! Cada uno sabe hacia quién debe dar ese paso: quizá un hijo, un amigo, un vecino, alguien que dejó de creer hace mucho tiempo o que nunca ha tenido cerca a una persona que le hablara de Dios.

Que la Reina del Cielo sostenga a quienes continúan sembrando la fe y nos enseñe a reconocer a Cristo en el pobre, en el enfermo y en quien está solo, y a llevarlo allí donde todavía no es conocido.

Dentro de poco depositaré la *Rosa de Oro* ante esta imagen. Con este gesto deseo honrar a quien es verdaderamente «el orgullo de nuestra raza» (Jdt 15,9) y hacer visible el cumplimiento de aquellas palabras que ella misma pronunció: «me felicitarán todas las generaciones» (Lc 1,48).

A María, Capitana y Guía de este pueblo, quiero consagrar de nuevo esta nación, confiar a su amparo esta tierra y a cuantos viven en ella, y suplicar a Dios que, por su poderosa intercesión, quebrante las obras del demonio y preserve al amado Uruguay de cuanto quiera apartarlo de Cristo. Que esta *Rosa de Oro*, ofrecida como signo de veneración y de amor filial, recuerde también a sus hijos que están llamados a imitarla: a amar a Cristo como Ella lo amó, a llevarlo a los demás como Ella lo llevó. Así sea.

Agradecimiento al final de la Santa Misa

Al finalizar la Celebración eucarística, y antes de despedirme de este querido país, deseo agradecer a todas las personas que hicieron posible mi visita: a las Autoridades civiles y religiosas, a los equipos que organizaron cada evento y a los voluntarios, a las familias y comunidades que se movilizaron y colaboraron para que podamos vivir juntos estos días, así como a las personas que nos han acompañado a través de los medios de comunicación. Me habían dicho que, aunque Uruguay es un país relativamente pequeño, su pueblo tiene un corazón generoso y es capaz de cosas muy grandes. Eso quedó de manifiesto durante estos días. Han preparado todo muy bien. ¡Gracias de corazón!

Hemos compartido jubilosos la alegría de la fe en Cristo, y somos testigos de que ese gozo ha ido aumentando en cada jornada. Lo que vivimos en Montevideo, en Paysandú y aquí, en Florida, se irradia al resto del país y del mundo. Así son las matemáticas de la fe: lo que hemos recibido y ofrecemos gratuitamente, con la gracia de Dios, se multiplica, abre horizontes y enriquece nuestras vidas, dándoles un sentido nuevo. Queridos hermanos y hermanas de Uruguay: sigan multiplicando la fe, la esperanza y la caridad, continúen viviendo y anunciando la alegría que brota del encuentro con nuestro Señor Jesucristo, y encontrarán como resultado una vida plena y fecunda.

Por intercesión de la Virgen de los Treinta y Tres, le pido a Dios que bendiga al pueblo uruguayo y lo guíe por sendas de unidad y de paz. Los llevo en mi corazón y les pido que me sigan acompañando con sus oraciones. ¡Muchas gracias Uruguay!

Volver al índice

ARGENTINA

8-11 de noviembre de 2026

BUENOS AIRES

8, 9, 10 y 11 de noviembre de 2026

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, CON LA SOCIEDAD CIVIL Y CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Palacio Libertad, Centro Cultural Domingo Faustino Sarmiento (Buenos Aires)

Domingo, 8 de noviembre de 2026

Señor Presidente de la República, distinguidas Autoridades y miembros del Cuerpo diplomático, señoras y señores:

Me alegra profundamente encontrarme hoy en esta querida tierra argentina. Agradezco, Señor Presidente, las cordiales palabras que ha tenido a bien dirigirme y la acogida que, por medio de usted, me brinda su pueblo. Saludo también a los miembros del Cuerpo diplomático y a las demás Autoridades aquí presentes y extiendo con afecto mi saludo a todos los argentinos.

He venido como Sucesor del apóstol Pedro y, por ello, como pastor. Deseo encontrarme con la Iglesia que peregrina en esta tierra y dirigirme asimismo a toda la nación y a quienes han recibido la tarea de servirla. La Iglesia acompaña la vida de los pueblos desde la misión que le ha sido confiada. Por eso, también ante quienes ejercen responsabilidades públicas, desea ofrecer una palabra inspirada en el Evangelio y orientada a custodiar la dignidad de cada persona, la concordia y el bien común.

Mi llegada a esta tierra tiene, para mí, un significado particular. Durante doce años, la Iglesia universal escuchó la voz de un Pontífice

argentino que llevó consigo, en la memoria y en el corazón, los lugares, las personas y la fe que aquí recibió. Hoy, al sucederle en el ministerio petrino, recorro en cierto modo el camino inverso y vengo a la patria donde el Papa Francisco comenzó una historia que después habría de entrelazarse con la de toda la Iglesia. Acercarme a la tierra en la que él creció es también acercarme a una historia mucho más amplia, hecha de generaciones de hombres y mujeres que, antes y después de él, han recibido esta patria y han dejado en ella algo de sí mismos.

Algunos nacieron aquí; otros llegaron desde lejos y encontraron un hogar; otros pertenecen a pueblos originarios cuya presencia precede al nacimiento de la nación. De ese encuentro entre procedencias y experiencias diversas fue tomando forma, con el paso del tiempo, un pueblo que ha sabido abrir sus puertas, hacer espacio a quien llegaba y conservar, aun en medio de momentos difíciles, una notable capacidad para levantarse y seguir hacia adelante. Todos han contribuido a la Argentina que hoy tengo la alegría de visitar. Ninguna generación comienza la patria desde cero. La recibe.

La recibe en una lengua y en unos vínculos que la preceden; en instituciones que otros fundaron y en bienes que fueron creciendo gracias al trabajo de muchos. La historia guarda motivos de gratitud y también recuerdos dolorosos. A cada generación corresponde discernir aquello que merece ser conservado, afrontar las consecuencias injustas del pasado y acrecentar el patrimonio material y espiritual común. La patria que hoy está en manos de ustedes será mañana la herencia de otros.

La cultura ofrece algunas de las manifestaciones más características de esa herencia. Argentina ha sabido expresarse con una voz reconocible mucho más allá de sus fronteras: en el *Martín Fierro* de José Hernández; en las páginas de Jorge Luis Borges y de

tantos escritores que han enriquecido la lengua española con acentos rioplatenses; en el tango, nacido del encuentro de barrios, puertos y procedencias diversas. De igual forma lo ha hecho en la música y las tradiciones del interior, en el teatro y también en gestos cotidianos tan sencillos como el mate compartido, que convierte una pausa en ocasión de conversación y cercanía. Son expresiones distintas de una misma memoria colectiva, recibida de generaciones anteriores y confiada también a la creatividad de quienes vienen después.

En esa herencia se encuentra profundamente arraigada la fe cristiana. Su huella atraviesa la memoria de la nación y permanece viva en innumerables argentinos que han encontrado en el Evangelio una fuente de sentido, esperanza y fraternidad.

Compartir una misma herencia exige también aprender a convivir, aun cuando existan diferencias de pensamiento. La historia enseña cuánto puede crecer un pueblo cuando sus diferencias se convierten en ocasión de diálogo y encuentro. Por eso, la democracia pertenece también a esa herencia que debe ser custodiada. Elegir a los propios gobernantes mediante el sufragio, participar en la vida pública, expresar con libertad las propias convicciones, confiar en la ley y reconocer en las instituciones un espacio común son bienes que se afianzan con el tiempo y que cada generación está llamada a cuidar y fortalecer (cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 46).

La democracia se fortalece también en la manera cotidiana de actuar en la vida pública: en la disposición a escuchar, en el cuidado de la palabra, en la búsqueda paciente de acuerdos y en la capacidad de reconocer en quien piensa de manera distinta a un compatriota con quien se comparte un mismo destino. De ese modo, se forja una confianza que permite a una sociedad afrontar sus diferencias sin perder la conciencia de aquello que la mantiene unida.

A quienes han recibido responsabilidades públicas les corresponde una tarea especialmente exigente. La autoridad alcanza su sentido más alto cuando se ejerce como servicio, cuando sabe mirar más allá de lo inmediato y cuando pone sus capacidades al cuidado de aquello que pertenece a todos. Quien ejerce la autoridad tiene también el deber de actuar con prudencia, reconocer los límites del poder que le ha sido confiado y orientar sus decisiones hacia el bien de toda la comunidad (cf. S. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris*, 53-60).

El bien común al que sirve la autoridad debe poder percibirse también en las condiciones concretas de la vida cotidiana. La familia, célula básica de la sociedad, ocupa aquí un lugar esencial. En ella, cada persona aprende a descubrir que su vida está unida a la de otros y que también es responsable de ellos. En el hogar se nos enseña a cuidar al débil, a perdonar, a compartir y a permanecer junto a quien necesita ayuda; y allí también muchos hombres y mujeres reciben las primeras semillas de la fe.

Por ello, una de las condiciones más elementales es poder vivir del propio trabajo. Esta tierra conoce bien el valor del esfuerzo de quienes se ganan la vida en el campo y en las ciudades, en los talleres, en las escuelas y en los hospitales; de quienes emprenden y de quienes cada día sostienen sus hogares. El trabajo permite a una persona sustentar a los suyos, desarrollar sus capacidades y saberse partícipe de la construcción de la patria (cf. Exhort. ap. *Dilexi te*, 115). Por eso, corresponde favorecer cuanto abra oportunidades, estimule la iniciativa privada y permita que el crecimiento alcance también a quienes encuentran mayores dificultades. Pienso de manera particular en las familias que llevan sobre sí el peso de la incertidumbre, en quienes buscan trabajo, en los ancianos que han contribuido durante años a construir la sociedad y en quienes, aun

trabajando, tienen dificultades para cubrir las necesidades de su hogar. La economía debe estar al servicio de la persona, y no la persona al servicio de la economía.

Argentina posee muchos recursos humanos. Hacer fructificar esa riqueza en beneficio de todos exige prestar particular atención a los jóvenes. De las oportunidades que encuentren hoy dependerá en buena medida que puedan desarrollar aquí sus proyectos de vida. Una nación debe preguntarse seriamente en qué ha fallado cuando sus jóvenes deben abandonar su tierra para realizar sus sueños.

Crear las condiciones para que puedan proyectar libremente su vida en Argentina exige robustecer de manera particular la educación, la formación profesional, la universidad y la investigación. A lo largo de su historia, esta nación ha procurado extender la instrucción a sectores cada vez más amplios de la sociedad. Gracias a ese esfuerzo, generaciones de argentinos han podido cultivar sus capacidades y contribuir al desarrollo del país desde los más diversos oficios y profesiones. Preservar y fortalecer esta vocación educativa exige ofrecer a los jóvenes una formación que les permita descubrir sus talentos, desarrollarlos y ponerlos al servicio de los demás (cf. S. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 14-15). Esta tarea requiere también confiar en los jóvenes, reconocer su capacidad de iniciativa y abrir espacios donde puedan aportar sus ideas y asumir responsabilidades. La nación necesita contar desde ahora con su inteligencia, su creatividad y su participación.

Ese horizonte suscita otra pregunta: ¿Qué lugar ocupan en nuestras decisiones quienes todavía no han nacido? Antes de preguntarnos qué mundo les dejaremos, debemos reconocer su dignidad. Nuestra responsabilidad hacia las generaciones venideras comienza por acoger la vida desde sus primeros instantes y

custodiarla hasta su término natural (cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae*, 101). La misma dignidad reclama especial atención en la enfermedad, la dependencia y la discapacidad. También entonces corresponde cuidar, aliviar el sufrimiento, acompañar y hacer sentir a cada persona que su vida conserva siempre un valor que ninguna circunstancia puede disminuir.

Esa responsabilidad para con el género humano se refiere también al cuidado de la tierra. Argentina ha sido bendecida por Dios con una extraordinaria riqueza natural. Sus campos, sus reservas de agua, sus fuentes de energía, sus minerales y la diversidad de sus ecosistemas ofrecen amplias posibilidades de desarrollo. Una ecología auténticamente humana sabe unir el cuidado de la creación al de las personas, procurando que el aprovechamiento de estos recursos contribuya al bienestar de las comunidades y preserve las condiciones que hacen posible la vida y el trabajo en sus territorios (cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate*, 51).

Los rápidos avances tecnológicos abren, a su vez, posibilidades que hace pocos años apenas podían imaginarse. Plantean también interrogantes de gran alcance, especialmente en relación con la inteligencia artificial. La medicina, la educación, la producción y la investigación cuentan hoy con instrumentos capaces de transformar profundamente la vida humana. Estos avances exigen considerar las consecuencias de su aplicación y las responsabilidades de quienes deciden cómo utilizarlos. El desarrollo tecnológico necesita una conciencia ética a su altura (cf. Francisco, Exhort. ap. *Laudate Deum*, 21-24).

Muchas de estas responsabilidades exceden el ámbito de un solo Estado. Los grandes ríos unen territorios; los ecosistemas se prolongan de un país a otro; la energía, los alimentos, el

conocimiento y los movimientos de las personas crean vínculos que desbordan las fronteras. Pensar el futuro de Argentina lleva también, por ello, a mirar hacia los pueblos con los que comparte este continente. América del Sur posee una gran riqueza humana y natural, y sus pueblos comparten lazos históricos y tradiciones culturales que ofrecen un amplio campo para la cooperación. Argentina puede contribuir a ese esfuerzo con su experiencia y sus capacidades. Fortalecer los espacios de encuentro y de colaboración es una manera de asumir juntos las responsabilidades que ningún país puede afrontar por separado.

Esa cooperación resulta igualmente necesaria frente a graves amenazas. El crimen organizado, las redes de trata de personas, el tráfico de armas y drogas, así como la corrupción dañan la convivencia, alimentan la violencia y desvían recursos necesarios para el bien común. Frente a estas realidades son indispensables la acción coordinada entre los Estados y la solidez de las instituciones. Esa solidez depende también de la integridad personal de quienes han recibido la responsabilidad de gobernar, pues la corrupción erosiona la confianza de los ciudadanos en sus instituciones (cf. S. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsin. *Ecclesia in America*, 23 y 60).

Ese esfuerzo común encuentra una de sus expresiones más altas en el servicio a la paz. Los legítimos intereses de cada nación han de defenderse mediante el diálogo, el respeto al derecho y la búsqueda perseverante de acuerdos. América del Sur ha sabido encontrar, en momentos difíciles de su historia, caminos de negociación y entendimiento para superar graves tensiones. Argentina está llamada a preservar esa voluntad de diálogo y contribuir a que siga dando frutos.

A esta responsabilidad común quiere colaborar también la Iglesia. Su presencia en Argentina forma parte de una historia que se

extiende por toda América. Durante siglos, la Iglesia ha acompañado a los pueblos del continente anunciando el Evangelio y celebrando la fe, educando, atendiendo a los enfermos, permaneciendo junto a los pobres, acompañando a las familias y promoviendo la paz y la reconciliación.

Esa misión nace del amor de Cristo, que derramó su sangre por todos, y continúa hoy en las parroquias y comunidades, llamadas a mantener abiertas sus puertas para que cada persona pueda encontrar en ellas acogida y cercanía. *Bienvenidos todos* (cf. *Mt* 22,9-10) expresa, en pocas palabras, la invitación universal del Evangelio, que alcanza a cada persona y la llama al encuentro con Cristo y a la conversión. De esa acogida nace también el envío: *Vayan y anuncien* (cf. *Mc* 16,15). Ese mandato sigue dando fruto en las escuelas y universidades, en las iniciativas sociales y en el testimonio cotidiano de tantos hombres y mujeres que ponen su fe al servicio de los demás.

Hay bienes que una sociedad necesita y que ninguna política pública puede producir por sí sola. La confianza, el perdón, la disposición a servir y la conciencia de que la propia vida tiene un sentido que supera el éxito o la utilidad se cultivan en la conciencia personal y en la vida de las familias y las comunidades. La fe alimenta y sostiene esos bienes. Por ello, la Iglesia desea permanecer cerca de la nación argentina, vivir la caridad compartiendo sus cargas y sus alegrías y ofrecerle la esperanza que nace del Evangelio.

Al mirar el camino recorrido por esta nación, vuelve la imagen que ha acompañado estas palabras: cada generación recibe una patria que otros han puesto en sus manos. Durante un tiempo le corresponde habitarla, servirla y hacerla crecer. Después deberá entregarla (cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 159). Sí, como cantaba Gardel, *es un soplo la vida*, pero perdura el bien que cada

generación haya sabido custodiar y transmitir. Y la fe nos invita a mirar todavía más lejos, hacia la felicidad eterna a la que Dios nos llama.

Queridos argentinos: en sus manos descansa hoy una parte importante de esa responsabilidad. El extraordinario patrimonio que poseen les permite mirar el futuro con confianza. Corresponde ahora hacer fructificar cuanto han recibido y mantener vivo aquel propósito de «constituir la unión nacional», proclamado en el *Preámbulo* de su Constitución. Que quienes vengan después reciban una patria unida, a la altura de su historia y de las posibilidades que encierra.

Mi pensamiento se dirige finalmente a Nuestra Señora de Luján, custodia silenciosa de su memoria. Ante su imagen han acudido, generación tras generación, madres y padres, trabajadores, jóvenes y ancianos de todos los rincones del país, llevando consigo las preocupaciones y las esperanzas de su tiempo. A esas oraciones quiero unir hoy también la mía. Y deseo hacerlo con las palabras que el Papa Francisco pronunció pensando en ustedes: «que el Señor los haga crecer como pueblo» (*Videomensaje al pueblo argentino, 30 de septiembre de 2016*). Se lo pido al Señor de corazón, por intercesión de María Santísima de Luján. Que ella siga velando por esta tierra, cuide de cada uno de sus hijos y los mantenga siempre cerca de Jesús.

Que Dios bendiga a Argentina y a todos sus habitantes. Muchas gracias.

Volver al índice

VISITA A LOS TRABAJADORES Y ASISTIDOS DEL «PEQUEÑO COTTOLENGO DON ORIONE DE CLAYPOLE»

SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

«Pequeño Cottolengo Don Orione de Claypole» (Claypole)

Lunes, 9 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Estoy muy contento de poder compartir este encuentro con todos ustedes. Agradezco las amables palabras de Mons. Jorge Lugones, obispo de Lomas de Zamora, y del Hno. Jorge Silanes, director de este centro. Gracias también a Marta y a Norma por sus testimonios. Muchas gracias. Gracias a todos por la música y por recibirme con tanto entusiasmo y alegría.

Hay lugares —como este Hogar—, en los que la caridad no solo se ve expresada en las obras, sino que se reconoce en cada gesto, en cada rostro, en cada sonrisa y, hasta podríamos decir, en el aire que se respira. Eso es el «Pequeño Cottolengo»: una comunidad fraterna de puertas abiertas, en la que todo nos habla del amor de Dios.

San Luis Orione, su fundador, quiso que este lugar se conociera como la «ciudad de la caridad» y, para poder construirla, rezó y trabajó durante muchos años, confiando profundamente en la Divina Providencia y movido por el amor a las personas más frágiles de la sociedad, que muchas veces eran ignoradas y abandonadas a su suerte. Al recordar este deseo del inquieto corazón de padre y pastor de don Orione, vinieron a mi mente tres «ciudades» en las que Jesús

también respiró el aire fresco y gratuito de la caridad. Estas tres ciudades son Belén, Nazaret y Betania.

En Belén, que significa «Casa del Pan», Jesús fue recibido, abrigado y alimentado con amor por María y José, y reconocido con cariño y admiración tanto por los sabios como por la gente humilde y sencilla. Podemos decir que, en Belén, se respira el amor a la vida, y ese amor hace que la fría pobreza del entorno se transforme en calor de hogar. Es el lugar que respeta la dignidad de toda persona humana y la valora y acoge como don de Dios.

Años después, otra ciudad, Nazaret, fue el ambiente donde Jesús aprendió a formar parte de una familia y a integrarse en una comunidad, donde fue creciendo «en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres» (*Lc* 2,52), y donde cultivó el valor del trabajo y de la responsabilidad. Es el lugar que no descarta a las personas, sino que las incorpora a la vida social, apreciando y haciendo fructificar sus talentos y capacidades, como nos muestra Marta con su vida y a través del libro que ha escrito.

Finalmente, en la ciudad de Betania, compartiendo el don de la amistad con Marta, María y Lázaro, Jesús experimentó el valor de relaciones humanas auténticas y sinceras, donde no se margina ni abandona a nadie, sino que se acompaña, se escucha y aconseja, se comparten la fe y el servicio, las penas y las alegrías. En definitiva, Betania es el lugar que ayuda a salir del individualismo, donde uno se siente amado y desea amar a los demás de manera concreta. Lugares así —como nos compartía Norma en su testimonio—, hacen sentir a las personas recibidas, cuidadas y queridas tal cual son.

Como vemos, Jesús vivió en lugares donde respiró el aire de la caridad; allí experimentó el amor de una *familia*, la *integración* en una comunidad y la *amistad fraterna*, compartiendo la vida con sus

seres queridos. Me gustaría que esta breve reflexión nos llevara a pensar y a agradecer por tantas «ciudades de la caridad», como este Pequeño Cottolengo, donde el Evangelio sigue vivo y operante, aquí y ahora, en este hermoso país.

A este respecto, me gustaría citar unas palabras de mi Predecesor san Juan Pablo II, cuando dijo, dirigiéndose a un grupo de personas con discapacidad, que el amor de Dios «es el fundamento de nuestra esperanza y el aliento de nuestra vida. Dios nos ha mostrado de un modo insuperable en Jesucristo cuánto ama a cada hombre y cuán inmensa es la dignidad que a través de Él le ha conferido. Precisamente aquellos que deben padecer algún impedimento físico o espiritual, deben reconocerse como amigos de Jesús, como amados especialmente por Él» (*Ángelus, Osnabrück, 16 de noviembre de 1980*).

Queridos hermanos y hermanas, han venido hoy a este encuentro numerosos residentes y trabajadores, religiosos y religiosas, familiares y voluntarios que colaboran en esta gran obra: en sus miradas luminosas puedo ver tanta cercanía, en sus manos abiertas puedo reconocer innumerables gestos de servicio gratuito, en sus corazones generosos puedo percibir mucha ternura y comprensión. Gracias a todos por sus testimonios de entrega y amor al prójimo.

La noble labor que realizan aquí cada día, con tanto cariño, esfuerzo y dedicación, es un sólido cimiento para la construcción de una nueva ciudad: la ciudad de la caridad, de la convivencia y de la paz. Ciertamente, «es una construcción más lenta, menos visible y menos llamativa» que la de otro tipo de ciudades, pero «es a este horizonte de compromiso, a esta obra de esperanza, al que damos el nombre de “civilización del amor”» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 185).

Los valores de dignidad, integración y amistad fraterna que distinguen a lugares como este, tienen mucho que decir a nuestras sociedades, a menudo llevadas únicamente por la búsqueda del éxito económico o el culto de la apariencia física. Quisiera hoy afirmar que sus vidas no son un peso para la sociedad; son una bendición, porque ustedes pueden ayudarnos a no olvidar cuál es el fundamento de la dignidad de cada ser humano y lo que es realmente importante en la vida. El progreso de una nación también se mide por la acogida que sabe dispensar a todas las personas con discapacidad y necesidades especiales.

En este momento tan particular, quisiera compartir con todos ustedes mi deseo para este país. Que Argentina sea capaz de hacer grandes obras de caridad, como vemos aquí, donde el amor de Cristo triunfe sobre el individualismo y la exclusión. Imagino a miles de jóvenes sumándose como voluntarios a la gran historia de caridad que la fe sincera y sencilla del pueblo argentino ha escrito a lo largo de los siglos. ¡Que en Argentina se fragüe una nueva generación de santos de la caridad! ¿Y por qué no pueden serlo todos ustedes? ¡La caridad de Cristo nos urge! (cf. *2 Co* 5,14).

Queridos amigos, sigamos respondiendo con fe y esperanza a la llamada universal a la santidad (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 11). Lo anhelaba también nuestro querido Papa Francisco y, por eso, escribió: «Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 14). Pongamos los dones recibidos al servicio de los más pequeños y necesitados, cada uno en la medida de sus posibilidades, para que la ciudad de la caridad se consolide, se extienda y logre derribar las fronteras del egoísmo.

Por último, me gustaría hacer notar que aquí, en la capilla de esta comunidad, se encuentra la reliquia del corazón de don Orione, testimonio del vínculo profundo que unió a este santo sacerdote italiano con la tierra argentina. Su corazón incorrupto continúa recordándonos que «la caridad salvará al mundo», porque «Dios es amor» (*1 Jn* 4,8) y «el amor no pasará jamás» (*1 Co* 13,8). El secreto de esa vida entregada por amor lo reveló mi Predecesor san Juan Pablo II en la *Homilía de canonización de este incansable apóstol*, cuando dijo: «El corazón de este estratega de la caridad "no conoció confines, porque estaba dilatado por la caridad de Cristo" (*Escritos*, 102, 32). El celo por Cristo fue el alma de su vida intrépida, el impulso interior de un altruismo sin reservas y el manantial siempre fresco de una esperanza indestructible» (*Homilía, 16 de mayo de 2004*, 2).

Pidamos al Señor que, así como modeló el corazón de los santos, modele nuestros corazones a semejanza del suyo: ardientes en la caridad, bondadosos en la paciencia y perseverantes en la humildad (cf. *Mt* 11,29).

Que Dios los bendiga a todos, y derrame abundantes bendiciones también sobre sus familias, bienhechores y demás seres queridos. Los llevo en mi corazón. Muchas gracias.

Volver al índice

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Ante el «Monumento de los Españoles» (Buenos Aires)

Lunes, 9 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Con el corazón lleno de alegría celebro con ustedes esta Santa Eucaristía. «Vengan a contemplar las obras del Señor» (*Sal* 46,9), nos invita hoy el salmista. Mi visita hoy a esta tierra argentina me permite ver en sus rostros el entusiasmo de la fe, que es el gran don del Espíritu en nosotros. La obra más hermosa que nos encomendó el Señor es su Iglesia, visible cada vez que el pueblo de Dios se reúne alrededor de la misma mesa para darle gracias.

La fiesta de la dedicación de la Basílica Lateranense que hoy celebramos nos conduce al corazón de nuestro ser Iglesia. La Basílica de San Juan de Letrán es la sede del Obispo de Roma, el Papa, y en cuanto tal es signo de unidad y de comunión para todas las Iglesias del mundo. Precisamente por este motivo es llamada «Madre de todas las Iglesias».

La maternidad de la Iglesia de Roma se expresa en el servicio de comunión, para que todos los bautizados se reconozcan hermanos y hermanas en la única casa. En la Iglesia todos somos recibidos como «miembros de la familia de Dios [...] edificados sobre los apóstoles y los profetas, que son los cimientos, mientras que la piedra angular es el mismo Jesucristo. En él, todo el edificio, bien trabado, va creciendo para constituir un templo santo en el Señor» (*Ef* 2,19-21).

Precisamente la imagen del templo vincula entre ellas las lecturas que hemos escuchado.

Al respecto, el Evangelio nos describe un gesto fuerte del Señor: con un látigo de cuerdas, Jesús echa a los vendedores fuera del templo (cf. *Jn* 2,15). Él quiere así devolver su verdad a la casa del Padre. Desde siempre, la humanidad es tentada de negociar con Dios. Es la lógica pagana del «dar para tener», la ilusión de poder obtener el favor de Dios ofreciéndole a cambio algo nuestro. Cristo erradica esta mentalidad: Dios es el Padre siempre dispuesto a darnos todo bien. El templo, que es morada de su presencia, vuelve de ese modo a ser casa de oración para todos sus hijos.

De esta casa, según la visión del profeta Ezequiel, sale un río por debajo del umbral hacia el oriente (cf. *Ez* 47,1). Es una imagen densa de significado: sus aguas sanean todo lo que encuentran, dan vida a la creación y hacen madurar toda especie de árboles, cuyos frutos no se agotan. Las aguas fluyen hacia la región de Arabá. Con este detalle, el texto bíblico indica ese territorio desértico que desciende hacia la gran depresión del Mar Muerto, donde no crece nada, como el mismo nombre lo sugiere. Sin embargo, sus aguas son saneadas: los peces son muy numerosos y todo ser vivo renace. Donde había muerte, ahora hay vida; donde había enfermedad, ahora hay salud; donde había aridez, ahora hay fecundidad.

El Salmo nos habla de una tierra que tiembla y de montes que vacilan en el fondo del mar. Estas imágenes reflejan la situación de fragilidad y de caos que con frecuencia encontramos en la experiencia humana. También nuestras familias viven a menudo situaciones complejas: la falta de estabilidad, las dificultades sociales, el trabajo precario, la violencia doméstica, las separaciones dolorosas, las adicciones que destruyen el futuro de los jóvenes y deterioran las relaciones familiares. En medio de todos estos

sufrimientos y crisis, la Palabra de Dios brilla para nosotros de esperanza: Dios está en medio nuestro, no podemos temer. «El Señor es nuestro refugio y fortaleza, una ayuda siempre pronta en los peligros» (*Sal* 46,2). Sobre la roca, que es Cristo, nuestras familias y toda la sociedad encuentran el fundamento que sostiene la casa, protegiéndola de las tormentas que se abaten contra ella (cf. *Mt* 7,24-27).

Al celebrar hoy la dedicación de la Basílica Lateranense, rememoramos el signo de la presencia salvífica de Dios Padre en su Iglesia. Templo del Espíritu y cuerpo místico de Cristo, la Iglesia ofrece el agua viva, Jesús, que sanea y cura nuestras heridas (cf. *Jn* 4,14). En torno al Señor, en su casa, también nuestras familias encuentran vigor y salud, y no cesan de dar fruto.

Queridos hermanos, Cristo, con su resurrección, ya nos ha hecho espacio en su corazón: ¡reciban esta gracia en sus familias! Con Él y en Él cada familia puede convertirse en semilla de auténtica renovación para este país. La historia, la cultura y la sociedad de Argentina han encontrado en la familia la fuente de la cual tomar los valores fundamentales del pueblo. En su tierra, lugar de encuentro de culturas y de etnias diferentes, la familia ha sido la realidad donde transmitir la fe, las virtudes humanas, la cultura del trabajo, el respeto a los mayores, la defensa de la vida y la fidelidad a la palabra dada. No se resignen a las voces que repiten que la familia cristiana está superada; por el contrario, hoy más que nunca representa un pilar entre las muchas precariedades de nuestra época.

Abran las puertas de sus casas a Cristo: hablen con naturalidad de Jesús a sus hijos, permanezcan unidos a Él. En la intimidad del hogar la fe se transmite junto con la vida por medio de los gestos más sencillos: la bendición antes de comer, una oración antes de ir a dormir, el perdón y la escucha mutua, los abuelos que enseñan a

rezar, ir a Misa los domingos, prepararse para hacer un retiro o una peregrinación. La familia es, en efecto, el lugar privilegiado para conocer y encontrar a Cristo. Nuestro amado Papa Francisco, que fue obispo de esta ciudad, lo expresó con pasión: «La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu» (Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 29).

Queridas familias, ¡las exhorto a ser protagonistas en la evangelización! La Iglesia argentina las necesita. Sostengan en su misión a los obispos, a los párrocos, a los agentes pastorales, a los catequistas. La vitalidad de esta Iglesia recupera entusiasmo cuando las familias, animadas por la fe, rezan unidas y viven su ministerio de anuncio de la Buena Noticia. Sus familias experimentan así una renovada fecundidad, viviendo la propia misión educativa «como un verdadero ministerio, por medio del cual se transmite e irradia el Evangelio, hasta el punto de que la misma vida de familia se hace itinerario de fe y, en cierto modo, iniciación cristiana y escuela de los seguidores de Cristo» (S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Familiaris consortio*, 39).

A la Virgen María, Nuestra Señora de Luján, y a su esposo san José encomendamos todas nuestras familias. Precisamente en la Sagrada Familia de Nazaret el Hijo de Dios encontró una casa en el mundo; que Él nos bendiga, para que también nuestras casas sean templo de su presencia.

Volver al índice

ENCUENTRO CON EL MUNDO DEL TRABAJO

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Universidad Católica Argentina (Buenos Aires)

Lunes, 9 de noviembre de 2026

Queridos amigos:

¡Muy buenas tardes y gracias por su calurosa bienvenida! Tenía un profundo deseo de encontrarme con todos ustedes, representantes del mundo del trabajo en Argentina: trabajadores y empresarios; miembros de los sindicatos y de los movimientos populares; docentes y demás integrantes de la comunidad académica de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Saludo con afecto a su Gran Canciller, el Arzobispo de Buenos Aires, y al Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral Social y les agradezco las palabras que me han dirigido, en nombre de todos los aquí presentes. De modo particular, doy las gracias a quienes nos han compartido sus testimonios y sus expresiones artísticas, manifestando la grandeza de Dios en sus vidas.

De la misma forma que la música nos ayuda a elevar el alma a Dios y a trascender lo cotidiano de nuestra vida, el trabajo nos invita a colaborar en la maravillosa y armónica obra del Señor. A este respecto, san Juan Pablo II nos recordaba que «el hombre, creado a imagen de Dios, mediante su trabajo participa en la obra del Creador, y según la medida de sus propias posibilidades, en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez

más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado» (Carta enc. *Laborem exercens*, 25). El trabajo, por lo tanto, no es un instrumento de conflicto, sino que contribuye a construir la realidad social mediante la aportación de todos y respetando el orden de la Creación.

Esta convicción sigue siendo actual, por mucho que cambien las circunstancias que nos rodean e incluso la propia estructura del trabajo (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 150). Hoy en día, el trabajo, en su fundamento antropológico y en la dimensión global que lo caracteriza, se enfrenta no solo a los fundamentos de la economía, sino también al reto de la crisis ecológica y al uso irresponsable de los recursos del planeta. Allí donde el dominio de unos pocos es la ley, el trabajo se convierte en explotación de todos los componentes del mundo laboral. A los trabajadores solo se les valora por su eficiencia. Una realidad que adquiere una urgencia sin precedentes a la luz de la perspectiva de la *ecología integral* formulada por el Papa Francisco, según la cual el trabajo contribuye a la gestión responsable de la creación, en la que el desarrollo técnico debe armonizarse con el respeto a los ritmos de la naturaleza y a los límites de los distintos ecosistemas (cf. Carta enc. *Laudato si'*, 11). Una indicación válida también en este momento de profundos cambios en la estructura del trabajo, en el que parece prevalecer la razón de unos pocos, olvidando que «no es verdadero progreso aquello que aumenta el bienestar de algunos degradando los ecosistemas, trasladando los costes a las comunidades más vulnerables o poniendo en peligro las condiciones de vida de quienes vendrán después de nosotros» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 84).

Todo trabajo y todos los componentes del mundo laboral deben tener siempre esta nota distintiva: lo realiza una persona, poniendo

en juego todo su potencial, y tiende al pleno desarrollo del que lo ejecuta. Nos encontramos aquí ante el primero y más fundamental de los principios de la Doctrina Social de la Iglesia: el *principio de la dignidad de la persona humana*. El ser humano es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social y por tanto la economía debe estar al servicio de la persona, y no la persona al servicio de la economía. Esta afirmación puede parecer teórica, pero, por el contrario, constituye un punto central del pensamiento social de la Iglesia, ya desde mi Predecesor León XIII, quien con el fin de fomentar la concordia entre las partes y eliminar los conflictos en el ámbito laboral (cf. Carta enc. *Rerum novarum*, 15), planteó la necesidad de crear un equilibrio adecuado entre los principios de la economía, la visión de los empresarios y las necesidades del trabajador y de su familia. De ahí que el desempleo sea un auténtico drama en la vida de quien lo padece. Privar a una persona de trabajo no es simplemente negarle un ingreso económico; es herir gravemente su dignidad, anular su capacidad de aportar a la sociedad y sumergirla en la exclusión social, fragmentando la cohesión del cuerpo social y destruyendo la acción comunitaria finalizada al bien común.

Como nos recordaba el Papa Francisco: «En una sociedad realmente desarrollada el trabajo es una dimensión irrenunciable de la vida social, ya que no sólo es un modo de ganarse el pan, sino también un cauce para el crecimiento personal, para establecer relaciones sanas, para expresarse a sí mismo, para compartir dones, para sentirse corresponsable en el perfeccionamiento del mundo, y en definitiva para vivir como pueblo» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 162). Aquí vemos cómo el *principio de la dignidad* se vincula directamente con el *principio del bien común*, definido como el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible, tanto a

las asociaciones como a cada uno de sus miembros, el logro más pleno y más fácil de la propia realización. El *bien común* exige superar el individualismo estéril y el utilitarismo corporativista, promoviendo una cultura del encuentro donde el crecimiento económico se traduzca en verdadero desarrollo humano integral.

Desde la perspectiva cristiana, además, contemplamos el trabajo como un medio de santificación, ya que al realizarlo cumplimos la voluntad del Altísimo. Tal y como leemos en las primeras páginas de la Biblia, «el Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén para que lo cultivara y lo cuidara» (*Gn* 2,15). Este mandato bíblico fundamenta el *principio del destino universal de los bienes*. Si bien la Iglesia reconoce y defiende el derecho a la propiedad privada, este derecho está siempre gravado por una hipoteca social: la tierra y sus frutos han sido dados por Dios para el sustento de toda la humanidad (cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 93). El «cultivar» y «cuidar» implica que no somos dueños absolutos, sino custodios de una herencia que debe compartirse con justicia y equidad, erradicando las asimetrías estructurales que marginan a los más débiles, y tomando en cuenta la responsabilidad hacia las generaciones futuras. Se trata de una situación que afecta a las personas, a las comunidades y a las naciones, y que influye incluso en las relaciones entre Estados, minando la confianza mutua y el sentimiento de pertenencia común a la familia humana de cada pueblo y el deber de los Estados de colaborar en la resolución de los problemas mediante decisiones comunes. Por eso, podemos decir que, ya desde los orígenes de nuestra existencia sobre la tierra, el trabajo forma parte del modo en el que nosotros, los seres humanos, colaboramos con la acción de Dios para perfeccionar el mundo.

Dignidad de la persona, bien común, destino universal de los bienes: estos principios nos hablan de una intrínseca dimensión

relacional y confluyen en el *principio de solidaridad*, que no es un sentimiento superficial de compasión, sino la responsabilidad de cada uno y de cada institución para el bien de todos. En una estructura económica globalizada que tiende a la «cultura del descarte», la solidaridad se convierte en una fuerza capaz de construir una arquitectura social que pueda redefinir las necesidades del mercado y las relaciones laborales según criterios de justicia y siguiendo la lógica de la reciprocidad. De esta forma, en manos de quien sabe utilizarlos, los talentos se convierten en un modo privilegiado de contribuir a un efectivo bien común que se adapta a los avances tecnológicos, pero sin dejar a nadie atrás. Para el cristiano, esto también significa reconocer que es Dios quien actúa en nosotros, si sabemos admitirlo humildemente.

Es innegable el ingenio con el que este pueblo se ha aplicado al trabajo y ha sabido contribuir al bien común y a desarrollar innovaciones útiles para la sociedad. Por solo mencionar algunos ejemplos, podemos pensar en áreas como la astronomía, el mundo agrícola y la ciencia médica, donde las aportaciones de algunos argentinos han logrado avances significativos. Pensemos también en el trabajo discreto y sacrificado que suponen las tareas del hogar, las horas gratuitas que se ofrecen para dar el mate cocido a los chicos en los barrios, o las largas jornadas que se invierten para poder arar, cultivar y cosechar un campo. Aquí se manifiesta de manera diáfana el *principio de subsidiariedad*, el cual establece que ni el Estado ni las grandes corporaciones deben absorber las iniciativas y capacidades de las comunidades locales y de las agrupaciones intermedias, sino más bien apoyarlas y potenciarlas. En la tradición del pensamiento social de la Iglesia, el Estado no tiene que hacerlo todo, sino que tiene la tarea de favorecer la actuación de los cuerpos intermedios: familias, autoridades locales, grupos y movimientos

sociales, manteniendo el poder regulador para el bien común y asumiendo las tareas que las agrupaciones inferiores no pueden cumplir. Hoy en día, este principio, que el Papa Pío XI fue el primero en integrar en la doctrina social (cf. Carta enc. *Quadragesimo anno*, 80), se ha convertido en el marco en el que se desarrolla la acción de los gobiernos y que regula también las formas de integración económica entre los Estados. Al mismo tiempo los movimientos populares, la economía popular y los trabajadores informales —los cartoneros, los campesinos, los artesanos— son expresiones vivas de esta subsidiariedad activa que el Papa Francisco ha defendido en sus discursos a los Movimientos Populares. Ellos no esperan pasivamente la asistencia del Estado; se organizan desde abajo para construir soluciones comunitarias. Con su demanda de inclusión social ellos abogan por esas tres «T»: tierra, techo y trabajo, que muchas veces el Papa Francisco indicó como exigencias de la justicia social.

Por eso es estimulante escuchar sus testimonios, queridos amigos, y descubrir cómo Dios ha ido creciendo dentro de ustedes. A través del camino de la humildad nos damos cuenta de que no nos bastamos a nosotros mismos, que necesitamos de los demás y que solo abriéndonos a la colaboración con quienes nos rodean podremos construir, entre todos, un mundo mejor. Al igual que Dios nos ha creado de manera singular, Él cuenta también, de modo individual, con cada uno de nosotros. Pero, a la vez, nos invita a la comunión, entrando en relación con Él y con los demás. Este es el camino para construir la Argentina unida que deseamos para el futuro, una auténtica «amistad social» en los términos de *Fratelli tutti*, que supere la polarización dialéctica y configure una arquitectura de la paz fundada en la justicia y el diálogo, a nivel nacional y multilateral.

En el mundo empresarial nos interpela con fuerza la vida del venerable Enrique Shaw, empresario católico que se convirtió al descubrir la belleza del Evangelio, expresado en la Doctrina social de la Iglesia. El futuro beato, con una concepción cristiana del hombre, «entendió que la industria no era sólo un engranaje productivo ni un medio de acumulación de capital, sino una verdadera comunidad de personas llamadas a crecer juntas» (*Mensaje a los participantes de la 31ª Conferencia Industrial de Argentina, 8 de septiembre de 2025*). Su pensamiento, que ha sido bien estudiado en esta Universidad, que él mismo contribuyó a fundar, queda expresado con claridad en sus propias palabras: «Es necesario formar empresarios cristianos y darles un estilo de vida: contribuir a un mundo mejor, principalmente mediante la acción de cada empresario cristiano en su propia esfera [...]. Esta es una misión de religión y vida: tratar de santificarnos a través de la profesión y de santificar la profesión» (*Notas y apuntes personales*, p. 58).

Los empresarios, creadores de puestos de trabajo con su capital, arriesgan tantas veces el propio patrimonio. Porque es imposible crear riqueza en un país sin implicarse personalmente, sin asumir la incerteza que produce el futuro, cuyos parámetros se escapan por completo de nuestro control. Al mismo tiempo, hay que permanecer alerta para huir del riesgo de la avaricia que, como dijo el Papa Francisco, «es una enfermedad del corazón» (*Audiencia general, 24 de enero de 2024*). La vocación empresarial es una noble tarea si se orienta por el principio de la función social de la propiedad y del capital. Cuando el beneficio económico se absolutiza como el único criterio de éxito, la empresa se deshumaniza y deviene en una estructura de pecado que genera exclusión. Los empresarios están llamados a subvertir esta lógica tecnocrática mediante una inversión ética que priorice la sostenibilidad ambiental y la dignificación

laboral, asumiendo que el éxito financiero debe medirse en clave de bien común (cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 109).

Los sindicatos y agrupaciones de trabajadores tienen aquí un importante campo de crecimiento y desarrollo, implicándose de un modo más directo en conseguir que se respeten las condiciones dignas de los trabajadores. «Las iniciativas surgidas en ese contexto [...] han contribuido de manera decisiva a mejorar la legislación laboral, a proteger a los más vulnerables y a promover condiciones más humanas» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 155). Su misión es específica: ser instrumento de solidaridad y cohesión; canales de colaboración entre el trabajador y la empresa. Desde esta perspectiva, el sindicato es una institución indispensable cuando defiende a los que no tienen voz y cuando se resiste a la mercantilización de la fuerza de trabajo. Sin embargo, para mantener esta autoridad moral, el sindicalismo debe mirar permanentemente a las periferias existenciales, integrando y tendiendo puentes hacia los trabajadores precarizados, informales y excluidos del sistema formal, tomando en cuenta las profundas transformaciones que atraviesa el mundo del trabajo.

Los desafíos de la inteligencia artificial y de la automatización desregulada pueden poner en riesgo tantos puestos de trabajo y convertirse en una verdadera amenaza para el adecuado desarrollo humano integral. La técnica debe estar siempre supeditada a la ética; el algoritmo no puede sustituir el discernimiento humano ni el valor intrínseco de la presencialidad y el esfuerzo del trabajador (cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 107). Los poderes públicos deben velar para que esto no suceda. Antes bien, al contrario, «el acceso al trabajo para todos debe seguir siendo un objetivo prioritario de las políticas públicas y de los procesos económicos, criterio de juicio para evaluar la calidad humana de un modelo de desarrollo» (Carta

enc. *Magnifica humanitas*, 154). Es insustituible el compromiso de las autoridades públicas en la promoción de políticas estables, que favorezcan el pleno empleo y la inclusión social bajo un marco ético donde la economía, el mercado y el Estado operen subsidiariamente en la redistribución justa de las oportunidades.

Dios nos llama a todos a estar atentos a las necesidades de quienes nos rodean, sirviendo a los demás desde nuestro trabajo. Reconocer el rostro del sufriente en las periferias urbanas y rurales es la clave del amor político que propone *Fratelli tutti*. La fraternidad no es una utopía abstracta, sino una categoría política y teológica que nos obliga a mirarnos como iguales, rompiendo los muros de la indiferencia globalizada (cf. Francisco, Carta enc. *Fratelli tutti*, 73). No rehuyamos el cotidiano encuentro con Cristo en la tarea de cada día, por banal e insignificante que nos pueda parecer. No hay trabajo pequeño a los ojos de Dios: la grandeza de una obra no reside en lo que se realiza, sino en el amor que se pone en cada gesto, en cada palabra, en cada pensamiento.

Queridos hermanos y hermanas: les dejo como tarea, para este mundo en profundos cambios, los principios que han originado la Doctrina Social de la Iglesia: defender la dignidad del ser humano, promover el bien común, reconocer el destino universal de los bienes, vivir una solidaridad efectiva y una subsidiaridad responsable, para construir juntos la civilización del amor. «Trabajemos con perseverancia, poniendo a Dios en el horizonte de nuestro actuar y al ser humano en el centro de nuestras decisiones» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 16). Solo así podremos estar seguros de estar transitando el camino en la tierra que Dios ha diseñado para nosotros en el cielo. Y solo así podremos dar frutos con nuestra labor; frutos que permanezcan hasta la vida eterna (cf. *Jn* 15,16). Muchas gracias.

Volver al índice

ENCUENTRO CON LOS LÍDERES DE LAS COMUNIDADES CRISTIANAS Y DE LAS TRADICIONES RELIGIOSAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

«Palacio San Martín» (Buenos Aires)

Lunes, 9 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, queridos amigos que adoran con nosotros al único Dios, estimados representantes de las diversas tradiciones religiosas:

Me alegra mucho saludarlos durante este Viaje apostólico. Nuestro encuentro se apoya sobre los pilares del diálogo y de la amistad, que fueron fundamentales en la vida del Papa Francisco y que ahora queremos fortalecer construyendo nuevos puentes, es decir, nuevos caminos de colaboración en la sociedad en la que vivimos. También yo estoy aquí entre ustedes como Sucesor del Apóstol Pedro y, mientras con él profeso la fe en Cristo, «Hijo del Dios vivo» (*Mt* 16,16), verdadero Dios y verdadero hombre, reconozco la unidad del Bautismo con los hermanos de las confesiones cristianas. Según las enseñanzas del Concilio Vaticano II, deseo reafirmar el vínculo espiritual que une a la Iglesia con el pueblo de Israel (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, 4) y el sincero respeto por aquello que de santo y verdadero está presente en las diferentes tradiciones religiosas (cf. *ibíd*., 2).

La identidad del pueblo argentino se ha ido configurando como un crisol de razas, de culturas y de religiones diferentes, formado por

los pueblos originarios y por tantos inmigrantes de distintas partes del mundo que fueron llegando a esta tierra a lo largo de los siglos, trayendo en sus baúles sus sueños y su fe —al principio fueron católicos, evangélicos y judíos, y después muchos más—. Todos ellos, en su diversidad, aprendieron a trabajar juntos, a formar familias y comunidades, a construir colonias y aldeas, «en admirable simbiosis con las tradiciones locales» (S. Juan Pablo II, *Homilía, Aeropuerto de Paraná, 9 de abril de 1987*). Así dieron unidad a la nación y llevaron adelante proyectos comunes, sin que las religiones fueran nunca motivo de división, sino punto de encuentro y de compromiso con la sociedad.

También hoy cada uno de nosotros actúa como testigo de un credo, que elegimos vivir haciendo de él una mano tendida para compartir valores culturales y buenas obras. Nuestro intercambio tiene como base la escucha, que hace posible el conocimiento recíproco y nos permite reflexionar juntos sobre un gesto que realizamos cotidianamente. En todas las religiones *rezamos*, elevando a Dios nuestras voces. Según las respectivas tradiciones, muchas lenguas, cantos y gestos convergen hacia lo alto, casi reuniéndose ante el inefable misterio de nuestra existencia (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, 1).

Precisamente esta forma particular de la palabra humana, que es la oración, nos invita a escuchar los unos las voces de los otros, además de las palabras que pronunciamos. Cuando hablamos a Dios somos nosotros mismos quienes tomamos la palabra: la oración expresa, por tanto, lo que somos ante Dios. La dimensión religiosa es como un espejo que refleja nuestro ser, nuestros pensamientos y afectos, nuestros vínculos. Especialmente en la era digital, la oración nos ayuda a vencer las distracciones, encontrando en el silencio el valor de la escucha.

Observando con atención esta experiencia, quisiera considerar hoy con ustedes tres aspectos que emergen de las oraciones sinceras, en las que cobran voz nuestras creencias, a saber: las religiones como guardianas de la dignidad humana, como expresiones de nuestra libertad y como lugares para cultivar la esperanza.

Ante todo, cada religión atestigua que la persona humana es necesidad y deseo: todos nosotros somos anhelo de vida. Nuestros pulmones tienden al aire como la conciencia al bien. Cada día buscamos el agua como la verdad, necesitados de alimento como de justicia. A este respecto, las religiones recuerdan a todos que no estamos hechos solo de materia: en nuestra carne está inscrita una sobreabundancia de vida y de sentido. Ese mismo deseo, que se hace grito y súplica, atestigua por ello que no venimos de la nada y que no estamos hechos para la muerte. De este modo, entonces, las religiones custodian la dignidad humana: en la oración, que expresa nuestra fe, los ideales de bien y de justicia, de salud y de paz no son palabras vacías, que hay que llenar con intereses particulares, sino testimonios de nuestra voluntad común, que tiende a la alegría. Cada vez que oramos, por tanto, hemos de cuidar de quien vive junto a nosotros, haciendo verdaderas las palabras que pronunciamos con una fraternidad renovada. Mientras alabamos a Dios por el don de la vida, defendámosla siempre y para todos, desde la concepción hasta su fin natural, especialmente cuando se ve amenazada por la miseria y la violencia. Es así como las religiones promueven la dignidad de cada hombre y de cada mujer, en la familia y en el estudio, en el trabajo y en el medioambiente.

En segundo lugar, cuando el hombre habla a Dios sabe que él mismo no es Dios. No hemos hecho nosotros la tierra. Pues bien, ¡no destruyamos con nuestras manos el «jardín» que el Creador nos ha confiado! A este respecto, las religiones, en la medida en que

custodian la sabiduría de los pueblos, edifican la sociedad, educan las conciencias y nos liberan de los ídolos. Del ídolo del dominio, porque no somos el Dios de los demás; del ídolo de la vanagloria, porque las cosas que poseemos no nos hacen divinos; del ídolo de la guerra, porque uno solo es el Señor y juez de la historia. Él nos da constantemente la vida y cuida de todos los pueblos: el verdadero nombre de su poder es amor, un amor que no conoce fin. Mientras alabamos a Dios por el don de la salvación, comprometámonos a ser signo de este don para el mundo. Es así como las religiones expresan de la mejor manera nuestra libertad.

En tercer lugar, cuando el hombre habla a Dios se abre al futuro. ¡Sí, el futuro es el tiempo de la fe! Las religiones son un vínculo entre generaciones, memoria milenaria, profecía, espera y promesa; por eso los creyentes miran siempre al futuro con esperanza. Cuando la luz de la fe atraviesa las tinieblas de la muerte, el futuro de cada hombre y de cada mujer, de la sociedad y del mundo entero recobra la esperanza. Nuestra espera común se vuelve entonces laboriosa, porque esta esperanza nos anima a tejer vínculos de vida buena, que liberan de la soledad y reúnen a los pueblos en la concordia. La misma palabra *religión* es, a este respecto, elocuente: hace referencia a *religare*, es decir, conectar entre sí, ligar a las personas unas con otras. Esta relación sostiene nuestro camino en la historia. Por eso, mientras alabamos a Dios por el don de la esperanza, compartámosla tanto con quien sufre en la pobreza como con quien ha perdido el sentido de la vida y con cuantos quieren comprometerse a renovar el mundo según la justicia. Haciéndose oración y anuncio, nuestro lenguaje se vuelve caridad elocuente, que anima toda acción.

Aquí está nuestro servicio a la humanidad: construir un futuro mejor para todos, a la espera del cumplimiento bienaventurado de la historia. Estamos seguros, en efecto, de que cuanto más el hombre se

conoce verdaderamente a sí mismo, cuidando de su propia dignidad, tanto más se acerca a Dios. Es así como cada palabra buena dicha a quien encontramos, cada gesto bueno dirigido a nuestro prójimo sube como oración siempre grata al Autor de la justicia, que invita a todos a la paz. A este respecto, como afirmaba san Juan Pablo II, juntos «queremos mostrar al mundo que el impulso sincero de la oración no lleva a la contraposición y menos aún al desprecio del otro, sino más bien a un diálogo constructivo, en el que cada uno, sin condescender de ningún modo con el relativismo ni con el sincretismo, toma mayor conciencia del deber del testimonio y del anuncio» (*Discurso a los representantes de las diversas religiones del mundo, Asís, 24 de enero de 2002*). Estas palabras, pronunciadas en Asís en una jornada de oración por la paz, siguen siendo muy urgentes: hoy se convierten en motivo de gratitud por el compromiso de todos nosotros y en fuente de aliento para el camino de cada uno. Queridos hermanos, que cada día sea tiempo de oración, a fin de que la vida de todos refleje aquella dignidad y aquel bien que recibimos de Dios para compartir entre nosotros.

Hagamos nuestra la oración que nos ha dejado mi Predecesor el Papa Francisco y que nos compromete a hacer el bien:

«Señor y Padre de la humanidad, que creaste a todos los seres humanos con la misma dignidad, infunde en nuestros corazones un espíritu fraternal. Inspíranos un sueño de reencuentro, de diálogo, de justicia y de paz. Impúlsanos a crear sociedades más sanas y un mundo más digno, sin hambre, sin pobreza, sin violencia, sin guerras. Que nuestro corazón se abra a todos los pueblos y naciones de la tierra, para reconocer el bien y la belleza que sembraste en cada uno, para estrechar lazos de unidad, de proyectos comunes, de esperanzas compartidas. Amén» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 287).

Que el Omnipotente bendiga nuestra pasión por la humanidad e inspire nuestro compromiso de paz: esa paz que se cumplirá para siempre en el nombre santo de Dios. Gracias.

Volver al índice

CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS CON EL EPISCOPADO ARGENTINO Y LOS EQUIPOS SINODALES

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Catedral Metropolitana de la Santísima Trinidad (Buenos Aires)

Lunes, 9 de noviembre de 2026

Homilía del Santo Padre

Eminencias, Excelencias, queridos miembros de los Equipos sinodales, hermanos y hermanas todos en Cristo Jesús:

Quisiera que en este momento de oración recorramos juntos, con nuestro pensamiento, las distintas regiones de este hermoso país. En cada una de sus provincias, nuestra fe ha echado raíces en pueblos y culturas diversas, dando lugar a expresiones propias de la vida cristiana, sin perder la unidad que nace de Cristo. Pensemos en el noroeste, en su fe sencilla y sus hondas devociones. Vayamos al litoral, con sus grandes ríos y sus campos sembrados de futuro. Crucemos al noreste, para asombrarnos de sus maravillosas cataratas y sus extensos yerbatales, que distinguen las costumbres de todo el Cono Sur. Acerquémonos a la región de Cuyo, donde las viñas dan alegría al corazón del hombre. Pasemos por las pampas y valoremos la sabiduría de quienes trabajan la tierra. Subamos a las sierras y, desde lo alto, apreciemos los dones de la creación. Vayamos al sur, donde el frío y los desiertos no impiden la cálida acogida de la fe.

En esta variedad geográfica y cultural encontramos una presencia maternal que acompaña a sus habitantes y hacia la cual el pueblo expresa su cariño en marchas y peregrinaciones, en caminos de fe y de promesas recorridos a pie o a caballo, en poemas, oraciones y cantos que se elevan en honor de su nombre. Hablo de la Inmaculada Virgen María, a quien este pueblo venera bajo distintas advocaciones: la Santísima Virgen del Milagro, Nuestra Señora del Valle, la Virgen del Rosario, María de Itatí, Nuestra Señora de Luján. Ella, que permaneció unida a los apóstoles en la oración, acompaña también hoy a la Iglesia que anuncia a su Hijo (cf. *Hch* 1,14). En cada rincón de esta tierra mariana, desde las grandes ciudades hasta los pueblos más pequeños, hay hermanos que esperan conocer la Buena Noticia del Evangelio. Por eso, cobra especial sentido el lema de este Viaje Apostólico: *Bienvenidos todos. ¡Vayan y anuncien!*

Habiendo recorrido el país con nuestra imaginación y renovado nuestro deseo de salir a evangelizar, volvamos ahora nuestra mirada a esta Catedral, donde nos encontramos reunidos. Es providencial poder celebrar las segundas Vísperas de la dedicación de San Juan de Letrán, «madre y cabeza de todas las Iglesias de la Urbe y del Orbe», en esta espléndida Catedral de la Santísima Trinidad, Iglesia madre de Buenos Aires donde descansan, además, los restos del general José Francisco de San Martín, Padre de la Patria.

La fiesta de la dedicación de la Basílica Lateranense nos invita a contemplar el misterio de la Iglesia, edificada sobre Cristo, piedra angular, en la que todos nosotros, como piedras vivas, estamos llamados a formar una morada espiritual (cf. *1 P* 2,4-5). La condición de San Juan de Letrán como Catedral del obispo de Roma confiere a esta celebración un particular significado de comunión con la sede de Pedro, y ese vínculo se hace especialmente cercano al celebrarla en esta Catedral, cuya cátedra ocupó nuestro querido Papa Francisco

antes de ser llamado a apacentar a la Iglesia universal. Es también una invitación a todos los fieles a vivir la unidad de fe y de amor, y a reconocer que, por el bautismo, cada uno ha recibido dones que debe poner al servicio de toda la Iglesia.

Esta comunión, que tiene su fuente en el misterio de la Santísima Trinidad, une a los obispos entre sí y con el Sucesor de Pedro, y se manifiesta también en cada Iglesia particular, donde el obispo, junto con su presbiterio y los fieles que le han sido confiados, está llamado a preservar la unidad en la fe y en la caridad (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 23).

Al respecto, quisiera destacar el testimonio de insignes obispos argentinos, que supieron trabajar por la unidad y la paz, como los beatos Mamerto Esquiú, Enrique Angelelli y Eduardo Pironio. «Sus vidas muestran cómo una misma misión puede tomar formas diversas según los tiempos y las circunstancias y forman una escuela de pastores nacida de nuestra historia eclesial. Los santos siguen formando santos (cf. *Hb* 13,7)» (*Carta a los obispos latinoamericanos y del Caribe, 8 de septiembre de 2026*).

La Iglesia, fundada por Jesucristo, es, en Él, «como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 1). Esta unidad, que recibimos como un don, nos compromete también a reconciliarnos. El relieve del frontispicio de esta Catedral, que representa el reencuentro de José con su padre Jacob y sus hermanos, nos recuerda cómo Dios abre caminos de vida incluso allí donde los hombres han sembrado división. José, que había sufrido a causa de sus hermanos, los perdona y llega a ser instrumento de salvación para aquellos que lo habían dañado. Él mismo reconoce la acción providente de Dios en medio de aquella historia dolorosa: «Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo

dispuso para bien» (*Gn* 50,20). La reconciliación exige reconocer las heridas, renunciar al resentimiento y dejar que la gracia de Dios transforme las relaciones entre nosotros. Nuestra misión pastoral consiste en trabajar incansablemente para que todos los hombres, los que están cerca y los que están lejos, conozcan a Cristo y puedan reconocerse como hermanos.

La diversidad de esta tierra se manifiesta también en sus Iglesias particulares, cada una con sus tradiciones y expresiones pastorales propias. En todas ellas «verdaderamente está presente y obra la Iglesia de Cristo» (Conc. Ecum. Vat. II, Decreto *Christus Dominus*, 11). Esta diversidad encuentra su unidad en la misma fe, en los Sacramentos y en la comunión eclesial. Todas participan de la misión de la Iglesia, para que la alegría del Evangelio llegue a todos. Por eso, custodiemos la comunión, acogiendo con caridad nuestras legítimas diferencias y cultivando la fraternidad, para que nuestra unidad haga visible el amor de Cristo y ayude a muchos a encontrarlo.

Queridos obispos, como les escribí recientemente, «entre las muchas responsabilidades que ocupan nuestra jornada, hemos sido enviados para anunciar la Buena Nueva» (*Carta a los obispos latinoamericanos y del Caribe, 8 de septiembre de 2026*). Que el anuncio de Jesucristo siga siendo, por tanto, el centro de toda nuestra acción pastoral. Sigamos promoviendo la formación de los agentes pastorales, el primer anuncio y la catequesis, la liturgia y la caridad. Es necesario que trabajemos unidos para fomentar las vocaciones sacerdotales y religiosas, acompañar a las familias y atender a quienes viven en la pobreza, carecen de empleo o no tienen una vivienda digna. «¡La caridad de Cristo nos urge!» (*2 Co* 5,14).

La solicitud maternal de la Iglesia encuentra un hermoso ejemplo en María, que en las bodas de Caná advirtió la necesidad de aquellos esposos y acudió a Jesús para presentársela, invitando después a los

servidores a obedecer su palabra (cf. *Jn* 2,3-5). Esa misma solicitud ha de manifestarse en el ministerio de los pastores, llamados a discernir las realidades humanas a la luz del Evangelio, escuchando y conociendo las circunstancias concretas de quienes les han sido confiados: las personas desempleadas, los jóvenes que se ven forzados a emigrar, los ancianos que viven en el abandono y las comunidades marginadas; también quienes, aun teniendo cubiertas sus necesidades materiales, experimentan una honda necesidad de Dios, de sentido y de esperanza. Tantos rostros nos interpelan y nos llaman a compartir las alegrías y los sufrimientos de nuestro pueblo, respondiendo con la cercanía y las obras que exige el Evangelio ante las situaciones que reclaman nuestra ayuda.

Queridos hermanos, sostengan las iniciativas que benefician a las personas confiadas a su cuidado pastoral. Alégrense por cuanto favorece la vida de su pueblo: el trabajo honrado, la atención a los más necesitados y las instituciones que sirven con responsabilidad al bien común. Acompañen también a quienes, desde la Iglesia o la sociedad civil, trabajan por el desarrollo integral de cada persona. Mientras aguardamos aquella Jerusalén celestial que hemos contemplado en la lectura breve, la esperanza de los bienes eternos nos anima a buscar la justicia y a cultivar la fraternidad en esta tierra (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 39).

Quisiera alentarlos a que, con sus Equipos sinodales, continúen escuchándose y discerniendo juntos, como condiscípulos del único Maestro, lo que el Espíritu Santo les pide, a la luz de la Palabra de Dios y del Magisterio de la Iglesia, para servir a la Argentina de hoy. Que Él los ilumine y fortalezca para traducir en decisiones concretas el respeto a la dignidad de cada persona y el compromiso con el destino universal de los bienes, la opción preferencial por los pobres y el cuidado de la creación (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 14).

El Papa Francisco, al visitar el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida, y recordando su experiencia en la V Conferencia General del Episcopado de América Latina y el Caribe, dijo que había podido ver en primera persona «cómo los obispos —que trabajaban sobre el tema del encuentro con Cristo, el discipulado y la misión— se sentían alentados, acompañados y en cierto sentido inspirados por los miles de peregrinos que acudían cada día a confiar su vida a la Virgen» (*Homilía, Aparecida, 24 de julio de 2013*). Quisiera, a este respecto, animarlos a continuar trabajando en base a las enseñanzas del *Documento de Aparecida*, como una estela luminosa para seguir caminando juntos en este tiempo.

Queridos hermanos, María, Madre de Cristo y Madre nuestra, es, por antonomasia, la morada de Dios entre los hombres, pues en su seno acogió al Verbo eterno que se hizo carne. *En Ella*, imagen e inicio de la Iglesia que alcanzará su plenitud en la gloria, contemplamos anticipadamente el gozo que nos ha sido prometido, cuando Dios habite para siempre con su pueblo en la Jerusalén celestial (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 68). *De Ella* aprendemos la atención a la voluntad de Dios y la obediencia a su Palabra, así como la solicitud para captar las necesidades de sus hijos (cf. S. Pablo VI, Exhort. ap. *Marialis cultus*, 21). *Con Ella* deseamos habitar un día en aquella ciudad santa, en la que nada impuro tendrá cabida (cf. *Ap* 21,27).

Confiémosle *a Ella* nuestras preocupaciones y anhelos, nuestro ministerio y nuestra misión pastoral, y pidámosle que, como hizo en las bodas de Caná, interceda ante su Hijo para que Él nos conceda lo que nos hace falta, especialmente la gracia de una conversión constante, que purifique nuestros corazones y nos disponga para participar de la alegría eterna de su Reino. Que así sea.

Palabras espontáneas del Santo Padre fuera de la Catedral, antes de la cena con los obispos

¡Hola!, ¡Buenas tardes!

¡Cuánto entusiasmo!, ¡Cuánta alegría! Es porque todos conocemos a Cristo. ¡Aplausos para Jesús!

Gracias, Buenos Aires. Gracias por recibirme, gracias Argentina. Que la bendición del Señor llegue al corazón de cada uno de ustedes, de todos sus seres queridos y que vivamos siempre con esa alegría de saber que Cristo nos llama. Todos bienvenidos y todos enviados a anunciar con alegría la Buena Nueva. Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes.

Amén. ¡Que viva Cristo!

Volver al índice

VIGILIA CON LOS JÓVENES

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

«Monumento de los Españoles» (Buenos Aires)

Martes, 10 de noviembre de 2026

Respuestas del Santo Padre

1. Agustina Flores: *Santo Padre, ¿cómo afrontar la frustración y nuestros límites cuando salimos al encuentro de los más excluidos y no logramos acompañarlos como quisiéramos? ¿Cómo seguir caminando junto a ellos cuando sentimos que lo que hacemos no alcanza?*

Antes de todo, muy buenas noches y gracias. ¡Qué maravillosa acogida! Una bienvenida que quizás solo Argentina pueda dar. ¡Gracias!.

Agustina, gracias por tu pregunta y por el cariño con que acompañas a esos chicos. Comprendo lo que sientes, sé que es duro, pero no pierdas la esperanza. San Ignacio de Loyola decía: «Actúa como si todo dependiera de ti, sabiendo que en realidad todo depende de Dios» (cf. P. de Ribadeneira, *Vida de S. Ignacio*: V, XI). Tú haz cuanto puedas, pon todo tu corazón y suma tus esfuerzos a los de los demás. Y cuando llegues al límite de tus fuerzas, recuerda que las de Dios no se agotan. Jesús nos hablaba de una semilla que crece mientras el sembrador duerme (cf. *Mc* 4,26-27). No siempre veremos los frutos de lo que sembramos, pero podemos confiar en que Dios

sigue cuidando de ellos. Así que conserva las palabras de santa Nazaria: «¡Adelante, siempre adelante!». ¡El Señor camina contigo!

2. Franco Pugliese: *Santo Padre, ¿cómo puedo hacer para integrar ambas realidades, el amor que vivo en la parroquia y en el hogar, junto con las responsabilidades laborales y otras demandas del día a día?*

Quiero agradecer personalmente los testimonios y las preguntas. Y aprovecho este momento para decir, después de escuchar a Guadalupe, que yo sé que hay muchos jóvenes con la inquietud de dar su vida a Cristo: en la vida consagrada, en el sacerdocio y también en la vida familiar. ¡Cristo sigue llamando! ¡No tengan miedo de responder!

Franco, gracias por esta pregunta. Piensa en los años que Jesús pasó en Nazaret, trabajando con sus manos y compartiendo la vida de una familia. ¡El Hijo de Dios quiso vivir así! Nos enseñó que también en las cosas ordinarias podemos encontrarnos con Él. Por eso, no tenemos que vivir dos vidas, una para Dios y otra para nuestras ocupaciones, como si hubiera contraste o conflicto entre ellas. Cuando trabajas, estudias o compartes con tus amigos, hazlo con amor y ofréceselo al Señor. Así, también tu trabajo se convierte en oración y en camino de santidad. Por eso, Franco, lleva toda tu vida al altar cada vez que participes en la Eucaristía. Y después vuelve a tus ocupaciones con alegría, sabiendo que también allí te espera Jesús. Muchas gracias.

Discurso del Santo Padre

¡Muchas gracias! ¡Gracias a todos!

Queridos jóvenes, queridos amigos: ¡Bienvenidos todos!

¡Qué alegría volver a este lugar, esta vez para encontrarme con ustedes! ¡Buenas noches! En el Monumento de los Españoles hay esculturas que representan cuatro grandes regiones de la Argentina: los Andes, el Chaco, la Pampa y el Río de la Plata. ¡Qué hermoso que hoy esas tierras estén representadas por tantos jóvenes! Los saludo a todos.

Gracias por este caluroso recibimiento, así como por sus preguntas y testimonios. Agradezco también a Mons. García Cuerva, Arzobispo de esta ciudad, las palabras que me ha dirigido. Hemos querido comenzar este encuentro con un signo: el fuego de nuestras velas. Escuchemos lo que nos dice Jesús: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!» (*Lc* 12,49). Es el fuego de su amor, comunicado por el Espíritu Santo, que purifica nuestro corazón y nos hace capaces de amar.

Quisiera hablarles ahora de otro fuego: el de un horno en Babilonia. El libro del Profeta Daniel (cf. 1,3-7.17-20; 2,49; 3,1-93) nos cuenta la historia de tres jóvenes: Ananías, Azarías y Misael. Vivían desterrados en aquella tierra, donde aprendieron otra lengua, recibieron nuevos nombres y encontraron un lugar en la administración del reino. Tenían un futuro por delante. Hasta que llegó el día de elegir a quién entregarían su corazón. El rey Nabucodonosor había levantado una inmensa estatua de oro y ordenó que todos se postraran ante ella. Quien no lo hiciera sería arrojado a un horno encendido. Imaginen la escena: una multitud inclinándose ante el coloso y solo tres jóvenes permanecen de pie.

El rey les ofreció una última oportunidad. Bastaba un gesto para continuar tranquilamente con sus vidas. Ellos respondieron que Dios podía librarlos del fuego, pero añadieron: «Y aunque no lo hiciera» (3,18), no adoraremos aquella estatua. ¡Cuánta libertad hay en esa

respuesta! No sabían lo que iba a suceder. Conocían el castigo que les esperaba, pero sabían que solo en Dios encontrarían la felicidad.

Queridos amigos, también hoy se levantan ídolos que reclaman nuestra adoración: el éxito a cualquier precio, el dinero, la obsesión por la apariencia, la popularidad o la búsqueda desenfrenada del placer. A veces, con tal de conseguir la aprobación de los demás podemos llegar a mentir, traicionar o humillar a alguien en las redes sociales. La envidia puede impedir que nos alegremos por el bien ajeno, y el egoísmo puede llevarnos a tratar a las personas como objetos. Hay también quienes hacen negocio ofreciendo placeres que terminan por esclavizarnos, como la pornografía y diversas sustancias. Agustín nos ha dicho: «Hoy estoy de pie». ¡Qué fuerza adquieren esas palabras al recordar a los tres jóvenes de Babilonia! También ustedes están llamados a permanecer de pie ante los ídolos de nuestro tiempo. ¡No se arrodillen ante aquello que no puede darles vida! Y si alguna vez han caído, ¡levántense! No permitan que nada ni nadie les arrebate la libertad que Dios les ha dado.

Durante la Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa, el Papa Francisco pronunció unas palabras que recorrieron el mundo: «Todos, todos, todos» (*Ceremonia de acogida, 3 de agosto de 2023*). Las pronunció con aquella insistencia tan suya, como quien deseaba asegurarse de que nadie se hubiera quedado sin escuchar. Quisiera inspirarme en aquellas palabras para hablar de lo que significa vivir como discípulos de Jesús: *todos* hacia Cristo, *todos* con Cristo, *todos* como Cristo.

Ante todo, *todos hacia Cristo*. Entre ustedes hay quienes han crecido cerca de Jesús y quienes recién ahora comienzan a buscarlo; quienes llevan mucho tiempo sin rezar, se han alejado de la Iglesia o han sido heridos por personas que debieron acompañarlos. A cada uno quisiera decirle: ¡hay un lugar para ti en la Iglesia! Con tus

preguntas, tus heridas y tu historia. Esta es también tu casa. No tienes que fingir que todo está bien ni esperar a tener la vida resuelta para acercarte. Y a ti, que crees que ya es demasiado tarde para comenzar de nuevo, quisiera decirte: ¡*bienvenido*! Sin importar quién seas o qué hayas hecho, Jesucristo te conoce, Jesucristo te ama y quiere que estés cerca de Él.

Como hemos escuchado, a Guadalupe una pregunta le cambió la vida: «¿Quién te dijo que ya es tarde?». Quisiera repetirla esta noche a quienes creen que se han alejado demasiado y a quienes alguna vez les hicieron sentir que no había lugar para ellos en la Iglesia. ¡También a ustedes los está buscando el Señor! Recuerden a Zaqueo. Subió a un árbol para ver a Jesús y descubrió que Él también lo estaba buscando. ¡Lo llamó por su nombre y quiso hospedarse en su casa! Aquel encuentro lo llevó a reparar las injusticias que había cometido (cf. *Lc* 19,1-10). Nadie ha caído tan bajo que Cristo no pueda levantarlo. Que nuestras comunidades tengan siempre abiertas sus puertas; que sepan recibir a quien llega con preguntas, auxiliar a quien sufre y acompañar con paciencia a quien busca a Dios.

Ahora volvamos a Babilonia. Los tres jóvenes fueron atados y arrojados al horno. Las llamas se levantaban con tal violencia que alcanzaron a quienes ejecutaban la sentencia. Pero el rey vio algo incomprensible: había arrojado a tres hombres y ahora distinguía a cuatro, caminando libremente entre las llamas. El Señor había enviado a su ángel para protegerlos. ¡Los habían arrojado atados y ahora caminaban libres! El rey los había condenado al fuego, pero Dios no los abandonó. Aquí está nuestro segundo «todos»: *todos con Cristo*.

Nosotros conocemos la plenitud de aquel gesto. La humanidad había quedado sometida a la muerte a causa del pecado, pero Dios

vino a nuestro encuentro. El Hijo de Dios se hizo hombre, compartió nuestros sufrimientos y cargó con nuestros pecados. Por amor a nosotros, entregó su vida en la cruz y, al tercer día, resucitó. ¡Jesucristo está vivo! ¡Jesucristo ha vencido a la muerte y nos ha liberado de su poder! Queridos jóvenes: Cristo nos ama y quiere hacernos partícipes de su propia vida. Él ha prometido permanecer junto a sus discípulos hasta el fin del mundo (cf. *Mt* 28,20). ¡Cristo les ofrece una vida que ni siquiera la muerte podrá arrebatarles!

Hay un detalle del relato que me conmueve. Desde el horno, Azarías elevó una oración: «Acepta nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde» (*Dn* 3,39). Aquel joven había resistido al rey y, sin embargo, reconocía ante Dios su necesidad de misericordia. ¡Qué admirable oración! También nosotros la necesitamos. Todos conocemos la distancia que, a veces, existe entre el bien que deseamos y nuestras decisiones. Y todos necesitamos convertirnos.

Cristo nos ama como somos, pero su amor es demasiado grande para dejarnos prisioneros del pecado, de aquello que nos destruye. El fuego que Él vino a traer tiene fuerza para romper nuestras ataduras y devolvernos la libertad para amar. Hay heridas que sanar, faltas que reconocer y, cuando sea posible, males que reparar. ¡Déjense transformar por Cristo! No tengan miedo de acercarse al sacramento de la Reconciliación. ¡Cuánto bien hace saber que nuestros pecados pueden ser perdonados! Recen, lean el Evangelio, acérquense a la Eucaristía. Allí nos espera Aquel que entregó su vida por nosotros.

En medio del horno, los tres jóvenes comenzaron a cantar. Invitaron a los cielos y a las estrellas, a las montañas, los ríos y todos los seres vivos a bendecir al Señor. Incluso dijeron: «Fuego y calor, bendecid al Señor» (3,66). ¡Invitaban al mismo fuego que los rodeaba a unirse a su alabanza! Su cántico fue ensanchándose hasta abarcar la creación entera. Me gusta pensar que aquel cántico

continúa y que cada generación puede añadirle su voz. ¡Qué hermoso sería que todo cuanto hacemos pudiera convertirse en una alabanza! Quizá hoy podríamos cantar: *Arte y cultura, bendecid al Señor. Juegos y deportes, bendecid al Señor. Ciencia y tecnología, bendecid al Señor. Redes y pantallas, bendecid al Señor. Música y fútbol, bendecid al Señor. ¡Que todo cuanto existe, bendiga al Señor y lo ensalce con himnos por los siglos!*

Al comienzo de la historia, el rey había ordenado que *todos* adoraran su estatua. Al final, aquellos jóvenes invitaban a *todos* a bendecir al Señor. El rey necesitaba amenazar para conseguir que se inclinaran; los jóvenes, que no tenían otro poder que su fe, invitaban al universo entero a compartir su alegría. Y llegamos así al tercer «todos»: *todos como Cristo*.

Queridos jóvenes, quien ha encontrado a Cristo está llamado a vivir como Él (cf. *1 Jn* 2,6). Y a eso quisiera invitarlos esta noche: ¡a ser santos! Los santos también conocieron sus debilidades, pero fue la gracia de Dios la que transformó sus vidas y les enseñó a amar. Jesús nos mostró el camino: «Ámense los unos a los otros como yo los he amado» (*Jn* 13,34). Ese «como» tiene detrás una imagen que nunca deberíamos olvidar: Jesús arrodillado a los pies de sus discípulos para lavárselos. ¡El Señor de *todos* se hizo servidor de *todos*!

También ustedes pueden lavar los pies de sus hermanos. Compartan el pan con quien pasa hambre, abran sus puertas al que no tiene hogar, visiten a los enfermos y a quienes nadie quiere visitar. Existen también sufrimientos que no se ven: una persona que necesita consejo o corrección, alguien que espera palabras de consuelo, otro que necesita saberse amado. ¡Cuántas ocasiones nos ofrece el Señor para ser como Él! Que sus vidas sean como páginas del Evangelio, escritas con la tinta de la misericordia, para que

quienes los encuentren puedan reconocer en ustedes algo del amor y de la alegría de Jesús.

Esa alegría nace de la amistad con Él y nos impulsa a llevarlo a los demás. Recuerden a los discípulos de Emaús. Cuando reconocieron al Resucitado al partir el pan, se dijeron: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?» (*Lc* 24,32). Aquella misma noche regresaron a Jerusalén. ¡No podían guardar para sí la alegría de saber que Cristo estaba vivo! Al comenzar les he dicho: «¡*Bienvenidos todos*!». Ahora, como Sucesor de Pedro, les confío la segunda parte de nuestro lema: «¡*Vayan y anuncien*!». Vayan a sus ciudades y pueblos, a cada rincón y periferia. Que quienes se sienten lejos de Dios descubran, a través de ustedes, que Cristo los está buscando.

Dentro de poco bendeciré la cruz que recorrerá sus comunidades. Que, al pasar esa cruz de unas manos a otras, pase también de un corazón a otro el fuego del amor de Cristo. Que Nuestra Señora de Luján los acompañe y los guíe siempre por este camino: ¡*todos hacia Cristo, todos con Cristo, todos como Cristo*! ¡*Vayan y anuncien*!

Volver al índice

VISITA AL COMPLEJO PENITENCIARIO FEDERAL DE BUENOS AIRES

SALUDO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Complejo Penitenciario Federal (Buenos Aires)

Miércoles, 11 de noviembre de 2026

¡Buenos días a todos!

Me alegra mucho estar aquí hoy con ustedes. Gracias por recibirme y por brindarme la oportunidad de vivir juntos este encuentro. Agradezco al Arzobispo de Buenos Aires, Mons. Jorge García Cuerva, a la Ministra de Seguridad, al Ministro de Justicia y al Jefe del Servicio Penitenciario. También a los capellanes, al Capellán P. Matías y a todos ustedes, en una manera especial a los que han dado sus testimonios. Este mensaje que una nueva vida es posible, espero que todos, yo incluso, podamos llevarlo en nuestro corazón. Es la esperanza que necesitamos. Mi profunda gratitud entonces a Cristian, a Maximiliano y a Reinaldo, que han compartido estos testimonios. Gracias.

Me gustaría compartirles una reflexión sobre un aspecto que todos tenemos en común por el hecho de ser humanos: me refiero a la experiencia del límite. La sociedad muchas veces presenta todo lo que es un límite —la incapacidad, la enfermedad, la ancianidad y el sufrimiento— pero límites como si fueran un defecto que hay que corregir, presentándonos un abanico de posibilidades en las que, de algún modo, seríamos presuntamente «inmortales» (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 118). Esto lo podemos constatar, por ejemplo,

en algunas realidades negativas que no nos son ajenas, como en la sensación de omnipotencia que provoca la droga, en el falso poder que viene del dinero fácil, en la cobarde seguridad que otorga el ejercer la violencia sobre los más débiles, en la impunidad que es fruto de la corrupción.

Muchas veces, nosotros tomamos conciencia del límite a través del pecado y de sus consecuencias, ya sea por haber cometido un error, por haber sufrido a causa de una enfermedad o de la muerte de un ser querido. «Por eso, a lo largo de los años conservamos en nosotros enseñanzas que quedan marcadas como cicatrices, memoria del camino realizado entre libertad y caídas, sueños y decepciones» (*ibíd.*, 120).

Ciertamente, el mal que asedia el corazón humano arruina la sociedad y la vida de muchas personas, llegando incluso a extremos de inhumanidad. Sin embargo, «aun cuando el ser humano se deshumaniza y provoca tragedias, una pequeña luz sigue brillando [...] y sigue siendo capaz de reavivarse, con la gracia de Dios, recorriendo caminos de conversión y reconciliación» (*ibíd.*, 121).

Queridos hermanos: esto significa que, aun en medio del mal, del dolor y del fracaso más profundos que hayan podido experimentar o causar, esta situación actual por la que atraviesan es también un momento particular para poder reiniciar sus vidas, como nos han compartido en los testimonios. Ciertamente, el ser humano no florece *a pesar* del límite, sino a menudo *a través* del límite (cf. *ibíd.*, 118). Precisamente en los momentos en los que el límite se hace tangible en nuestra vida podemos hallar una nueva sabiduría, sentir el afecto de las personas y experimentar la presencia del Señor (cf. *ibíd.*, 119).

El paso por esta institución puede ser una oportunidad para empezar de nuevo, haciendo las paces con Dios y reincorporándose sin temor en el seno de sus familias y de la sociedad. Porque la experiencia del límite, «cuando se acoge en la verdad, no empobrece al ser humano, sino que lo abre al reconocimiento del rostro de Dios y del otro» (*ibíd*., 122).

Sé que este lugar, tanto en su estructura como en su organización, nos revela la dureza del límite: el hecho de no poder salir libremente, de no poder abrazar cada día a sus hijos e incluso de sufrir otro tipo de privaciones. Imagino sus noches sin dormir, extrañando a sus seres queridos o pensando en aquellos a quienes hayan podido lastimar. Sé de sus desilusiones por no haber encontrado una mano amiga que haya confiado en ustedes, que los haya ayudado a levantarse y a seguir adelante en el momento oportuno. Y parecería que todo eso es una herida abierta imposible de sanar.

Por eso, con mayor razón, quisiera resaltar que la cárcel es también testigo de profundos cambios y conversiones, de crecimiento, de aprendizajes y de adquisición de nuevos oficios y conocimientos; es testigo de personas que, habiendo experimentado la fragilidad humana en su aspecto más doloroso, supieron transformar el desierto de la propia existencia en un jardín fecundo. Y es que, con la gracia de Dios, es posible pasar de la oscuridad total a encender pequeñas luces de esperanza. Esos destellos de luz se irradian también fuera: en sus familias, en las personas que trabajan en este lugar y en toda la sociedad.

Pienso, en primer lugar, en sus familias. Ellas también esperan y necesitan esos destellos de luz que les ayuden a seguir adelante. A ellas quisiera dirigirles unas palabras. Queridos padres y madres, queridas esposas e hijos, queridas familias de los internos: me gustaría recordarles que Jesucristo, cuando habló de cuán

fundamental es la caridad, se identificó con un preso (cf. *Mt* 25,36), y Él mismo, antes de entregar su vida para salvarnos, fue privado de la libertad aun sin pecado alguno (cf. *Jn* 18,12). Por eso, es a Él a quien debemos dirigirnos para suplicarle por nuestros seres queridos que están en prisión. Pidamos a Jesús cautivo que les conceda a todos fortaleza y sabiduría, para que este tiempo de soledad y aislamiento no sea en vano, sino que se convierta en un tiempo de gracia y de salvación (cf. *Tt* 2,11).

Al personal del servicio penitenciario y a todos los profesionales y voluntarios que desempeñan su trabajo en las cárceles de este país, así como a los agentes pastorales que las visitan, quisiera recordarles que ese desafío, que les puede inducir a pensar, por ejemplo, en que nada va a cambiar para bien, o a verse impotentes ante las «estructuras de pecado» (S. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 36) y de muerte, ante los engaños y la corrupción que no desaparecen, sino que se refuerzan bajo distintas formas de agresividad; ese desafío es también una posibilidad de crecimiento y superación. Queridos hermanos, recordemos que visitar a los presos es una obra de misericordia a la que todos estamos llamados. Los aliento a afianzarse en la fe y a anclarse en la esperanza cristiana para poder afrontar los múltiples retos que se les presentan cada día; para que este ambiente pueda ser más humano, respetuoso, y favorezca realmente la recuperación y reinserción de las personas en la comunidad.

Por último, a las autoridades y a toda la sociedad argentina, quisiera decirles que «es precisamente en nuestro ser limitados donde encuentran lugar la compasión, la sincera preocupación ante las necesidades de los demás, la generosidad» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 119). Somos parte de la misma familia humana, favorezcamos lo que contribuye al bien de todos, acompañemos

especialmente a nuestros niños y jóvenes, eduquémoslos en los valores auténticos, cuidémoslos, protejámoslos para que no caigan en las nefastas redes de la criminalidad. El Señor nos pedirá cuenta de lo que hayamos hecho por cada uno de nuestros hermanos.

Que Nuestra Señora de la Merced los ampare a todos con su manto celestial. Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

Volver al índice

CÓRDOBA

10 de noviembre de 2026

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Explanada de la Escuela de Aviación Militar (Córdoba)

Martes, 10 de noviembre de 2026

Homilía del Santo Padre

Queridos hermanos y hermanas:

La confesión de Pedro, que a lo largo de la historia resuena en sus sucesores, nos manifiesta el misterio de Dios revelado en Cristo para nuestra salvación. Un mensaje de salvación que sigue siendo actual y que se apoya en la intercesión de tantos hermanos nuestros en la fe, que ahora nos acompañan desde el cielo. No en vano, la tierra que ahora nos acoge ha sido rica en frutos de santidad; el ejemplo de quienes nos han precedido en este camino nos sigue interpelando a vivir como ellos vivieron y a entregar la vida, como Cristo ha hecho por nosotros y ellos supieron imitar con perfección.

La ciudad de Córdoba, heredera natural de la primera sede episcopal erigida en Argentina, ha sido tierra de santos. Por sus conventos e iglesias, por sus calles y hospitales transitaron hombres y mujeres que, enamorados de Jesús, dieron la vida por el Evangelio. En Argentina vivieron hombres y mujeres, como el Cura Brochero y Mama Antula —por poner solo dos ejemplos—, que fueron llamados por el Señor y enviados a la misión, sin que ellos mismos fueran siquiera conscientes de lo extraordinario que su labor evangelizadora

llegaría a ser; porque todos los cristianos somos simples servidores, no hemos de hacer más que cumplir con nuestro deber (cf. *Lc* 17,10).

Gozoso deber, pues, el de cumplir con la misión que el Señor nos encomienda a cada uno de nosotros. Sí, queridos hermanos y hermanas. Estamos todos llamados a la santidad; en eso consiste nuestra labor en la tierra, en alcanzar la perfecta unión con Dios. Una llamada que, además, siempre es misionera: tenemos que dar a conocer a los demás la belleza que nosotros hemos conocido en Cristo (*contemplata aliis tradere*). Como cristianos, debemos «enseñar todo lo que es conforme a la sana doctrina» (*Tt* 2,1). En este sentido, hago mía ahora también esta exhortación de san León Magno, cuya memoria litúrgica hoy celebramos y a cuya protección me encomiendo: «Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, pues participas de la divina naturaleza, y no quieras volver a la antigua vileza con una vida depravada. Recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Ten presente que habiendo sido arrancado del poder de las tinieblas has sido transportado a la luz y al reino de Dios» (*Sermón I en la Natividad del Señor*, *PL* 54, 192-193).

No hay mejor modo de enseñar que dando ejemplo con la propia vida, pues «el mundo espera de nosotros un compromiso de vida y un testimonio de oración» (S. Juan Pablo II, *Homilía*, Estadio «Vélez Sarsfield» de Buenos Aires, 10 de abril de 1987). Esto exige una adhesión total a Jesucristo, sin fisuras. Este es el testimonio de los santos y es algo que nos hace vivir con esperanza, aún en medio de la dificultad.

Hoy, desde Córdoba, centro geográfico del país, queremos dar gracias a Dios por los diversos frutos de santidad de personas enviadas por el Señor a esta tierra argentina, que nacieron en ella o que aquí vivieron gran parte de su vida. Así como las sierras cordobesas se distinguen por la belleza y variedad armoniosa de sus

formas y tonalidades, también los santos y beatos se caracterizan por haber recibido carismas y misiones diferentes. Son una muestra polifónica de la vocación universal de todo bautizado a la santidad, es decir, a la conformación con Cristo. En el rostro de los santos con acento argentino destaca la unidad entre pasión por el Evangelio y compromiso en la construcción de una patria fraterna y solidaria. Todos ellos supieron asumir los desafíos del propio tiempo histórico y lo transformaron en oportunidad de anuncio de la Buena Noticia, no en abstracto sino conformando su vida para lograr ser testimonio creíble y eficaz del amor de Cristo.

Hagamos memoria agradecida, en primer lugar, de san José Gabriel del Rosario Brochero. Este sacerdote fue un verdadero enamorado del Señor, que supo encontrar en la oración la fortaleza de su vida. Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola cambiaron su existencia para siempre y la configuraron con Cristo, haciendo realidad lo que hemos rezado con el salmo responsorial: «Confía en el Señor y practica el bien» (*Sal* 36,3). Solo quien ha conocido la amistad con Jesucristo es capaz de emprender esa tarea apostólica; solo quien se sabe amado por el Señor es capaz de extender su reino de caridad y justicia, gastando las propias fuerzas en el anuncio del Evangelio, sin más armas que el crucifijo y el santo rosario.

También cautivada por la espiritualidad ignaciana, María Antonia de Paz y Figueroa supo aunar la contemplación con el auxilio al prójimo. Ella reconoció que el mejor ejercicio de caridad para con el otro es acercarle a Dios. Como nos recordaba Francisco, mi venerado Predecesor, los pobres tienen necesidad de Dios y de gente que exprese con su vida la fuerza del amor cristiano (cf. *Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres*, 13 de junio de 2019, 8). Interpelada por la misma inspiración, Mama Antula recorrió

incansablemente el suelo de esta patria para mostrar a tantas personas el camino hacia el cielo. De hecho, su máxima fue la de andar hasta donde Dios no es conocido, para darlo a conocer.

Dos santos, dos ejemplos, dos formas de identificarse con Cristo, que Él mismo hizo surgir en esta región, desde la cual hoy le damos culto.

Junto con ellos, damos gracias a Dios también por los mártires, que confesaron su fe hasta entregar su propia vida, como san Héctor Valdivielso Sáez y los beatos martirizados en la Guerra civil española y en las provincias argentinas de La Rioja y de Salta.

Agradecemos al Señor el regalo que ha hecho a la Iglesia dándole pastores según su corazón, como los beatos Fray Mamerto Esquiú y el Cardenal Eduardo Pironio.

Una nota especial de gratitud la dedicamos a la vida consagrada, con fundadoras de congregaciones, como santa Nazaria Ignacia y las beatas María del Tránsito Cabanillas y Catalina de María Rodríguez; y otras tantas religiosas dedicadas con ardiente caridad a la educación de los niños y a la atención de los enfermos, como las beatas María Ludovica de Angelis y Crescencia Pérez.

Además, el Pueblo fiel de Dios se alegra por los seglares que, habiendo recibido el anuncio del Evangelio, vivieron la vocación bautismal en plenitud, amando a Dios y a los hermanos en la sencillez de lo cotidiano, como san Artémides Zatti y los beatos Ceferino Namuncurá y Laura Vicuña.

Queridos hermanos y hermanas, todos estos santos y beatos ya han cumplido su misión en la tierra. Hoy nos toca a nosotros seguir la luminosa estela de santidad que nos han dejado. Celebramos esta Santa Misa por la santificación del pueblo argentino, por la santificación de todos ustedes. Abran sus corazones y, con la gracia

de Dios, ¡vayan y sean santos! (cf. *1 Ts* 4,3): en la escuela y en la plaza, en la familia y con los amigos, en el campo y en la ciudad, en el tambo y en la oficina. ¡Vayan y evangelicen!

En esta celebración nos preside la imagen del Cristo pobre, que el propio Cura Brochero mandó tallar desde el lecho del dolor y en cuyo rostro han quedado plasmados artísticamente los rasgos de este pueblo. Dejémonos interpelar por su mirada y, a la sombra de su cruz, encontraremos la salvación y la vida, el camino para nuestra propia santificación. Pido a Dios, por intercesión de san León Magno, que nos continúe bendiciendo y nos dé la gracia de confesar siempre: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (*Mt* 16,16).

Palabras improvisadas del Santo Padre a su llegada a la Casa Arzobispal (en el balcón del Arzobispado)

¡Muy bien! ¡Un saludo a todos! En este día de fiesta demos gracias a Dios por el don de la fe, por el don de poder compartir así. ¡Mira cuántos han venido a las calles! Gracias por acogerme, gracias por este saludo, pero sobre todo demos gracias a Dios por el don de la vida, por el don de este entusiasmo, ¡por el de los jóvenes! ¿Dónde están los jóvenes?

Por el don de poder estar unidos. Unidos todos, siempre convencidos que estamos unidos. Cuando estamos unidos podemos lograr todo. Dios está cerca de ustedes y estará siempre presente. ¡Sigan viviendo su fe! ¡Dios bendiga a toda Córdoba! Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre todos ustedes. ¡Muchísimas gracias! ¡Y que viva Cristo!

Volver al índice

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, LOS SACERDOTES, LOS DIÁCONOS, LOS RELIGIOSOS Y LAS RELIGIOSAS, LOS SEMINARISTAS Y LOS AGENTES PASTORALES

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Catedral de Nuestra Señora de la Asunción (Córdoba)

Martes, 10 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas todos en Cristo Jesús:

Quisiera comenzar agradeciendo al Cardenal Rossi sus palabras, también a quienes han compartido sus testimonios y a todos por el cariño con el que me han recibido. Me alegra mucho encontrarme hoy con ustedes. Ustedes de la vida consagrada, seminaristas, sacerdotes, todos los bautizados que han entregado la vida al servicio del Señor y de su pueblo.

Durante este último canto muchos de ustedes estaban con las manos en el aire; quizás para saludarme, quizás para acompañar el canto. Estas son las manos que Jesús está buscando y quiere sus manos para continuar su misión.

Mientras preparaba estas palabras, vinieron a mi memoria los *Ejercicios Espirituales*, tan presentes en la historia de esta tierra. Ha sido una feliz coincidencia escuchar a la Hna. María Elisabeth evocar una de sus contemplaciones. Cuando su práctica corría el riesgo de perderse, Mama Antula recorrió enormes distancias para mantenerlos al alcance de todos. Décadas después, el santo Cura

Brochero hizo de ellos una pieza central de su ministerio, atravesando las sierras junto a sus paisanos hasta esta ciudad, para que pudieran encontrarse personalmente con Dios. Y recientemente, un jesuita argentino, el Papa Francisco, llevó consigo la riqueza de la espiritualidad ignaciana y la compartió con la Iglesia universal.

También hoy sacerdotes, seminaristas, familias religiosas y laicos se retiran para guardar silencio y volver a preguntarse delante de Dios qué quiere Él de sus vidas. Quisiera, por eso, dejar que algunas de las preguntas de los *Ejercicios* nos acompañen esta tarde. San Ignacio comienza con el *Principio y fundamento* (cf. n. 23). Así, la primera pregunta es esta: ¿para qué estamos aquí? Antes de cualquier responsabilidad, ministerio o tarea, hubo una llamada. Cristo pasó un día por nuestra vida, nos llamó y comprendimos que valía la pena seguirlo. Todo lo que vendría después debería seguir naciendo de aquel primer sí.

Con los años puede ocurrir algo paradójico: trabajar mucho para Dios y pasar cada vez menos tiempo con Dios. Seguimos sirviendo, celebrando y atendiendo tantas tareas necesarias, pero podemos terminar apoyándonos más en lo que hacemos que en Aquel por quien lo hacemos. El *Principio y fundamento* vuelve entonces a poner cada cosa en su sitio: nuestra vida pertenece a Dios y solo encuentra su orden cuando todo lo demás lo tiene a Él como centro. Volvamos, pues, con sencillez a la Eucaristía, a la escucha de la Palabra, a ese trato con el Señor que sostiene todo lo demás. Cuidemos ese fuego que un día encendió nuestra vocación y no permitamos que las urgencias, el cansancio o la rutina terminen por apagarlo.

Luego, durante los *Ejercicios*, nos encontramos con preguntas que no podemos eludir: ¿qué se ha ido desordenando en nosotros?, ¿en qué le hemos fallado a Dios? (cf. nn. 32-43). Después de pocos o

muchos años de haberle dicho sí al Maestro, podríamos acostumbrarnos a cosas que antes nos habrían inquietado: dureza con los demás, resistencia a dejarnos corregir, rivalidades, afectos, pecados o apegos que nos van quitando libertad. Puede suceder incluso algo más grave: que aprendamos a justificarlo todo, encontrando «razones pastorales», comunitarias o personales para aquello que sabemos que no está bien.

Fallamos también cuando no hacemos el bien que nos correspondía: cuando ya no escuchamos con paciencia, cuando elegimos la comodidad o cuando callamos ante algo que deberíamos afrontar. No existe una edad en la que se pueda prescindir de la conversión. Necesitamos examinar la conciencia, acudir a la confesión y conservar la humildad de dejarnos corregir. Queridos hermanos y hermanas, tengamos el valor de reconocer con claridad en qué no le hemos sido fieles a Dios y de ponerlo delante de su misericordia.

Y precisamente solo después de haber mirado de frente el propio pecado, san Ignacio nos coloca delante de Cristo, el *Rey eternal* (cf. nn. 91-98), que sigue llamando y sigue enviando. El Señor sabía de qué barro estábamos hechos, y aun así quiso contar con nosotros (cf. *2 Co* 4,7). La pregunta, por tanto, no es cuánto le hemos fallado, sino si seguimos disponibles para Él. En los albores de la vocación solemos ofrecerlo todo. Después pasan los años, y llegan las preferencias, los lugares donde uno se siente cómodo y una cierta idea de cómo debería continuar la propia historia. ¿Puede todavía el Señor enviarnos donde no habíamos pensado? ¿Puede pedirnos que dejemos algo a lo que hemos entregado años o que aceptemos una tarea que nunca habríamos elegido?

Esa libertad es la que se va purificando en las meditaciones de *Dos banderas*, de los *Tres binarios* y de la *elección* (cf. nn. 136-189):

aprender a reconocer qué nos ata, qué condiciona nuestras decisiones y hasta dónde estamos dispuestos a dejar que Dios obre en nuestra vida. En efecto, hemos sido enviados a un pueblo y debemos preguntarnos qué estamos llamados a ofrecerle. Queridos seminaristas, aprendan a mirar con los ojos de Dios y a dejarse evangelizar por su pueblo. Quien menos tiene también puede enseñarnos mucho, como descubrió Julián en Misa.

La Iglesia que peregrina en Argentina cuenta con la riqueza de una sensibilidad muy viva hacia las necesidades sociales de sus hijos. De ella han nacido tantas presencias generosas junto a quienes sufren. Pero esa cercanía debe llevarnos todavía más lejos, porque cada persona a la que servimos está llamada a encontrarse con Cristo y a ser transformada por Él. El Papa Francisco lo expresó con palabras que merecen ser recordadas: «la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 200).

El hambre y las injusticias apremian y reclaman una respuesta. También la enfermedad, la soledad, la falta de trabajo o de una vivienda digna. La caridad cristiana se compromete seriamente con todo ello. Sin olvidar que quien sufre necesita recibir de nosotros el mayor don que la Iglesia posee: Jesucristo. Mi querido Predecesor lo manifestó con particular claridad: «la Iglesia no es un negocio, no es una agencia humanitaria, la Iglesia no es una ONG; la Iglesia está enviada a llevar a todos a Cristo y su Evangelio. [...] Si por hipótesis una vez sucediera que la Iglesia no lleva a Jesús, esa sería una Iglesia muerta» (*Catequesis, 23 de octubre de 2013*). ¡Qué grande es, entonces, nuestra vocación! Ser portadores de la presencia de Cristo, hacer posible el encuentro con Él por la Palabra, los sacramentos y una cercanía que ayude a reconocer su presencia en la propia vida. El

pueblo que les ha sido confiado ansía recibir de ustedes aquello que la Iglesia lleva siglos custodiando para él.

Después de la *elección*, los *Ejercicios* conducen al ejercitante a permanecer junto a Cristo en su *Pasión* (cf. nn.190-217). Quien ha elegido seguir al Señor aprende entonces a estar con Él cuando ese seguimiento pasa por la cruz (cf. *Lc* 9,23). También nuestra vocación conoce esas horas: cuando el fruto no se ve, cuando servir cuesta y cuando la fidelidad ya no recibe el apoyo del entusiasmo de los primeros años. Muchos de ustedes conocen bien esa forma de fidelidad fatigosa: continuar rezando cuando la oración se vuelve árida y seguir sirviendo cuando por más que se trabaja parece que nada cambia. Hay etapas en la vida sacerdotal y consagrada en las que permanecer es ya una forma muy concreta de entrega. Aun con interrogantes y cansancio, uno sigue diciendo con su vida: «aquí estoy».

San Héctor Valdivielso, el primer santo argentino, es modelo de esa fidelidad. Tenía apenas veinticuatro años y acababa de concluir sus *Ejercicios Espirituales* anuales cuando aquello que apenas había puesto delante de Dios tuvo que sostenerlo en la prueba. La oración se hizo entonces testimonio, y el testimonio llegó hasta derramar su sangre.

Hay también otras formas de dar testimonio, perseverando en medio del sufrimiento. Laura y el padre Martín me han hecho pensar en mi reciente hospitalización y también recordar al Cura Brochero que, ciego y enfermo de lepra, seguía sirviendo a su pueblo. En nuestros días, la idea de servirse de la tecnología para continuar dando testimonio es maravillosa; sean creativos y encuentren nuevos modos de seguir predicando. Queridos amigos, recuerden, lo que evangeliza es la manera de vivir nuestra vocación. Ni la edad ni las

limitaciones del cuerpo pueden apagar el celo: nuestras fuerzas pueden agotarse, pero jamás el poder de Dios.

Y ese poder se revela en la Resurrección del Señor. San Ignacio conduce al ejercitante hacia el Resucitado y le pide contemplar cómo Cristo ejerce el «oficio de consolar» (n. 224). Allí nos enseña a descubrir dónde está actuando el Maestro y a recibir de Él fuerza para volver a la misión. También la Iglesia que peregrina en Argentina necesita mirarse a sí misma, reconociendo con gratitud lo que Dios ya está suscitando en ella y preguntándose por dónde quiere Él abrir nuevos caminos. El Resucitado ya está allí, y nos precede (cf. *Mt* 28,7).

Al final de los *Ejercicios*, la *Contemplación para alcanzar amor* invita a reflexionar sobre cuánto hemos recibido de Dios (cf. nn. 230-237). Y ante tanto don, san Ignacio propone como respuesta: «Toma, Señor, y recibe…» (n. 234). El itinerario del retiro termina donde todo inició: en una vida puesta nuevamente a disposición de Dios, con sus posibilidades y también con sus límites. Tal vez la pregunta a la que tratemos de responder hoy sea: ¿puede todavía el Señor disponer de mí? Y si la respuesta sigue siendo «sí», entonces hay mucho por delante. ¡No bajemos los brazos! Jesús sigue caminando con su Iglesia y haciendo fecunda la vida de quienes se ponen en sus manos.

Argentina conoce bien lo que Dios puede hacer con una vida disponible. Mama Antula llegó a Buenos Aires descalza y solo con un crucifijo: llevaba poco, pero era lo necesario para empezar. Brochero siguió predicando, aunque muchas veces únicamente Dios y su mula fueran testigos del cansancio. El beato Ceferino murió antes de cumplir diecinueve años; no tuvo tiempo de envejecer, pero sí de dejar muy claro para quién quería vivir. Dios sigue derramando su gracia y quiere contar con ustedes para hacerla llegar desde La

Quiaca hasta Ushuaia, y hasta el último rincón de la tierra (cf. *Mc* 16,15).

¡Atrévanse a mirar a la Argentina con los ojos de Dios! Sueñen con jóvenes preguntándose si Cristo los llama; con parroquias que sean comunidades vivas de fe; con familias religiosas que tengan la audacia de sus fundadores; con seminarios y noviciados donde se formen santos… ¡Sueñen con una Iglesia que siga haciendo lío, como les pidió su paisano Francisco! (cf. *Encuentro con los jóvenes argentinos, Río de Janeiro, 25 de julio de 2013*). Un lío que la lleve a todos los rincones y haga resonar por doquier el Evangelio de Jesucristo.

Queridos hermanos y hermanas, si algo nos enseñan los *Ejercicios* es que después de mirar la propia vida delante de Dios hay que volver a ella distintos. Volvamos a nuestras comunidades con esperanza, con libertad y con ganas de seguir sirviendo. Quizá nosotros no veremos todo lo que Dios hará con lo que hoy sembramos; tampoco lo vieron los que nos precedieron, pero sin su entrega hoy no estaríamos aquí.

Que Dios encuentre en nosotros hombres y mujeres dispuestos a seguirlo y a ser modelados por su amor. Gente que no «afloje» hasta llegar a la santidad. El Señor ha hecho cosas grandes en esta tierra y estoy convencido de que todavía hará muchas más. Que Nuestra Señora de Luján acompañe este camino y nos ayude a decirle al Señor, con la vida, que puede seguir contando con nosotros. Muchas gracias.

Volver al índice

LUJÁN

11 de noviembre de 2026

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

Plaza frente a la Basílica de Nuestra Señora de Luján (Luján)

Miércoles, 11 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

La lectura del profeta Isaías que hemos escuchado nos invita a imaginar distintos tipos de terreno: el desierto, la estepa y el monte, todos llamados a florecer y a cantar de júbilo al contemplar la gloria de Dios. Pensemos también hoy en este hermoso país, en la variada geografía con la que el Creador del universo ha embellecido la tierra argentina: extensas pampas y caudalosos ríos, numerosas sierras y cadenas montañosas, verdes mesetas y amplias llanuras, mares profundos, glaciares majestuosos y vastos desiertos. Toda la tierra del «fin del mundo», en su esplendor y hermosura, canta la gloria del Señor.

Isaías continúa diciendo que, así como Dios hace brotar agua en la tierra árida, haciéndola más fecunda, así también sacia la sed profunda de los hombres y los sana de sus enfermedades, abriendo los ojos a los ciegos y los oídos a los sordos. Queridos hermanos y hermanas, estas imágenes nos hablan de un tiempo nuevo, de una promesa de liberación: no tengan miedo, Dios está con nosotros. Alégrense y sean fuertes, con la fuerza que viene del Señor.

Durante estos días pude ver la riqueza de Argentina, no solo en su geografía sino también en su gente, en cada uno de los encuentros, en las plazas y en las calles, en la creatividad, en la espontaneidad y

en la vida que desborda a cada paso. En el *Magníficat*, que hemos proclamado como salmo responsorial, también la Virgen María desborda de gozo con el Señor y lo alaba por las maravillas que obra en ella. Agradezco a Dios la oportunidad de encontrarme con este pueblo tan querido, que abre sus puertas a todos, que comparte su pan y su música, donde siempre hay un lugar en la mesa para el que llega, un tiempo gratuito para conversar «entre mate y mate», una mano tendida para el que lo necesita.

Hoy, en la Casa de nuestra Madre de Luján, mi recuerdo se dirige de manera especial a nuestro querido Papa Francisco, que siempre llevó a la «Patroncita morena» en su corazón. Él nos enseñó con su vida, y nos lo sigue indicando desde el lugar que eligió para ser sepultado, tan cerca de Santa María, a amarla y venerarla siempre. De hecho, muchas veces sus palabras de despedida eran: «Que Jesús te bendiga y la Virgen Santa te cuide».

Con el corazón agradecido por tantos dones que Dios ha derramado sobre este país, quisiera en esta ocasión proponerles un itinerario, que es el mismo que vivimos en la celebración de cada Eucaristía. Consta de cuatro pasos: la *reconciliación*, la *iluminación* por medio de la Palabra de Dios, la *comunión* y el envío a la *misión*. María al pie de la cruz se une al Sacrificio eucarístico y nos acompaña en este camino (cf. S. Juan Pablo II, Carta enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 56-58).

Muchos hermanos nuestros, o incluso nosotros mismos, nuestras familias, pueden estar viviendo actualmente momentos de Calvario, sufriendo a causa de enfermedades, pobreza, falta de trabajo, discriminación o rupturas familiares, entre otros problemas. En esos momentos oscuros, comprendemos los sentimientos de María al pie de la cruz, con su corazón de madre desgarrado de dolor. Al mismo tiempo, así como María, en ese terrible momento de su vida, recibió

de su Hijo una nueva misión, acogiendo en su corazón de madre a toda la humanidad, también nosotros estamos llamados a recibir la gracia de Dios y vivir procesos de perdón y reconciliación, que renueven en nosotros la paz, la esperanza y la caridad. Seamos sinceros, reconozcamos nuestras faltas y pidamos perdón al Señor, «perdón por aquel mendigo, por aquella lágrima que hice brillar; perdón por aquellos ojos que al mirar los míos no quise mirar» (*Zamba del perdón*). Necesitamos *reconciliarnos* también con nuestra historia y con nuestro presente, para generar un futuro nuevo, donde sea el amor el que tenga la última palabra.

Recordemos asimismo la experiencia de los discípulos de Emaús: iban caminando con el semblante triste, desalentados, abatidos por la dura realidad. En ese momento se les presentó Jesús resucitado y les explicó las Escrituras. Después compartieron la cena, y ellos reconocieron su presencia, que les había hecho arder el corazón (cf. *Lc* 24,13-35). Queridos hermanos y hermanas: esa también es muchas veces nuestra experiencia. Nos sentimos cansados, defraudados, desorientados. Necesitamos una brújula, una guía: ¡la tenemos en la Sagrada Escritura! Dejémonos iluminar por ella: la *Palabra de Dios* es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino (cf. *Sal* 119,105).

Como tercer paso, después de la reconciliación y la iluminación por medio de la Palabra, estamos llamados a la *comunión*. Cristo mismo nos invita a su mesa, y en ella somos *bienvenidos todos* (cf. *Mt* 22,9-10). Hay lugar para todos, especialmente para los más necesitados: los pobres y los hambrientos, los migrantes, los enfermos y los presos, con quienes el Señor se identifica (cf. *Mt* 25,35-40). Precisamente «la Eucaristía, sacramento de la unidad, alimenta nuestra pertenencia al cuerpo de Cristo y nos enseña a compartir. Las diversas sensibilidades presentes en la Iglesia, las

convicciones fuertes que animan a cada uno, son una riqueza si permanecen ancladas en la certeza de la unidad como don recibido y como tarea por asumir» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 88). La comunión con Cristo no nos repliega en nuestros asuntos personales, no nos lleva a aprovecharnos de las carencias ajenas, no nos hace evadir nuestras responsabilidades. La comunión con Cristo nos impulsa a formar parte activa de una comunidad, a compartir gratuitamente los dones recibidos, a ofrecer lo poco que tengamos para el bien de muchos.

Se nos invita a vivir la caridad al estilo de Cristo, y ese estilo también nos lo enseña María al pie de la cruz, ya que allí, en el Calvario, tanto ella como su Hijo amaron «hasta el extremo» (cf. *Jn* 13,1). No se trata de hacer grandes cosas, sino de permanecer fieles junto al Señor, como estuvo su Madre, tanto en los momentos de cruz, como en los tiempos de gozo, de gloria y de luz. Se trata de mirar la vida con *ojos de cielo* y de pintar cada una de nuestras jornadas de *color esperanza*. Hay muchas dificultades, lo sabemos, pero el Señor también inspira en nuestro Pueblo fiel gestos heroicos de caridad, como el del padre que madruga cada día para llevar el pan a su casa, como la madre que acompaña a su hijo enfermo durante las largas noches de hospital, como el buen amigo que comparte su tiempo con el que lo necesita.

Queridos hermanos y hermanas, el último paso es el envío, tal como recibimos al finalizar la Santa Misa: el envío a la misión. ¡*Vayan y anuncien*! (cf. *Mc* 16,15), porque «no podemos callar lo que hemos visto y oído» (*Hch* 4,20). Vayan y evangelicen, anuncien la alegría del Evangelio con palabras y obras de bien. Argentina, levántate y camina. Como nos dice san Agustín: «Ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti

la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien» (S. Agustín, *Homilía sobre la primera carta de San Juan a los partos*, 7, 8).

Madre de Luján: mi Pontificado dio inicio un 8 de mayo, día de tu fiesta. Como millones de argentinos que vienen a tu casa a suplicar tu amparo maternal, yo también quiero cobijarme bajo tu manto. Guíame, Madre, en la misión apostólica que el Señor me ha encomendado. Y guía y acompaña al pueblo argentino en su peregrinar. Ayúdalo a crear puentes de caridad y redes de solidaridad, suscita en ellos el impulso para seguir recorriendo caminos de reconciliación, de comunión y de misión, iluminados por la Palabra de tu Hijo Jesucristo y cimentados firmemente en Él, «la piedra angular» (*Hch* 4,11). Que así sea.

Agradecimiento al final de la Santa Misa

Queridos hermanos y hermanas: doy gracias a Dios por lo vivido en mi visita a este país, cuna de nuestro querido Papa Francisco. Agradezco a todos los que trabajaron para que esto fuera posible: a las Autoridades civiles y religiosas, a los organizadores, colaboradores y voluntarios, así como a las numerosas personas, familias y comunidades que participaron en cada uno de los encuentros o que los siguieron a través de los medios de comunicación. ¡Gracias Argentina por recibirme con los brazos abiertos!

La imagen de la Virgen de Luján que hoy nos acompaña llegó a estas tierras en una carreta y ya no quiso continuar su camino, se quedó para siempre con ustedes. El Sucesor de Pedro hoy debe seguir su misión en otros lugares, allí donde el Señor lo envía, pero quiere decirles que los lleva a todos en su corazón.

Que Dios bendiga esta tierra de María Inmaculada, cuyo manto celeste y blanco se quedó en los colores de su bandera. Que los pueblos del norte con sus cerros y valles, del sur con sus imponentes glaciares, del este con sus ríos y selvas, y del oeste con sus cordilleras majestuosas, den gloria al Señor por tantos dones recibidos y, en su nombre, *vayan y anuncien* el Evangelio con alegría y gratitud.

Gracias por recibirme con tanto cariño, me he sentido como en casa. Sigamos unidos en Cristo, rezando unos por otros y encomendándonos al amparo maternal de Nuestra Señora de Luján. ¡Hasta siempre mi querida Argentina!

Volver al índice

PERÚ

11-16 de noviembre de 2026

LIMA

11-13 de noviembre de 2026

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, LA SOCIEDAD CIVIL Y EL CUERPO DIPLOMÁTICO

Discurso del Santo Padre León XIV «Gran Teatro Nacional» (Lima). Miércoles, 11 de noviembre de 2026

Palabras improvisadas del Santo Padre al personal del Palacio de Gobierno con ocasión de la visita de cortesía a la Presidenta de la República del Perú

¡Muchas gracias! Buenas noches a todos.

Es una alegría –como quizás pueden imaginar– para un servidor, después de unos años poder volver al Perú y visitarlos a todos. Primero, porque me siento en casa. Segundo, porque como Papa es un honor venir a caminar con todos los hombres y todas las mujeres de buena voluntad: católicos, cristianos… con todos; porque juntos queremos buscar siempre el bien de todo el pueblo. Y estoy muy convencido de los grandes valores que hay en el pueblo peruano: el espíritu de comunidad, el espíritu de estar unidos. Además, creo que es muy importante que busquemos siempre la manera de trabajar juntos, de superar las diferencias, de usar el diálogo, la comprensión, quizás mucha paciencia. Que tengamos también la convicción de que es posible lograr mucho, si caminamos unidos. Tal y como ha pedido la señora Presidenta, con mucho gusto les ofrezco la bendición de

Dios para ustedes, sus seres queridos, sus familias, y por todo el pueblo de Perú en esta noche, en estos días, y para el futuro.

El Señor esté con ustedes.

La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes hoy y siempre. Amén.

¡Muchas gracias! ¡Gracias a todos!

Discurso del Santo Padre

Señora Presidenta de la República, distinguidas Autoridades, señoras y señores:

Me alegra profundamente volver al Perú. Agradezco, señora Presidenta, sus cordiales palabras de bienvenida. Expreso también mi gratitud por la amable invitación para venir a esta querida tierra y a cuantos han preparado el viaje, haciendo posible que pueda encontrarme con comunidades de distintas regiones del país.

Este regreso tiene para mí un significado muy especial. Mi historia con el Perú comenzó mucho antes de que el Señor me confiara la Diócesis de Chiclayo. Durante años compartí la vida de su gente, escuché sus preocupaciones y aprendí de su fe. Muchos me abrieron las puertas de sus casas, compartieron conmigo su mesa —y, por supuesto, algún buen ceviche— y me hicieron sentir uno de los suyos. En 2015 recibí la nacionalidad peruana. Aquel acto manifestó un vínculo que este pueblo había ido tejiendo en mi vida desde mucho antes. Hoy comprendo cuánto de esta tierra permanece conmigo y cuánto de mi propia historia les pertenece también a ustedes.

Regreso como Sucesor de Pedro, llamado a servir a la Iglesia universal. Desde esta responsabilidad, reconozco en aquellos años una parte del camino por el que el Señor me fue formando como pastor. Si me fuera concedido recorrer esos años nuevamente, volvería a hacerlo con alegría, acogiendo tanto sus momentos felices como sus dificultades. Por eso puedo decirles, con profunda gratitud, que regreso también a mi patria.

El Perú tiene una historia milenaria, formada por pueblos de diversas lenguas y tradiciones. Parte de esa historia sigue contándose en quechua, aimara y en las lenguas de la Amazonía. A ella se han unido, con el paso de los siglos, otras herencias, entre ellas la afroperuana y la asiático-peruana, que también han contribuido a formar la identidad del país. Hace casi quinientos años, el anuncio del Evangelio abrió un capítulo decisivo de esa historia. Como recordó Benedicto XVI, «del encuentro de esa fe con las etnias originarias ha nacido la rica cultura cristiana de este continente» (*Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 13 de mayo de 2007). La fe arraigó profundamente en estas tierras y encontró expresión en sus tradiciones y en innumerables obras de caridad. Basta recordar que la primera flor de santidad latinoamericana llevó el nombre de *Rosa*, y que esa Rosa era peruana.

Las regiones del Perú conservan tradiciones propias y cada una aporta algo distinto a la vida nacional. La unidad de un pueblo se fortalece cuando esas diferencias encuentran su lugar y cada persona contribuye desde su propia historia y sus convicciones. El Perú conserva expresiones cotidianas de solidaridad: las faenas comunales en las que los vecinos unen sus esfuerzos para realizar una obra que beneficia a todos, la ayuda que se prestan las familias ante las dificultades y la hospitalidad que tantas veces he constatado. En esos

gestos se descubre una manera de amar a la propia patria que se manifiesta, ante todo, en el cuidado de quienes la habitan.

Amar a un pueblo es desear que todos puedan vivir dignamente en él, interesarse por él y estar dispuesto a ofrecer algo de uno mismo por su bien. Es un sentimiento que he llegado a comprender mejor gracias a ustedes y que hoy deseo compartir con quienes ejercen responsabilidades públicas.

Señora Presidenta, distinguidas Autoridades: esa solicitud por el bien de los demás se concretiza de modo admirable en el servicio público. El Papa Francisco, que visitó esta querida tierra en 2018, recordó que la política «es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 205). La vida democrática reúne a personas de convicciones y aspiraciones diversas, unidas por un mismo destino nacional. Las instituciones ofrecen cauces para que esas diferencias encuentren expresión y puedan recorrerse caminos de entendimiento. Las decisiones públicas alcanzan también a quienes viven lejos de los lugares donde se toman. Pero esto nunca debería convertirse en olvido.

Para conocer las necesidades de quienes están lejos, es preciso comenzar por escucharlos. Recuerdo conversaciones aparentemente sencillas en las que afloraban las dificultades de una familia o las esperanzas de una comunidad entera. En un país donde se hablan tantas lenguas, escuchar exige también procurar que todos puedan hacerse entender. Quienes acuden a las instituciones esperan ser escuchados, comprender las decisiones que los afectan y encontrar a alguien a quien puedan dirigirse con confianza. Detrás de expedientes, de trámites ordinarios o del abstracto número del censo nacional, hay rostros concretos que aguardan respuestas de las que depende buena parte de su tranquilidad.

Escuchar requiere una especial paciencia cuando se afrontan desacuerdos o experiencias dolorosas. También el Perú ha atravesado momentos difíciles que han puesto a prueba la convivencia entre sus habitantes. Los sucesos del pasado merecen ser tratados con justicia y sensibilidad, dejando espacio para que crezca la concordia y las diferencias puedan afrontarse con respeto. La vida democrática implica reconocer que nadie posee todas las respuestas y que las diferencias no impiden compartir una preocupación sincera por el bien del país. Quisiera alentar a todos a cultivar la honestidad, la rectitud y la disposición al encuentro, cualidades que sostienen la confianza entre las personas y dan solidez a la vida de las instituciones.

Para las familias, la paz tiene un significado muy concreto: salir a trabajar sin temor, cuidar de los hijos y regresar a casa con serenidad. Son aspiraciones sencillas, pero nadie debería verse privado de ellas. La Iglesia conoce el sufrimiento que provoca la violencia y desea permanecer cercana a quienes la padecen, alentando los esfuerzos de cuantos trabajan para proteger la vida, la dignidad y los derechos de las personas mediante el derecho y la justicia.

Sostener dignamente a la propia familia forma parte también de esa paz cotidiana. Pienso en quienes cultivan la tierra, en los pescadores que salen al mar, en los pequeños comerciantes y en quienes sostienen la actividad de las ciudades. Cada uno de esos trabajos contribuye a la vida de la nación y merece ser reconocido en su dignidad. San Pablo VI enseñó que el desarrollo auténtico ha de promover «a todos los hombres y a todo el hombre» (Carta enc. *Populorum progressio*, 14). Ese desarrollo comprende el bienestar material y las aspiraciones culturales, morales y espirituales de cada persona. Hay bienes que ninguna prosperidad económica puede

reemplazar: la paz de la conciencia, la certeza de ser amado y la libertad de buscar la verdad y orientar conforme a ella la propia vida.

El deseo de buscar la verdad comienza a manifestarse muy pronto, en las preguntas con que un niño descubre el mundo. Una escuela capaz de acoger esa búsqueda puede abrirle horizontes que antes parecían lejanos y ayudarlo a reconocer sus propias capacidades. Pienso con gratitud en los maestros de las distintas regiones del Perú, que acompañan ese descubrimiento y transmiten a sus alumnos los valores de su tierra, para que aprendan a conocerla y amarla. Pero los horizontes que se abren en las aulas necesitan encontrar después oportunidades reales. Dirijo una palabra de afecto a los jóvenes, especialmente a quienes buscan su primer trabajo o se preparan para nuevas responsabilidades. Trabajemos para que puedan desarrollar sus talentos y ponerlos generosamente al servicio de los demás, especialmente de los más necesitados.

Cuando una persona se enferma o necesita cuidados continuos, también cambia la vida de quienes la rodean. Quien ha acompañado a un ser querido sabe cuánto significan una atención médica oportuna, una presencia amiga y una palabra de consuelo. Pienso en los ancianos, en las personas con discapacidad y en quienes sufren la soledad o dificultades relacionadas con la salud mental. Muchas familias sostienen silenciosamente esta tarea, a menudo con grandes sacrificios. Animo a las autoridades a respaldar esa entrega, facilitándoles servicios de salud accesibles y fortaleciendo la medicina preventiva. Quienes dedican sus fuerzas a cuidar de otros necesitan también encontrar quién cuide de ellos.

Pienso también en tantas mujeres peruanas que han sostenido comedores populares y ollas comunes, y en aquellas que, desde sus profesiones y responsabilidades públicas, contribuyen al bien del país. Que todas ellas puedan desarrollar libremente sus capacidades,

participar plenamente en sus comunidades y vivir libres de violencia y de cualquier forma de explotación.

En el Perú, los ríos de la Amazonía, las alturas andinas y el extenso litoral dan forma a la vida de numerosas comunidades y al trabajo de sus habitantes. El aprovechamiento de sus recursos, mediante la agricultura, la pesca o la minería, exige cuidar la naturaleza y respetar a las comunidades que dependen de ella (cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 183). Conocer cada territorio permite anticipar los riesgos de los fenómenos naturales y proteger mejor a la población. La solidaridad que los peruanos manifiestan ante las emergencias merece encontrar instituciones igualmente comprometidas, capaces de prevenir y de actuar a tiempo cuando una vida corre peligro.

La ciencia y la tecnología ayudan a anticipar muchos de esos riesgos. Sus avances permiten también mejorar la atención sanitaria y acercar oportunidades educativas a comunidades alejadas. La inteligencia artificial amplía estas posibilidades y transforma nuestra manera de trabajar y relacionarnos. Como recordé en *Magnifica humanitas*, estas nuevas capacidades reclaman discernimiento y una orientación responsable hacia el bien común (cf. n. 5). Que sus beneficios lleguen a todos y que su desarrollo permanezca al servicio de la dignidad humana. Es necesario también que existan garantías jurídicas adecuadas para prevenir posibles abusos y proteger a las personas frente a sus consecuencias.

La protección del medio ambiente y el uso responsable de las nuevas tecnologías requieren también la colaboración entre países. Por su condición andina y amazónica y su apertura al Pacífico, el Perú mantiene vínculos con las naciones vecinas y con pueblos de otros continentes. Numerosas cuestiones que afectan a la vida de sus habitantes, desde la protección del ambiente hasta los movimientos

migratorios, encuentran mejores respuestas mediante el diálogo y la cooperación.

Por otro lado, pienso en tantos peruanos que viven fuera del país y que, mientras construyen su vida en otras tierras, conservan el afecto por sus familias y contribuyen a sus comunidades de origen. En ciudades muy lejanas, la imagen del Señor de los Milagros sigue reuniendo a peruanos que encuentran en aquella devoción una manera de conservar los vínculos con su tierra. ¡Yo mismo he visto a Roma vestirse de morado! La distancia no disminuye necesariamente el amor a la patria; a veces permite reconocer con mayor claridad cuánto hemos recibido de ella. Quienes llegan al Perú traen también historias y esperanzas que merecen acogida y respeto. En sus historias se advierte que las relaciones entre los países tienen consecuencias muy concretas para la vida de las familias.

Las guerras y tensiones que afligen a tantos pueblos reclaman una diplomacia paciente, que mantenga abierto el diálogo, respete el derecho internacional y busque acuerdos que protejan la vida y la dignidad de las personas. Cada nación posee aspiraciones legítimas, pero ninguna puede considerar ajena la suerte de las demás. Aliento al Perú a seguir contribuyendo a la cooperación regional e internacional y a favorecer el entendimiento incluso cuando las posiciones parezcan irreconciliables. Que nunca se renuncie a buscar caminos para aliviar el sufrimiento de los pueblos y avanzar hacia la paz.

En ese espíritu de cooperación se inscriben las relaciones entre el Perú y la Santa Sede. La Constitución peruana reconoce a la Iglesia católica como un elemento importante en la formación histórica, cultural y moral de la nación y contempla la colaboración del Estado con ella, en un régimen de independencia y autonomía, respetando asimismo a las demás confesiones (cf. art. 50). La Iglesia, consciente

de ese reconocimiento, desea continuar ofreciendo al pueblo peruano aquello que ha recibido como misión: anunciar el Evangelio, acompañar a quienes sufren y servir a la dignidad de toda persona. Ese compromiso se hace visible en sus comunidades, en sus obras educativas y asistenciales, y en tantos fieles laicos que, movidos por su fe, participan en la vida del país desde sus profesiones y responsabilidades cívicas. Que esta relación continúe desarrollándose con respeto recíproco, procurando siempre el bien de todos los peruanos.

Señoras y señores: hay muchos modos de servir al Perú. Agradezco a quienes lo hacen desde sus instituciones y a cuantos, con el trabajo de cada día, contribuyen al bien de sus comunidades. Yo he recibido mucho de ustedes. Hay rostros, conversaciones y gestos de cariño que, después de tantos años, siguen acompañándome. Desde la Sede de Pedro, deseo corresponder a tanto afecto con mi oración y mi cercanía. Quisiera proponerles también la Doctrina Social de la Iglesia, como una ayuda para iluminar y orientar los esfuerzos de cuantos trabajan por el bien de esta nación.

En el pozo de santa Rosa de Lima, generaciones de peruanos han depositado sus peticiones y sus esperanzas. Hoy, desde aquí, quisiera dejar caer también mi plegaria en ese bendito pozo. Por intercesión de la Santísima Virgen María, de santa Rosa y de todos los santos y beatos de esta tierra, pido al Señor que el amor de Cristo los ayude a reconocer, en cada peruano, a un hermano, a una hermana y, en cada uno, un motivo más para amar a su patria. Que Dios bendiga al Perú y a todos sus habitantes. Muchas gracias.

Palabras del Santo Padre desde el balcón de la Nunciatura Apostólica

¡Muy buenas noches Lima! ¡Buenas noches Perú!

Pues no tengo palabras para agradecer esta acogida tan calurosa, por haber vuelto hoy a mi casa. Y qué hermoso es encontrar a todos ustedes aquí con tanto entusiasmo, con tanta alegría y también con tanta oración.

Agradezco muchísimo las oraciones de todos ustedes, especialmente en este período. ¡Gracias!

Aquí delante de la Nunciatura hay esta hermosa paloma, signo de la paz. Y queremos ser todos promotores y constructores de paz. Así es. Entonces, pido sus oraciones muy sinceramente por la paz en el mundo, por la paz en todos los países, que sepamos ser constructores de unidad, promotores de reconciliación y que creamos profundamente en la paz.

Ahora, me han pedido que diga todavía una palabra más. Es que algunos tienen sus ventanas por este lado y quieren dormir y quieren un poco de paz.

Entonces, por un tiempo todavía puede seguir la fiesta, pero no toda la noche, porque si no, mañana no va a haber paz.

Pues, vamos a dar la bendición para ustedes, para todos sus seres queridos. Una oración especial para sus familias. Muy importante pensar en las familias y buscar también cómo ser promotores de unidad en nuestras familias.

Entonces, vamos a rezar juntos como Jesús nos enseñó.

Padre nuestro... El Señor esté con ustedes... Bendito sea el nombre del Señor... Nuestro auxilio es en el nombre del Señor... Y la

bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

¡Muchas gracias! ¡Buenas noches! Y hasta mañana.

Volver al índice

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS DE PERÚ

Discurso del Santo Padre León XIV Capilla del Palacio Arzobispal (Lima). Jueves, 12 de noviembre de 2026

Eminencias, Excelencias, Monseñores, ¡Queridos hermanos!

Agradezco las palabras que Mons. Carlos Enrique García Camader, Obispo de Lurín y Presidente de la Conferencia Episcopal, me ha dirigido en nombre de cada uno de ustedes, junto con su oración por la recuperación de mi salud. Algunos saben que había aquellos «Tomases» que decían: «él no va a venir»; «no va a ser capaz». Pero Dios es grande y su gracia es más grande que todos nosotros. Y de verdad estoy muy feliz de estar aquí entre ustedes.

Doy gracias a Dios, que en esta oportunidad nos permite mantener este diálogo como hermanos obispos. Han estado hace no muchos meses en Roma, en la visita *ad limina*; ahora nos encontramos aquí. Me ilusionan también los encuentros que tendré estos días en Perú. Gracias por el trabajo que han hecho para la organización de mi visita.

Queridos hermanos obispos: los caminos que atraviesan la geografía de un país recorren también en el alma de su pueblo. Esta verdad la podemos contemplar en el Perú. Sus montañas, sus valles, su costa, su Amazonía y sus antiguas sendas conservan la memoria de pueblos que aprendieron a encontrarse e intercambiar sus dones.

Entre esos caminos hay uno que les es muy familiar: el Gran Camino del Inca, esa extensa red que unió territorios, comunidades y culturas a lo largo y ancho de esta geografía. Recurriendo a esta imagen, quisiera proponerles una reflexión sobre nuestra misión

episcopal, porque también la Iglesia *es* camino: de comunión y de esperanza; camino que atraviesa las montañas de la indiferencia, los desiertos del individualismo y las distancias que separan a los hombres. Además, el lema de esta visita que resuena en estos días —¡«Abramos el corazón»!— nos invita, efectivamente, a la conversión, a la comunión y a la misión.

Pero, ¿qué significa «abrir el corazón» para un obispo? Significa conocer el camino hacia Dios para recorrerlo con el Pueblo fiel y permitir que Dios y el Pueblo cuestionen sus prioridades. Se trata de una andanza eminentemente misionera, como la del Camino del Inca, que no fue construido para que los caminantes se quedaran contemplando sus grandiosos paisajes, sino para llegar a todo el *Tawantinsuyu*. A semejanza de los *chasquis*, que recorrían el imperio llevando mensajes urgentes y provisiones vitales, el obispo es el mensajero que porta la Buena Nueva del Evangelio, custodia el tesoro de la Palabra de Dios y distribuye los Sacramentos como esos bienes indispensables para sostener la vida cristiana.

Podemos pensar también que, de la misma forma que este Camino es heredero de los senderos ancestrales utilizados por las culturas preincaicas, el obispo es servidor de una historia de salvación que comenzó antes de él y que continuará después de su paso. Por eso, «abrir el corazón» para el obispo es reconocer el camino que Dios ya está recorriendo con su pueblo, lo que falta por recorrer y hacia dónde hay que dirigir los pasos para seguir construyendo un futuro de esperanza para todos.

Queridos hermanos: abrir el corazón, para el obispo, significa también conocer su diócesis entrando en los hogares, acompañando a los enfermos, encontrando a los jóvenes y acercándose a las comunidades que, por su distancia geográfica o su fragilidad social,

pocas veces pueden hacerse escuchar o ser escuchadas: el pastor está llamado a salir al encuentro de todos.

En esto, destaca de manera singular la figura de santo Toribio de Mogrovejo. Él comprendió que su misión exigía *estar con* las comunidades *para* ocuparse *in primis* de la formación cristiana y asegurarse de que el Evangelio pudiera anunciarse también en las lenguas de los pueblos indígenas. El Catecismo, escrito en aimara, quechua y castellano es testigo de su ardor misionero, en comunión con los obispos reunidos en el tercer Concilio Provincial de Lima.

Sabemos que el Camino del Inca no es fácil: sus elevaciones y sus pasos estrechos ponen a prueba la resistencia del caminante, cuyo esfuerzo encuentra alivio al contemplar la creación majestuosa. De manera análoga, tampoco la misión episcopal transcurre siempre por caminos despejados. Encontramos dificultades pastorales, divisiones sociales, incomprensiones y decisiones que pueden resultar dolorosas. Santo Toribio nos ilumina de nuevo aquí, haciéndonos comprender que la caridad pastoral no consiste en evitar los problemas sino en permanecer fieles a Cristo y procurar el mayor bien posible a las personas. Así como las contrariedades del camino atraviesan las montañas, la cruz de Jesús nuestro ministerio, pero esa misma cruz nos recuerda que ninguna fatiga ofrecida por amor resulta inútil, cuando se une a la entrega de Jesucristo (cf. *Mt* 16,24-25).

Una nota importante es saber que este sendero no se recorre en solitario. Al estar en el territorio que albergó el primer seminario en Perú, pienso en el obispo, que convierte el camino mismo en un *Yachay wasi* itinerante, en una «casa del saber» y, siendo compañero de viaje de sus sacerdotes, no se limita a señalarles la ruta, sino que comparte sus fatigas y anhelos, reconoce la huella de Dios en sus vidas y cuida que ninguno se quede atrás. Pero, más allá

de la imaginación, lo cierto es que caminar juntos crea comunión, un don que hay que pedir siempre: comunión con el Sucesor de Pedro, con los demás obispos, con los religiosos y religiosas y con todo el Pueblo de Dios. Esto es indispensable para recorrer fielmente el *Camino*, que es Cristo.

En este sentido, me alegra el proceso sinodal emprendido en la Iglesia peruana. Les pido que sigan trabajando con firmeza, en acción conjunta con el Pueblo de Dios, haciendo posible, cada vez más, una Iglesia donde todos nos reconozcamos corresponsables y discípulos misioneros del Señor; viviendo, cada uno según su propia vocación, en confianza mutua, de tal modo que la autoridad no se ejerza tiránicamente ni la obediencia sea mero servilismo.

Quisiera referirme ahora a quienes han transitado estas tierras antes que nosotros. Además de santo Toribio de Mogrovejo, pensemos en santa Rosa de Lima: su oración y su entrega a los necesitados nos recuerdan que la fecundidad apostólica depende de nuestra unión con el Señor y, por ende, del cuidado de nuestra propia vida espiritual en el ministerio episcopal.

De san Francisco Solano aprendemos a cruzar fronteras para anunciar el Evangelio. Su espíritu misionero y gozoso nos recuerda que la Iglesia existe para proclamar a Jesucristo, especialmente a quienes viven en las periferias humanas y geográficas.

San Martín de Porres y san Juan Macías nos enseñan, desde su humildad, a reconocer a Cristo en los más pequeños; de estos santos aprendemos también que la caridad comienza con un gesto sencillo, una escucha atenta y nos recuerdan que ninguna persona puede ser medida por su prestigio, su origen o su posición social. En este sentido, permítanme referirme a una realidad que nos ha causado tanto dolor: los abusos perpetrados por miembros del clero o en el

contexto eclesial. Hemos de responder como lo haría Jesús, con la verdad, la justicia, con perdón, con reparación y un compromiso cada vez más decidido a favor de una cultura de la prevención y protección de los más débiles frente a estos delitos.

Las vidas de los santos, distintos entre ellos, pero movidos por una única fe: obispos, sacerdotes y laicos; españoles, criollos y mulatos, representan la unidad de la Iglesia del Perú y forman una escuela de santidad. Ellos siguen recorriendo con nosotros, aquí y ahora, los muchos senderos del único *Camino*, enseñándonos a ser *in Illo uno unum*.

Queridos hermanos obispos: en este mismo lugar, en el 2018, yo estaba sentado por ahí detrás entre ustedes, y recibimos de nuestro querido Papa Francisco una vehemente exhortación a trabajar por la unidad; recuerdo que nos dijo: «no se queden presos de divisiones que parcializan y reducen la vocación a la que hemos sido llamados: ser sacramento de comunión. [...] Esa era, es y será la mejor evangelización» (*Encuentro con los Obispos, Lima, 21 de enero de 2018*). En efecto, la comunión entre ustedes, entre nosotros, es el fundamento de la credibilidad del Evangelio que anuncian.

Nuestra misión como obispos nos pide ser constructores de puentes, favorecer el diálogo, educar para el encuentro y ayudar a sanar las heridas que dividen a la sociedad peruana. Para ser eficaces en ello, nos ayuda abrir el corazón también a nuestros hermanos obispos: cultivar la confianza, compartir las dificultades y fortalecer la fraternidad episcopal. Ningún obispo debería sentirse solo en el camino. Ninguna Iglesia particular debería vivir su misión como si fuera ajena a la de las demás. En y desde la comunión, el obispo será instrumento para impedir que las polarizaciones sociales o políticas debiliten su misión profética y evangelizadora.

Finalmente, queridos hermanos, el obispo ha de abrir el corazón al Perú de hoy. Un camino antiguo conserva su valor cuando sigue permitiendo que las personas lleguen a su destino. Debemos preguntarnos qué caminos conducen verdaderamente hacia Cristo y denunciar los falsos. El Perú de hoy necesita pastores capaces de escuchar las preguntas de su tiempo, e iluminarlo con la claridad del Evangelio, para acompañar a las familias, sostener a los jóvenes, defender la vida y la dignidad de cada persona, favorecer la justicia y comprometerse con la custodia de la creación, ayudando, particularmente, a quienes sufren la pobreza, la exclusión, la corrupción, la violencia y la falta de oportunidades.

Esta misión exige unir la fidelidad doctrinal con la cercanía pastoral; la celebración de los Sacramentos con el compromiso hacia el prójimo; la formación de la conciencia con el testimonio concreto de la caridad.

La Eucaristía es la fuente y la cumbre de nuestra vida cristiana. Ante el Sagrario recuperamos la perspectiva correcta de nuestro ministerio: la Iglesia no nos pertenece; es de Cristo. Nosotros somos mensajeros que un día concluiremos nuestro camino. ¡Solo Dios permanece!

Que nunca nos falte tiempo para estar con el Señor y acompañar a quienes necesitan experimentar la paternidad espiritual del obispo. Porque el obispo unido a Cristo, incluso en medio de sus limitaciones, es instrumento de consuelo, unidad y esperanza.

Quisiera finalizar con tres invitaciones:

Primera: no dejen de caminar con este pueblo.

Segunda: no dejemos de caminar juntos, en comunión episcopal como testigos de la unidad que anunciamos.

Tercera: no dejemos de abrir el corazón: a Dios, para que renueve nuestra vocación; a los hermanos, para que se sanen las divisiones; y a su pueblo, para que encuentre en ustedes al «padre obispo» cercano, valiente y misericordioso.

Que santa María, Madre de la Iglesia, así nos lo conceda, para que todos los hijos de esta linda tierra—en las alturas andinas, en los valles, en la Amazonía, en la costa y en las islas— encuentren en la Iglesia un hogar donde sean recibidos, escuchados, amados y conducidos hacia Jesucristo. Muchas gracias.

Volver al índice

CELEBRACIÓN DE LA HORA MEDIA CON LOS OBISPOS, LOS SACERDOTES, LOS RELIGIOSOS, LAS RELIGIOSAS, LOS SEMINARISTAS, LOS EQUIPOS SINODALES Y LOS CONSEJOS PASTORALES

Homilía del Santo Padre León XIV Basílica Catedral de San Juan Apóstol y Evangelista (Lima). Jueves, 12 de noviembre de 2026

Queridos obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas, miembros de los Consejos pastorales y de los Equipos sinodales, hermanos todos en Jesucristo:

Con gran gozo me encuentro de nuevo en tierra peruana, cercano a una Iglesia que me es tan querida. Vengo como padre y hermano en la fe; como pastor que ama a su grey.

Llegué a Perú por primera vez hace muchos años, enviado a servir al Pueblo de Dios y a edificar su Reino, a promover la paz en la justicia, con especial cuidado por los más débiles. Regreso hoy para animarlos a continuar la obra de difusión del Evangelio, atentos a la vida y a las necesidades de las personas. Con este objetivo, quisiera que reflexionáramos juntos sobre algunas actitudes que son importantes para ser Iglesia y para construir la civilización del amor cimentada realmente en el bien común. A ello nos ayuda la lectura breve que acabamos de escuchar; se trata de la primera carta de san Juan (cf. *1 Jn* 3,23-24).

La primera idea que nos ofrece es la invitación a creer «en el nombre de su Hijo, Jesucristo» (v. 23), es decir, *mirarlo* a Él como

único fundamento sobre el cual edificar nuestro templo de piedras vivas (cf. *Ef* 2,19-22). Cristo es la Luz, la Palabra, el Pan, y la Iglesia crece allí donde los hombres viven unidos entre sí gracias a la comunión con Él. Nos lo confirma la búsqueda constante de Dios que ha caracterizado la vida de tantos santos, como la del obispo santo Toribio de Mogrovejo, apóstol incansable, emprendedor y creativo, valiente defensor de los pobres, pastor generoso, dispuesto a desgastarse por su grey. Sin embargo, si queremos llegar a la fuente de tanta energía y dinamismo, debemos fijarnos en su íntima relación con el Señor, en cuyo seguimiento hasta la cruz encontró el sentido, el criterio y la fuerza de toda su misión. Es ahí donde también nosotros debemos inspirarnos para servir a la comunidad, aprendiendo a leer nuestra historia a la luz de la Pascua. Contemplando al Crucificado-Resucitado, al Señor de los Milagros, en los «signos» de su bondad encontraremos una guía segura para nuestro camino.

El segundo valor que quisiera recordar es el de la *reconciliación*. Juan, en su carta, dice que es voluntad de Dios que «nos amemos los unos a los otros según el mandamiento que nos dio» (*1 Jn* 3,23). Perú lo necesita mucho, necesita una Iglesia que siembre amor, capaz de construir puentes en donde otros levantan muros, capaz de escuchar, sanar, perdonar y, al mismo tiempo, que esté dispuesta a reconocer las propias infidelidades y pedir perdón con humildad, asumiendo la responsabilidad de las heridas que ha causado en su interior y a su alrededor. Necesita una Iglesia que, abrazada a la Cruz, también sepa afrontar los conflictos con caridad y valentía, con la fe de que en Cristo siempre se puede recomenzar y encontrar unidad, porque, como dice san Pablo, todo esto no es solo obra nuestra, sino que «proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo

por medio de Cristo, confiándonos el ministerio de la reconciliación» (*2 Co* 5,18).

Solo de este modo seremos, según la expresión tan querida por el Papa Francisco, verdaderos *artesanos de paz* (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 225). Y este es el tercer punto sobre el cual quisiera reflexionar. Muchas veces me han escuchado hablar de la necesidad de promover en el mundo una «paz desarmada y desarmante» (*Mensaje para la LIX Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero de 2026). Constituye una urgencia real, a la que se tiene que responder cultivando, en cada circunstancia, día tras día, los valores del diálogo y la fraternidad, y evitando cualquier polarización que sea causa de división. La paz inicia siempre «aquí y ahora» y depende de nuestro modo de comportarnos, de mirarnos, de respetarnos y de escucharnos. Si queremos difundirla, primero debemos custodiarla y cultivarla, delante de Dios, en nosotros mismos y entre nuestros seres queridos, para después difundirla en las comunidades y en los distintos ámbitos de la vida social y política.

Así seremos auténticos artífices de esa *comunión*, que la familia de los bautizados está llamada a encarnar, para ser cada vez más, en Cristo, «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 1). La unidad, para el cristiano, es una dimensión irrenunciable de la existencia, que exige una continua conversión del corazón, a nivel personal y comunitario. El Bautismo nos hace, por la gracia, miembros del único Cuerpo de Cristo (cf. *1 Co* 12,12-13), pero nos corresponde a nosotros, en nuestra dignidad de personas libres, aceptar o no, cada día, el don que nos ha sido dado. A este propósito, Jesús expresó, en la Última Cena, el deseo del Padre: «Que todos sean uno [...] para que el mundo crea» (*Jn* 17,21).

La cuestión, entonces, es cómo actuar y hacer visible nuestro ser «uno», empleando cada medio oportuno, y haciendo incluso de las diferencias y de las heridas ocasiones para crecer juntos, en la estima recíproca y el perdón. La comunión no es plena homogeneidad, ni es necesariamente consenso inmediato, sino espacio en el que las diferentes voces, con la ayuda del Espíritu y bajo la guía de los pastores, aprenden a fundirse sin anularse, creando armonía. Esto requiere saber escuchar con apertura incluso lo que no coincide con la propia percepción, acogiendo el dolor del otro sin juzgarlo y dejándose tocar por su historia. Solo así se podrá realizar, en nuestras comunidades, esa corresponsabilidad que a cada uno nos convierte en profetas de la Buena Nueva.

Y esto nos conduce al último aspecto de nuestra reflexión: la *misión*. «La Iglesia [...] es misionera por su naturaleza» (Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, 2); constitutivamente nos impulsa a anunciar el amor de Dios que ha recibido y en el que cree (cf. *1 Jn* 4,16). Por ello, los exhorto a todos ustedes, queridos hermanos y hermanas, a mantener viva la llama de este amor, para dar un testimonio creíble y alegre, cada uno de acuerdo a su vocación: los obispos, reconociendo como pastores la voz de Dios que habla a través de la vida de la grey, en especial en la escucha y la cercanía a los sacerdotes; los sacerdotes, cultivando un intenso amor a Cristo, fidelidad y obediencia a la Iglesia y acompañamiento a los hermanos y hermanas de quienes son responsables; los consagrados y las consagradas, renovando cada día la profesión de su «sí» con una vida verdaderamente evangélica y pidiendo al Espíritu Santo la gracia de «renacer de lo alto» (cf. *Jn* 3,3); los seminaristas, cultivando la belleza y la frescura de la llamada, manteniendo viva la relación con Jesús y cuidando la vida interior. Y ahora a ustedes, miembros laicos de los Consejos pastorales y los Equipos sinodales,

les pido continuar comprometidos con el trabajo que han iniciado; la Iglesia necesita de ustedes, de su contribución, de su fe.

Queridos hermanos y hermanas: unámonos todos, hoy y siempre, en la gran sinfonía de comunión cuyo Maestro es Cristo. Cantemos el amor del Padre caminando juntos, con el corazón abierto a la gracia, unánimes, fieles al mandamiento que hemos recibido: «que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros» (*1 Jn* 3,23). Que así sea, con la gracia del Espíritu Santo y la intercesión de María, nuestra Madre.

Volver al índice

ENCUENTRO SOBRE LOS DESAFÍOS Y LAS ESPERANZAS PARA EL FUTURO DEL PUEBLO PERUANO

Discurso del Santo Padre León XIV Plaza frente a la Catedral (Lima). Jueves, 12 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas, mi querido pueblo peruano: ¡Buenos días!

Gracias por estar aquí y acogerme con el corazón abierto, como su *hermano y compañero de camino*. Me hacen sentir en casa. ¡Muchas gracias! Deseo caminar estos días entre ustedes como san Juan el Bautista, siendo testigo de la Luz que ilumina a todo hombre: Jesucristo, el Hijo de Dios (cf. *Jn* 1,6-9). Pongámonos a la escucha del Maestro, que en estas tierras se venera de modo tan especial con la advocación del Señor de los Milagros, para acoger lo que Él quiere decir al Perú en estos días.

Los desafíos que han mencionado no pueden afrontarse de manera aislada, porque la familia, la diversidad cultural, el mundo del trabajo y la condición de las mujeres forman parte de una misma realidad humana en profunda interdependencia. La Doctrina social de la Iglesia nos ofrece elementos para comprenderla: en el centro de toda organización social, económica y política debe estar la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, dotada de una dignidad infinita y llamada a vivir en relación con los demás. Sobre esta base se articulan el bien personal, familiar y social en una única realidad.

En la centralidad de la dignidad humana se fundamentan otros principios esenciales para orientar las decisiones personales, familiares, empresariales e institucionales, como son el bien común, la solidaridad y la subsidiariedad.

La vida humana no comienza en el vacío: nace del amor entre un hombre y una mujer que, entregándose recíprocamente, se abren al don de una nueva existencia. El hijo es fruto de esta comunión, no un producto, y lleva en sí, desde el principio, la huella de la relación de la que procede. Su inicio, fragilísimo, es cuidado en el seno de la madre, primer lugar de acogida, donde este vínculo originario se hace cercanía y protección. Según el designio del Creador, el ser humano es engendrado y crece en esta trama de relaciones. Así, la dignidad de la vida naciente encuentra en la familia su espacio propio.

Iluminados por el Evangelio y en consonancia con las ciencias humanas, la Tradición de la Iglesia afirma que la familia es la primera sociedad natural con derechos propios. Esto significa que la familia antecede a cualquier ley escrita, la cual debe simplemente reconocerla y protegerla, y las Instituciones públicas deben ayudarla, no sustituirla (cf. *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 214).

Ciertamente, como ustedes han dicho, los cambios culturales han modificado los roles tradicionales de varones y mujeres, que buscan desarrollar nuevas actitudes y estilos, en la familia y en la sociedad, a veces por vías equivocadas (cf. *Documento de Aparecida*, 49). Esta situación nos demanda proponer con mayor ahínco que Dios ha creado al ser humano varón y mujer (cf. *Gn* 1,27) y, solamente en esta unión, se expresa la reciprocidad y la complementariedad, desde donde se despliegan la paternidad y la maternidad, la filiación y la fraternidad, y el compromiso de todos por una sociedad mejor.

Sin embargo, vivir en la verdad de nuestro ser varón y mujer no justifica la desigualdad en la responsabilidad de las tareas domésticas, ni la subordinación de un cónyuge a otro. Debemos seguir trabajando para armonizar el rol del varón y de la mujer en las familias y afirmar que ambos son corresponsables en la construcción del futuro de la sociedad.

Nuestra fe nos ofrece una comprensión del ser humano que nos ayuda a superar las tensiones que surgen al examinar las nuevas tendencias culturales. Así, el amor cristiano nos ayuda a entender que amar es servir a Dios y al prójimo. Con esta clave se declina el significado profundo de ser padres y madres, hijos, nietos o abuelos; favoreciendo el diálogo, la paciencia, la bondad, el perdón y el servicio mutuo (cf. *1 Co* 13). Profundizar en ello es una fuente fecunda de espiritualidad en el hogar.

Cada miembro de la familia está llamado a aportar de modo original y creativo los dones y talentos que ha recibido. Nadie está exento de cuidar al otro, de tener gestos de delicadeza y ternura, de trabajar con responsabilidad, de escuchar con paciencia, de enseñar con el ejemplo. A este respecto, quisiera destacar a tantas madres que muchas veces sufren y se encuentran solas, teniendo que afrontar numerosas dificultades para poder llevar adelante a sus hijos, para que crezcan sanos y lleguen a ser hombres y mujeres de bien. Quiero agradecer de modo especial a estas mujeres —madres, tías, abuelas— que, con gran valentía, transmiten a las generaciones futuras, con el ejemplo de sus vidas, la fe y la esperanza cierta.

Sabemos también que muchas familias están heridas, divididas por problemas económicos o por la emigración a otro país, lastimadas por la irrupción de los vicios, como la adicción a los juegos de azar y a las apuestas, el alcoholismo y la drogadicción, los abusos o la violencia doméstica. Dios ama a todas las familias,

especialmente a las que están atravesando momentos críticos. A ellas quiero decirles: ¡no se rindan ante la dificultad! Miren el ejemplo de la Sagrada Familia, tampoco les resultó fácil construir un hogar. Ellos también, como muchas de nuestras familias, tuvieron que mantener la fe y la confianza en Dios en situaciones de incertidumbre y precariedad, tuvieron que cambiar de ciudad y trabajar para mantenerse, tuvieron que afrontar la soledad, el dolor y la incomprensión. Pero ellos también nos enseñan que, cuando Dios está en nuestra familia, es posible crecer y seguir caminando, afrontar los problemas, estar de pie junto a la cruz y compartir juntos la alegría de la fe.

Un reto muy actual que también han mencionado es el del impacto digital en la familia. Recientemente, en la Encíclica *Magnifica humanitas*, he expresado cómo la tecnología actual tiene el riesgo de suplantar la convivencia real, exponiendo a los miembros de la familia a la distracción y a contenidos, a veces, nocivos. A este respecto, es indispensable una alianza entre la política, las instituciones educativas y las familias para solucionar juntos los problemas que de ello surgen (cf. n. 142).

Los hijos e hijas de nuestros hogares son al mismo tiempo los ciudadanos de Perú, son los empresarios y trabajadores de nuestras ciudades y campos. Esto nos conduce al mundo empresarial, llamado a ser un verdadero protagonista de la construcción del bien común. La empresa es una comunidad de personas en la que el capital, la dirección y el trabajo deben ordenarse al desarrollo humano integral (cf. *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 338). Resulta entonces necesario que la legítima autoridad ayude a empresarios y trabajadores estableciendo un marco jurídico justo y garantizando contemporáneamente un equilibrio razonable entre trabajo, descanso y vida familiar. La estabilidad de sólidas relaciones

humanas y económicas en el seno de las familias son una responsabilidad compartida.

Cuando somos conscientes de esta interdependencia vital, descubrimos que el bien común es la conquista conjunta de un bien mayor (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 62), para que la riqueza y los recursos de la sociedad no se orienten exclusivamente al beneficio de unos pocos, sino que contribuyan al desarrollo de todos (cf. *ibíd.*, 65).

En esta interdependencia, la educación se vuelve un instrumento práctico para que los principios se vuelvan concretos. Educar hoy a nuestros niños concordemente con su propia dignidad, garantiza una sociedad honesta para mañana. A este respecto, un Estado refuerza los cimientos de una sociedad justa y en paz, cuando promueve una política social que se centre en la igual dignidad de las personas, favorezca a las familias, garantice una política educativa para la formación humana e intelectual de los alumnos, así como una política laboral que proteja al mismo tiempo la dignidad del trabajo y la iniciativa privada (cf. *ibíd.*, 168).

La centralidad de la dignidad humana ilumina igualmente nuestra manera de comprender la diversidad cultural. Perú es un país bellísimo precisamente por su pluralidad cultural, lingüística, histórica y regional. Como cantamos en un vals criollo: «ricas montañas, hermosas tierras; risueñas playas, fértiles tierras; cumbres nevadas, ríos, quebradas ¡Es mi Perú!». Las diferencias favorecen el encuentro y el enriquecimiento mutuo. Precisamente porque somos diferentes creamos común-unidad: comunidad.

Sin embargo, como en toda convivencia humana, a veces, las heridas históricas y la desconfianza hacen difícil comprenderse unos a otros. No es posible aceptar expresiones o comportamientos para

clasificar, ofender o juzgar a las personas por su apariencia, procedencia o condición social, bajo el pretexto de ciertas «bromas» o jerga popular. Junto al desarme del lenguaje, mediante la renuncia a palabras hirientes (cf. *Mensaje para la cuaresma 5 de febrero de 2026*), hemos de desarmar también nuestras actitudes.

Las actitudes agresivas se desarman con la mansedumbre. Jesús mismo nos pide: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt* 11,29). Esa mansedumbre no es debilidad sino fuerza interior que modera la ira y el resentimiento transformándolo en paciencia, diálogo y disposición a la reconciliación. Jesús ha mostrado esta virtud de forma cumbre durante su Pasión, cuando no respondió a las ofensas con violencia ni amenazas. Oremos para que, en el imperio del sol, *intipa imperion*, seamos reflejos de esa luz, que es Cristo, el «sol que nace de lo alto» (*Lc* 1,79).

En este contexto, cómo no recordar a santo Toribio de Mogrovejo, que difundió el Evangelio sin imposiciones en medio de pueblos diversos con lenguas diferentes, que afrontaron el reto de una convivencia pacífica y de la unidad y comunión en Cristo.

La diversidad cultural puede transformarse en un vehículo de pacificación cuando comenzamos a reconocer al diferente como un hermano que merece ser respetado. La unidad en la diversidad es obra del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, es algo que debemos cultivar y reforzar, para ser signos de unidad en Cristo (cf. *Hch* 2). La Iglesia católica abraza en su seno al mundo entero y al mismo tiempo asume la fisonomía de cada lugar (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 26). Ella habla todas las lenguas (cf. S. Agustín, *Sermón* 268), como lo evidenció el Catecismo limense.

El reconocimiento de la dignidad humana también exige promover efectivamente la presencia, el respeto y la participación de

las mujeres. Su contribución en todos los ámbitos de la sociedad y de la Iglesia es indispensable. Es triste constatar que persiste una mentalidad machista, que se manifiesta en la ausencia del padre en la vida familiar, los abusos y la violencia hacia las mujeres, ignorando la novedad del cristianismo, que reconoce y proclama que ambos poseen igual dignidad y responsabilidad (cf. Benedicto XVI, *Discurso Inaugural de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, 2007*).

Las mujeres en situación de pobreza o miembros de comunidades indígenas y afroamericanas son susceptibles de sufrir, incluso, una doble marginación (cf. *Documento Aparecida*, 454). Por eso, nos duele constatar que la violencia contra las mujeres —que podrían ser nuestras abuelas, madres, hermanas, hijas— sigue siendo una realidad que hiere a la humanidad entera.

Quisiera reiterar un vehemente llamamiento, no sólo a mis hermanos y hermanas en la fe, sino a cada hombre y mujer de buena voluntad: ¡valoremos a las mujeres! ¡protejamos y respetemos a las niñas! (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 57).

La Iglesia valora la riqueza, los talentos y la sensibilidad propios de la mujer, cuyo modelo eximio es la Virgen María, «Mujer nueva y perfecta cristiana que resume en sí misma las situaciones más características de la vida femenina» (S. Pablo VI, Exhort. ap. *Marialis cultus*, 36). Del Evangelio, en efecto, emerge su figura de mujer libre y fuerte, orientada siempre al verdadero seguimiento de Cristo y a acompañar la misión de la Iglesia (cf. *Documento Aparecida*, 266).

Queridos hermanos, queridas hermanas: la familia, el ámbito empresarial, la diversidad cultural y el rol de las mujeres convergen, por tanto, en una misma exigencia: construir una sociedad en la que

cada persona pueda vivir con dignidad y contribuir al bien de todos. Las estructuras justas son necesarias, pero no suficientes. También se requieren corazones honestos en la búsqueda del bien común para superar la corrupción, la violencia y el individualismo (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 169).

Como discípulos misioneros de Jesucristo, hagamos de nuestros hogares escuelas de fraternidad; de nuestras empresas, comunidades de trabajo digno y responsabilidad social; de nuestras diferencias culturales, oportunidades de encuentro; y de nuestras instituciones, espacios donde las mujeres y los hombres puedan participar y contribuir al bien común. Así avanzamos hacia una sociedad más justa y en la que la dignidad de cada persona es el fundamento de una paz verdadera. Muchas gracias.

Después del discurso

¡Muchas gracias! Ahora, hermanas y hermanos, les invito a rezar juntos con las mismas palabras que Jesucristo nos enseñó. Padre Nuestro…

[Bendición]

¡Dios bendiga al Perú!

Volver al índice

VIGILIA DE ORACIÓN CON LOS JÓVENES Y LOS UNIVERSITARIOS

Discurso del Santo Padre León XIV Estadio Nacional del Perú (Lima). Jueves, 12 de noviembre de 2026

Discurso del Santo Padre

¡Buenas noches Lima!, ¡el Callao!, ¡el Carabayllo!, ¡Estarán de Lurín y Chosica! Buenas noches a todos. Alguien me ha dicho que en el Perú hace falta un signo de esperanza; pues hoy aquí en el Estadio Nacional son ustedes el signo de esperanza.

¡Qué alegría encontrarme con ustedes! Gracias por este recibimiento tan afectuoso. Agradezco las palabras del Cardenal Castillo y las preguntas que los jóvenes me han dirigido, así como la sinceridad con que Joao, Emily y sor Luzbinda nos han abierto sus corazones. Lo que nos han contado me ofrece la ocasión de compartir con ustedes una escena del Evangelio de san Juan.

Un día, Juan el Bautista estaba con dos de sus discípulos cuando vio pasar a Jesús. Señalándolo, dijo: «Este es el Cordero de Dios» (1,36). Al escuchar esto, los dos comenzaron a caminar detrás de Él. El Señor, al darse cuenta de que lo seguían, los miró y les preguntó: «¿Qué buscan?» (v. 38). ¡Qué hermosa pregunta! Son las primeras palabras de Jesús que aparecen en este Evangelio. Quisiera que cada uno de ustedes escuchara esa pregunta como si Jesús se la hiciera hoy: ¿Qué buscas? ¿Qué deseas encontrar? ¿Qué esperas de la vida?

No tengan prisa por responder. Hay preguntas que nos acompañan durante mucho tiempo. Piensen en aquello que más los entusiasma, en las personas que aman y en los sueños por los que estarían dispuestos a luchar. Piensen también en esas inquietudes que a veces les roban el sueño y en lo que les gustaría cambiar. Jesús se interesa por todo ello, porque se interesa por ustedes.

Hay una palabra que puede ayudarnos a comprender esa búsqueda: *pasión*. La utilizamos para hablar de aquello que amamos intensamente, que despierta nuestro entusiasmo y nos mueve a entregar lo mejor de nosotros mismos. Pero también nos recuerda el sufrimiento, las experiencias que parecen apagar nuestras ganas de seguir adelante. Hay jóvenes que se sienten solos, incluso estando acompañados. Otros cargan con el dolor de una pérdida o con la incertidumbre acerca de su futuro. A veces nos preguntamos por qué Dios permite ciertas cosas o por qué parece guardar silencio cuando más lo necesitamos.

Recordemos entonces cómo el Bautista presentó a Jesús: «Este es el Cordero de Dios». Aquellos discípulos todavía no podían comprender lo que anunciaba ese nombre. Más adelante descubrirían su significado a la luz de la *Pasión* del Señor, que entregó su vida en la cruz. Jesús también conoció la angustia y la oscuridad del sufrimiento. Desde la cruz llegó a exclamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (*Mc* 15,34). Cristo, en medio de aquel sufrimiento, siguió amando. Él no quiso la cruz; quiso nuestra salvación: por amor a nosotros, aceptó cargar con ella hasta el final. Así, aquel instrumento de muerte se convirtió, por su entrega, en el lugar donde se manifestó su amor apasionado, capaz de vencer a la muerte.

Queridos jóvenes, cuando sufran, acudan a Jesús. No tengan miedo de hablarle con sinceridad, incluso cuando les cueste

encontrar palabras para rezar. Él conoce nuestras lágrimas y las preguntas que todavía no sabemos responder. Busquen también la compañía de quienes los quieren: hay dolores que necesitan tiempo y una mano amiga. La fe nos sostiene en ese camino y nos recuerda que el sufrimiento nunca tiene la última palabra. ¡Apasiónense por todo lo que merece la pena, por lo que es verdadero, bueno y bello! Cultiven sus talentos, descubran la riqueza de su cultura, atrévanse a emprender proyectos generosos. El Papa Francisco recordaba que esa «inquietud insatisfecha» puede impulsarnos a tomar la vida en nuestras manos y hacernos responsables de una misión (cf. Exhort. ap. postsin. *Christus vivit*, 138). No se conformen con vivir siguiendo lo que otros esperan de ustedes. Dios los ha creado capaces de realizar un bien que nadie más podrá hacer exactamente de la misma manera.

Volvamos ahora a los dos discípulos. A la pregunta de Jesús respondieron: «Maestro, ¿dónde vives?». Y Él les dijo: «Vengan y vean» (*Jn* 1,38-39). ¡Qué respuesta tan sencilla! Aquellos hombres querían conocer a Jesús, compartir algo de su vida. El Señor no les explicó de antemano todo lo que les esperaba. Para comenzar, bastaba con aceptar aquella invitación. Así comienza también la *vocación*, la segunda palabra que quisiera compartir con ustedes. Todos nos preguntamos qué hacer con nuestra vida y a quién vale la pena entregarle lo mejor de nosotros. Hay respuestas que sólo descubrimos cuando nos atrevemos a caminar con Jesús. San Pablo nos recuerda que Dios nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo (cf. *Ef* 1,4). ¡Antes de que existiéramos, ya éramos amados por Él!

A veces nos preguntamos si seguir la voluntad de Dios implica renunciar a nuestros sueños. De ese temor puede nacer una sospecha todavía más peligrosa: creer que Dios nos priva de algo y que, para

disfrutar plenamente de la vida, necesitamos experimentar también el pecado (cf. *Gn* 3,5). Queridos amigos, quisiera que grabaran en su corazón aquellas palabras del Papa Benedicto XVI: «el mal envenena siempre» (*Homilía, 8 de diciembre de 2005*). ¡No se dejen engañar! ¿Cómo nos daría felicidad aquello que nos hace daño? Dios conoce nuestros deseos más profundos, incluso mejor que nosotros mismos. Él ha puesto en nosotros el deseo de amar y ser felices, y quiere llevarlo a su plenitud.

Como sucedió con los primeros discípulos, muchas veces todo comienza con una invitación sencilla: la de un amigo, una experiencia de servicio o el encuentro con alguien cuya vida nos hace preguntarnos qué importa de verdad. También las historias que hemos escuchado esta tarde comenzaron con una invitación. Lo importante es aprender a reconocer la voz del Señor. Por eso, queridos jóvenes, reserven momentos de silencio ante el Santísimo para encontrarse con Él. Háblenle de sus proyectos y déjense interrogar por su Palabra. No tengan miedo de preguntarle qué espera de ustedes. A algunos los llamará al sacerdocio o a la vida consagrada; a otros, los llamará al matrimonio y a formar una familia. Todos están llamados a poner sus capacidades al servicio de los demás.

Quizá alguno piense que ha cometido demasiados errores o que ya es tarde para comenzar de nuevo. Y yo quisiera decirle: mira a Jesús. Él conoce tu historia y sigue invitándote a caminar con Él. No necesitas tener resuelto todo tu futuro para responderle. Da el paso que hoy puedas dar. Confía en su amor y permite que te acompañe. Muchas veces el Señor nos va mostrando el camino mientras lo recorremos.

El Evangelio continúa con un detalle precioso: aquellos discípulos «se quedaron con Él aquel día» (*Jn* 1,39). San Juan recuerda incluso

la hora: eran aproximadamente las cuatro de la tarde. Aquel encuentro había dejado una huella que el paso de los años no pudo borrar. ¡Se quedaron con Jesús! Así comenzó una relación que crecería mientras compartían el camino. Y así llegamos a la tercera palabra que quisiera confiarles: *amistad*. También nuestra vocación crece cuando aprendemos a permanecer junto al Señor, a escucharlo y a compartir con Él nuestras alegrías y preocupaciones. Con el tiempo, aquellos discípulos descubrirían hasta dónde llegaba su amor. Durante la Última Cena, Jesús les diría: «A ustedes los llamo amigos» (15,15). Y aquella misma noche pronunciaría unas palabras que quedarían cumplidas la tarde del viernes santo: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (v. 13).

¡Ese es el Amigo que los llama! Cultiven esa amistad en la oración, en la Eucaristía y en la escucha de su Palabra. Cuanto más aprendemos a amar a Jesús, más capaces somos de amar como Él. De nuestra amistad con Cristo nace también una amistad más verdadera con los demás, que busca sinceramente su bien, sabe perdonar y permanece fiel, especialmente en las dificultades. ¡Qué hermoso es encontrar amigos que nos hacen crecer y nos acercan a Dios!

La Iglesia nace y vive de esa amistad con Cristo. En ella encontramos hermanos que nos ayudan a seguir adelante. Todos necesitamos que alguien nos escuche, que nos anime cuando faltan las fuerzas o que sencillamente permanezca a nuestro lado. Por eso, no crean que siempre deben mostrarse fuertes, especialmente quienes coordinan grupos o acompañan a otros. Déjense cuidar. Recuerden que también Jesús, en Getsemaní, quiso tener cerca a sus amigos en la hora de la angustia (cf. *Mt* 26,38). No tengan miedo de confiarles sus penas y de buscar en ellos el sostén que necesitan.

Hay un último detalle del Evangelio que quisiera mencionar. Después de aquel encuentro, Andrés fue a buscar a su hermano Simón para decirle: «Hemos encontrado al Mesías» (*Jn* 1,41) y lo llevó a conocer a Jesús. ¡Hagan ustedes lo mismo! Piensen especialmente en quienes atraviesan momentos difíciles. Un gesto de amistad puede cambiar el rumbo de una vida. No tengan miedo de hablar de Jesús y de mostrar con su vida cuánto bien les hace su amistad.

Queridos jóvenes, escuchen la invitación de Jesús y atrévanse a seguirlo. Quisiera repetirles hoy que el Señor «no quita nada, y lo da todo» (Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de inicio del Ministerio petrino, 24 de abril de 2005*). ¡Fíense de Cristo! Confíen en Él como en un verdadero amigo, que los conoce, los ama y nunca los abandona. Esa confianza hará crecer cada día su amistad. Pidámosle al Señor, por intercesión de la Virgen María y de los santos peruanos, que aumente cada día esa confianza, que nos ayude a vivir con *pasión* nuestra *vocación* y a permanecer siempre en su *amistad*. Entonces digamos juntos una sencilla oración que nos ayude a confiar cada día más en Jesús. Les invito a repetir conmigo:

Jesús, en ti confío. Jesús, en ti confío. Jesús, en ti confío. ¡Ven, Señor Jesús! Ven a mi corazón, ven a mi familia, ven a mi comunidad. ¡Ven pronto a mi vida! ¡Ven pronto, Señor!

Palabras del Santo Padre desde el balcón de la Nunciatura Apostólica

Buenas noches. Muchas gracias por esta presencia tan hermosa, por este entusiasmo, porque todos estamos buscando estar unidos siempre en Jesucristo. Vamos a pedir la bendición de Dios sobre

todos ustedes, para que nos ayude a ser siempre fieles, que abramos nuestro corazón, que sepamos escuchar su palabra, sobre todo que estemos unidos como hermanas y hermanos en Cristo.

El Señor esté con ustedes. Bendito sea el nombre del Señor.

Nuestro auxilio es en el nombre del Señor.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.

Muchas gracias. Buenas noches

Volver al índice

PALABRAS DE SALUDO DEL SANTO PADRE DESDE EL BALCÓN DE LA NUNCIATURA APOSTÓLICA

Palabras de saludo del Santo Padre León XIV Lima. Viernes, 13 de noviembre de 2026

Buenos días, buenos días, buenos días.

Un breve saluto, prima di partire per la seguente fermata di questo viaggio apostolico. Perdón, estoy hablando italiano; aquí en casa se habla italiano.

Buenos días. Pues, en este hermoso día, ahora preparados para viajar al próximo lugar de la visita. Ahora voy a Chiclayo. Y queremos continuar con ese mismo espíritu, de alegría. Mi agradecimiento al Señor por tantas bendiciones, por la fe, por la vida, por el respeto de la dignidad humana de cada uno. Viviendo esta unidad, como la estamos viviendo aquí en Lima estos días.

Que el Señor bendiga a todos ustedes, que su presencia con ustedes en sus corazones, en sus familias, desde siempre está viva y siempre con mucha esperanza, y que sigamos trabajando todos los días.

El Señor esté con ustedes. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.

Feliz día, muchas gracias.

Volver al índice

CHICLAYO

13-14 de noviembre de 2026

SANTA MISA

Homilía del Santo Padre León XIV Explanada ante las «Pampas de Pimentel» (Chiclayo). Viernes, 13 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

¡Qué alegría volver a Chiclayo! Es una bendición para mí estar de nuevo con ustedes. Gracias por su cariño, el apoyo y sus oraciones, en particular por mi salud en estos momentos de prueba que, con la ayuda de Dios, estoy superando. Al ver sus rostros me nace de manera espontánea una oración de acción de gracias al Señor por las bendiciones que ustedes han sido y son para mi vida y para mi ministerio episcopal. Los tengo muy presentes en mis plegarias; también les pido que sigan orando por mí para que Nuestro Señor Jesucristo me conceda la gracia de continuar confirmando a mis hermanos en la fe.

La liturgia de hoy nos invita a dirigir nuestra mirada hacia el deber urgente e ineludible de todo bautizado: el anuncio del Evangelio. Y, al mismo tiempo, nos da la oportunidad de crecer en la conciencia de que todos los cristianos, ministros ordenados y fieles laicos, somos discípulos misioneros, sin importar nuestra función en la Iglesia ni el grado de ilustración de la fe que tengamos. En la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, el Papa san Pablo VI recordó que ningún bautizado puede ser indiferente a la tarea de la evangelización, porque esta constituye la misión esencial de la Iglesia, su vocación más profunda y su razón de ser.

Dios, en su sabiduría, ha querido que la Iglesia fuera «como un sacramento universal de salvación» (cf. Conc. Vat. II, Const. dogm.

Lumen gentium 1; 48). Esta, sostenida por el Espíritu Santo, lleva adelante la misión de anunciar a Jesucristo, para que, en obediencia al mandato misionero que recibió de Él (cf. *Mt* 28,19-20), su obra redentora alcance a todos los confines de la tierra y transforme las realidades humanas según los valores del Evangelio.

El anuncio de Jesucristo es una tarea crucial; frente a ella, con frecuencia nos sentimos inadecuados. Como discípulos misioneros del siglo XXI, ¿cómo podemos anunciarlo hoy? Como familia, comunidad parroquial o comunidad diocesana, ¿cómo podemos llevar adelante la misión de evangelizar? La respuesta a estas preguntas es: a través del testimonio de una vida auténticamente cristiana y coherente. Primero: poner a Jesucristo en el centro, tanto del anuncio como de la existencia. Luego, la coherencia, no podemos pensarla solo como fruto de la propia voluntad, sino también como una gracia que hemos de implorar al Señor, y que estamos llamados a secundar con nuestro compromiso y esfuerzo personal. Porque solo Él tiene la fuerza de transformar nuestras vidas para que tengamos un impulso renovado en el anuncio y la transmisión de la fe y, de este modo, ayudar a los hermanos y hermanas que encontramos durante nuestro peregrinar, a vivir una relación personal con Cristo, para descubrir la alegría del Evangelio.

El encuentro personal con Jesucristo —un don que no se nos niega— tiene su centro de gravedad en la Última Cena, donde Él, al entregar su cuerpo como pan de vida y su sangre como bebida de salvación (cf. *Mt* 26,26-28), pide al Padre que todos sus discípulos sean uno, para que el mundo crea (cf. *Jn* 17,21). El Señor nos espera, principalmente, en la Eucaristía y en la Palabra, las dos mesas de las que vivimos y nos nutrimos. Pero también viene a nuestro encuentro en la comunión eclesial y en la acogida fraterna de nuestro prójimo, en quien se hace presente y necesitado. Por tanto, evangelizar no es

imponer doctrinas ni confiar en estructuras eficaces, sino dar testimonio de ese encuentro real con Jesucristo.

La evangelización, en efecto, se centra en el testimonio de vida y la cercanía comunitaria. Sin el testimonio, no es posible el anuncio explícito de Jesucristo. Como nos recordaba el Papa Francisco, la evangelización se fundamenta en la fe y en «la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 36), y no en los persuasivos discursos de la mera sabiduría humana ni en el proselitismo (cf. *1 Co* 2,1-5). Esta es además una tarea plasmada por el júbilo, puesto que la alegría del Evangelio se renueva y se multiplica al compartirlo.

La trasmisión alegre y vivificante del mensaje de salvación comporta, por nuestra parte, una actitud de humildad y solicitud, un respeto profundo a la conciencia y la libertad de cada persona. En esta tarea, puede sernos de ayuda el recuperar la «oración compartida», sobre todo en los hogares, haciendo memoria de que las familias cristianas constituyen el núcleo misionero, porque como «pequeñas Iglesias domésticas», llevan a sus miembros a participar activamente en la vida de las comunidades locales, de la gran comunidad de la Iglesia universal y de toda la sociedad.

En este sentido, la lectura de la segunda carta de Juan, que hemos escuchado, nos ayuda asimismo a considerar cómo la dimensión de la caridad es indispensable para evangelizar: la proclamación de la fe va unida a la caridad y la ayuda a los más necesitados. En esa carta, Juan hace un llamado urgente al amor fraterno: para un bautizado el amor hacia el prójimo es el corazón del mensaje cristiano; el mandamiento recibido «desde el principio» (*2 Jn* 1,5). Un amor práctico, comprometido y respetuoso que evidencia, además, el vínculo indisoluble entre el anuncio evangélico

y la búsqueda de la transformación de las estructuras de la convivencia humana (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 30).

Al mismo tiempo, la caridad es inseparable de la verdad, que no consiste en una teoría, una idea abstracta o una utopía, sino en una persona, Jesucristo, que nos invita a conformar nuestras vidas con la suya, en fiel obediencia a sus mandamientos. La consonancia entre caridad y verdad nos pide hacer concreta nuestra fe difundiendo con alegría renovada el fragante perfume de la santidad. Recordemos que, sin verdad, el amor cae en mero sentimentalismo, y la verdad sin amor se vuelve rígida y fría (cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate*, 3).

Por eso, la evangelización debe enfrentarse hoy a las condiciones y dinámicas cambiantes en la transmisión de la fe. En algunas regiones del mundo, esta transmisión se ha interrumpido casi por completo; esta situación exige de todos nosotros el valor de asumir nuevos desafíos, como la indiferencia religiosa, el materialismo o el egoísmo, que dictan decisiones cotidianas. Este compromiso nos llama a mantener la armonía entre un corazón lleno de amor a Dios y al prójimo y una mente anclada en la verdad del Evangelio.

Queridos amigos: la misión no se improvisa. Anunciamos lo que hemos encontrado, más aún, la salvación que hemos experimentado, el perdón de los pecados que se nos ha concedido y el descubrimiento del sentido auténtico de la vida, porque «todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús» (Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 120).

Ruego al Señor que este amor inflame la vida de cada uno de nosotros que, como bautizados, como comunidad cristiana, salgamos al mundo, para contagiar a los demás con la alegría que nace del

encuentro con el Señor resucitado y hacerla presente en el seno de nuestras familias; en nuestros entornos de trabajo, con el buen desempeño de nuestra labor profesional; en el ámbito público, desafiando a la tentación de relegar la fe a la esfera individual. En este compromiso apostólico, la Iglesia nos ayuda a tomar conciencia de que, como piedras vivas, tenemos una común responsabilidad en la construcción del templo de Dios (cf. *1 Pe* 2,5).

Queridos hermanos y hermanas: el mundo nos espera y la misión está en sus inicios. Por eso los invito —ya desde esta primera celebración de nuestro reencuentro ante el altar del Señor— aquí en Chiclayo y en todo el Perú, a que asumamos el compromiso de compartir la viva esperanza, que es Jesucristo, y «desbordemos» de Evangelio nuestros caseríos, los pueblos y ciudades para proclamar a todos la «gloria del Señor». Que la intercesión de Nuestra Señora de la Evangelización nos ayude en la tarea de anunciar la Buena nueva a toda la creación (cf. *Mc* 16,15). Así sea.

Volver al índice

VISITA PRIVADA A LA CAPILLA SAN ÓSCAR A. ROMERO

Saludo del Santo Padre León XIV Capilla San Óscar A. Romero (Chiclayo). Viernes, 13 de noviembre de 2026

Queridos hermanos, queridas hermanas. A Monseñor Edinson, Obispo de esta querida Diócesis de Chiclayo, al Padre Alonso, párroco de la Parroquia de San José Obrero, y a todos los miembros de esta comunidad de la Capilla San Óscar Romero, les deseo muy buenas tardes.

Cuán hermoso es, de verdad; es una bendición de Dios encontrarme aquí con ustedes. Estoy muy agradecido a Dios. Estoy muy agradecido también a todos aquellos, tantos aquí presentes, que han colaborado para hacer realidad el sueño de esta nueva capilla dedicada a San Óscar Romero. Gracias a todos los que han participado en este proyecto.

Quiero agradecer, al mismo tiempo, a toda la comunidad por sus oraciones por mi salud. Y como saben, hace apenas un mes que tuve que ser operado, y Dios, con su gracia, ha sido grande. Yo sé que las oraciones de ustedes y de muchísimas personas más han ayudado a que este servidor se recupere y que esté aquí hoy presente entre ustedes. Muchas gracias.

Jesucristo vino para darnos la salvación y dio su vida muriendo en la cruz, para que nosotros tuviéramos la salvación, la vida eterna. Pero nos invita a todos a entrar en la experiencia de formar parte de su Iglesia, a ser hermanas y hermanos todos unidos en la Iglesia para continuar la misión que Él empezó, pero que quiere que nosotros

continuemos. Y nos llama a todos los bautizados, cada uno según su vocación —los obispos, los sacerdotes, los consagrados y también los fieles laicos— a participar todos en la comunión que es la Iglesia para anunciar la Buena Nueva, para compartir nuestra fe y continuar transmitiendo de unos a otros, de generación en generación, entre vecinos, entre familiares, el amor de Dios. Compartir esta gran noticia de que Jesús camina siempre con nosotros.

La breve visita de hoy se pudo acomodar en medio de tantas otras cosas, pero que yo realmente quería hacer, porque debe ser señal de esta cercanía, de este deseo de formar comunidad y de colaborar, de cooperar siempre, trabajando juntos para continuar la misión de la Iglesia.

Vamos a rezar: los invito a todos ustedes a ponerse de pie para rezar la oración que Jesús nos enseñó. Y les ofrezco muy humildemente la bendición de Dios a cada uno de ustedes, a sus familias, a sus seres queridos, porque creemos y sabemos que Jesucristo está con nosotros.

Oremos: *«Padre nuestro…»*

[Bendición]

¡Que viva Cristo!

Volver al índice

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, LOS SACERDOTES, LOS RELIGIOSOS, LAS RELIGIOSAS, LOS SEMINARISTAS, LOS EQUIPOS SINODALES Y LOS CONSEJOS PASTORALES

Discurso del Santo Padre León XIV Santuario de Nuestra Señora de la Paz (Chiclayo). Viernes, 13 de noviembre de 2026

¡Muy buenas tardes a todos! ¡Gracias por esta bienvenida!

Agradezco a monseñor Edinson las palabras que me ha dirigido en nombre de todos, como también los testimonios que hemos escuchado.

Mi saludo cordial a todos los presentes: sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, seminaristas, equipos sinodales, consejos pastorales y hermanos todos venidos de las parroquias de la diócesis de Chiclayo y de distintas regiones del Perú. Y creo que han venido también algunos de Ecuador. ¡Bienvenidos! Bienvenidos a este encuentro. Gracias por su presencia, en este santuario dedicado a María nuestra Madre en su advocación de Nuestra Señora de la Paz.

Queridos hermanos y hermanas: al venir hoy entre ustedes como Sucesor del apóstol san Pedro, siento aún más fuerte el vínculo que nos une en Cristo y en su cuerpo, que es la Iglesia, misterio de comunión, pueblo de Dios en camino a través de la historia. Ustedes mismos representan muy bien la riqueza de este Pueblo, en la variedad de carismas y ministerios. Una dimensión integrante de la Iglesia, promovida con mucho entusiasmo por el Papa Francisco, es

la sinodalidad, que significa caminar juntos, escuchar, discernir y participar corresponsablemente en la misión. Entonces nos preguntamos: ¿cómo podemos ser una Iglesia más sinodal y misionera?

En la base está nuestro vínculo con Cristo, arraigado en el Bautismo. Todos sabemos que el fundamento de la identidad cristiana es el Bautismo. Por él fuimos incorporados a Cristo, hechos hijos de Dios, miembros de la Iglesia católica y partícipes de su misión. Antes de cualquier servicio, cargo, profesión o ministerio, somos bautizados. Nuestra primera identidad es la de hijos e hijas de Dios y miembros de su Pueblo. Como bautizados participamos todos del sacerdocio de Cristo y de su misión profética; por lo tanto, toda la comunidad es corresponsable en la evangelización. El Bautismo es una vocación permanente a escuchar la Palabra, celebrar la fe, vivir la caridad, participar en la comunidad, anunciar el Evangelio y servir especialmente a los pobres y excluidos.

El primer testimonio que deben dar las comunidades cristianas es el amor fraterno entre sus miembros, reflejo de la Santísima Trinidad (cf. *Jn* 13,34-35; 17,22-23). No hay misión sin comunión.

La comunión de la Iglesia, que la hace signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad del género humano (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 1), no es uniformidad. La auténtica comunión valora la diversidad de culturas, vocaciones, carismas y ministerios como una riqueza y los promueve. En esa línea, la autoridad dentro de la Iglesia debe ejercerse como servicio, discernimiento y aprecio de los carismas o las iniciativas, pues la participación de los laicos no es una concesión, sino una expresión de su dignidad bautismal. Una Iglesia sinodal, por otra parte, comparte las alegrías, esperanzas, tristezas y angustias de la humanidad, especialmente de los pobres y de los que sufren como

enseña el Concilio Vaticano II (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 1). Escuchar la realidad social y cultural, defender la dignidad humana, acompañar a las familias, los jóvenes, los migrantes, los pueblos originarios, las personas en situaciones de pobreza, el compromiso con la justicia, la paz y el bien común no son tareas opcionales, son exigencias de nuestra misión eclesial.

«Sinodalidad» expresa la idea de caminar juntos. Es una dimensión constitutiva de la Iglesia, que manifiesta al Pueblo de Dios en camino y a la asamblea convocada por el Señor resucitado. Hermanos y hermanas: los animo a descubrir cada vez más la belleza de ser comunidades sinodales. ¿Y cómo? Intentando que cada uno ofrezca su propia contribución, como piedras vivas de un edificio espiritual (cf. *1 Pe* 2,4-5), según las diversas vocaciones y los múltiples dones y ministerios animados por el único Espíritu Santo (cf. *1 Co* 12,1-31).

Esto requiere una espiritualidad fundada en la oración, la escucha de la Palabra, la participación en la Santa Misa, la adoración eucarística, el diálogo fraterno y el discernimiento comunitario. Se trata de un estilo de vida comunitario y pastoral que debe interiorizarse para que pueda ponerse en práctica de manera coherente. De hecho, es fácil hablar de sinodalidad, pero llevarla a la práctica es un reto y exige que todos revisen sus actitudes y comportamientos, empezando por los pastores, los primeros servidores de la comunidad.

Para que las diócesis y las parroquias puedan adoptar este estilo sinodal de comunión, participación y misión, vale la pena revitalizar el papel de los consejos pastorales, en los que algunos de ustedes aquí presentes están comprometidos. Aunque su voto es consultivo, su importancia eclesial es grande: ayudan a escuchar a la comunidad, a conocer la realidad, a discernir prioridades y a formular respuestas

más adecuadas. Por lo tanto, los exhorto a que se garantice que cada comunidad pueda contar con su propio consejo pastoral, cuyos miembros se comprometan también a recibir una formación adecuada.

Queridos amigos y amigas, finalmente quisiera agradecer a cada uno de ustedes por su entrega generosa a la causa del Evangelio. Los animo a perseverar en esta tarea. Que Nuestra Señora de la Paz bendiga sus esfuerzos por hacer que el reino de Dios se arraigue en esta tierra norteña y dé muchos frutos para gloria de Dios y en bien de las almas. Muchas gracias.

Ahora vamos a entrar de nuevo en espíritu de oración, tan importante en nuestra vida.

Ya seamos obispos, sacerdotes, consagrados, consagradas o laicos. Tenemos que vivir esta dimensión de la oración para estar siempre unidos a Cristo. Entonces, vamos a orar juntos con las palabras que Jesús mismo nos enseñó.

Volver al índice

ENCUENTRO CON EL MUNDO UNIVERSITARIO

Discurso del Santo Padre León XIV Universidad Católica «Santo Toribio de Mogrovejo» (Chiclayo). Viernes, 13 de noviembre de 2026

Discurso

Hermanos en el Episcopado, distinguidas Autoridades académicas, Doctora Patricia Campos, Rectora de esta Universidad respetables Autoridades políticas y civiles, apreciados profesores, investigadores y demás personal administrativo, y muy queridos estudiantes:

Es una gran alegría para mí volver a Chiclayo y encontrarles en este claustro de la USAT (Universidad Católica *Santo Toribio de Mogrovejo)*. En primer lugar, agradezco al Señor, el Dios de la vida, por los años que me ha permitido compartir en la misión, al servicio del pueblo peruano. En segundo lugar, les agradezco a ustedes, porque durante mis años como Gran Canciller de esta institución me han ayudado a comprender que la autoridad es servicio, que el gobierno es escucha y que la educación es un noble acto de esperanza.

Este encuentro nos invita a recordar la herencia imperecedera del patrono de esta Universidad, santo Toribio de Mogrovejo: célebre jurista y Arzobispo de Lima, que hizo de su propia vida una cátedra de sabiduría, caridad y justicia. La fe que predicó y la ciencia que

enseñó deben continuar siendo la brújula que guía la investigación en estas aulas. La universidad, y en particular la católica, es una comunidad viva donde la búsqueda de la verdad se convierte en un acto de amor y de servicio a la gran familia humana (cf. S. Juan Pablo II, Const. ap. *Ex corde Ecclesiae*, 1-2). Implicándoles a ustedes, jóvenes, como protagonistas, la calidad de la formación académica se mide, principalmente, por la capacidad de convertirles en mujeres y hombres sabios, honestos y maduros.

Ustedes saben que estamos atravesando complejos cambios culturales. En este contexto, la universidad está llamada a ser fragua de talentos y laboratorio de sentido: un espacio donde la inteligencia no se pliegue ante la utilidad, sino que sirva con fidelidad a la verdad. Ante todo, a la Verdad con mayúscula, que es Cristo, el Salvador del mundo. De esta forma, la universidad católica trabaja por la fecundidad del encuentro entre fe y razón, entre religión y ciencia: dialogando con humildad, indagando con rigor y buscando siempre el bien común. Este estilo académico nos libera de la tentación de producir mano de obra cualificada para un mercado exclusivo y muy competitivo.

Un progreso que sea indiferente a la justicia y a la dignidad de los trabajadores se convierte, de hecho, en un mecanismo de opresión y de descarte. La universidad católica tiene, por ello, el deber de recordar, en el espacio público y político, que la ciencia sin conciencia arruina la vida de todos. Del mismo modo, la técnica sin alma no mejora realmente la vida: una educación humanista y cristiana, sin embargo, sostiene nuestra capacidad de tejer relaciones fraternas duraderas, de modo que atravesemos la era digital pasando de la mera conexión a auténticas relaciones que tiendan a la comunión. La tecnología, queridos amigos, no siempre es neutra: a veces, sus formas llevan consigo la impronta, los intereses y las

ambiciones de quien la proyecta y la controla. Por eso, hace falta estudiarla con mente limpia y corazón puro.

El riesgo más letal es el de la sumisión al paradigma tecnocrático, que reduce la realidad a datos materiales, teniendo como valor supremo la eficiencia. Tanto académicos como estudiantes están llamados a ejercitar el sentido crítico: busquen siempre aquella sabiduría que ni las máquinas ni los programas informáticos pueden tener. Solo así, el progreso tecnológico estará al servicio de nuestro desarrollo integral, custodiando la dignidad de cada persona y promoviendo el bien común.

Frente a esta misión, el ejemplo de santo Toribio de Mogrovejo nos ilumina el camino. En su época, cuando los pueblos originarios eran con frecuencia sometidos a la explotación y a la discriminación, él defendió, con vehemencia evangélica, su dignidad humana. Santo Toribio aprendió las lenguas de las personas a las que servía, anunciando el Evangelio en su cultura y escribiendo para ellos un catecismo, que fue uno de los primeros de América en lenguas nativas. Su obra pastoral atestigua cómo la lógica de la encarnación continúa dando fruto en cada tiempo y en cada lugar, mediante la misión de la Iglesia. El gran trabajo cultural de santo Toribio por estas tierras nos sigue estimulando. Hoy, de hecho, los desiertos no solo son las áridas extensiones de Lambayeque, que el santo pastor atravesó a caballo: son los nuevos analfabetismos morales y civiles que excluyen a los pobres. Una universidad conformada a su ejemplo está llamada a utilizar la innovación científica para reducir las distancias sociales y curar las heridas de la sociedad.

De esta forma, queridos profesores y estudiantes, llegamos a reflexionar ahora sobre un punto neurálgico del pensamiento contemporáneo: el límite humano, es decir, el hombre como límite. Hoy se multiplican las promesas del transhumanismo y del

posthumanismo: son corrientes ideológicas, según las cuales —antes o después— la tecnología eliminará toda enfermedad o dolor, así como el envejecimiento e incluso la propia muerte. Precisamente porque el progreso en las ciencias es un óptimo fruto de la inteligencia humana, no se confunde con un privilegio para millonarios que pretenden la inmortalidad, mientras que pueblos enteros sufren miseria y opresión. Se nos vende, así, la ilusión de seres humanos optimizados por la cibernética y la biotecnología. Frente a este espejismo, la antropología cristiana recuerda que el límite no es un defecto de fábrica, sino la condición de la grandeza humana.

El límite, de hecho, es llamada a la solidaridad y apertura a la trascendencia. Mientras que el mito de la autosuficiencia nos encierra en el egoísmo y nos lleva a descartar al débil, el reconocimiento de nuestra fragilidad nos hace estar atentos a las necesidades de todos. Santo Toribio de Mogrovejo experimentó el límite físico en sus extenuantes viajes; se enfermó, sufrió por el cansancio y por la incomprensión de los poderosos. Más aún, fue precisamente a través de una vida tan probada como transformó la historia eclesial y social de todo un país. ¡Hoy nos toca a nosotros renovar su ejemplo!

Queridos jóvenes estudiantes: ustedes son los «nativos» de este nuevo tiempo. Reciban las oportunidades que les ofrece, contémplenlas a la luz de la fe, que es antorcha en la confusión y en las tinieblas de la soledad, del aburrimiento y del dolor. Nos lo ha dicho Ángela, con gran sinceridad, mostrando que la fe da siempre esperanza. No engaña como la magia, que pretende hacer desaparecer cualquier problema. La relación viva con Dios nos conforta, dando sentido a nuestras cruces, que el Señor Jesús carga con nosotros. Este es el modo de vivir la fe como virtud, es decir,

como fuerza que da sabiduría y fortaleza, que nos lleva a lo esencial, como ha contado Adriano. Tanto la oración como el estudio transforman nuestra mente hasta cambiar la vida. Entonces, la verdad se hace elección, y ya sea la oración como el estudio, pasan de la reflexión a la acción: ambos se convierten en una tarea que busca y encuentra alegría en cualquier fase de la vida.

A este respecto, la profesora Guzmán ha compartido con nosotros una palabra muy densa: *sacrificio*. En el lenguaje común, este término indica renuncia, pero sobre todo significa *hacer sagrado*: un gesto con el que toda nuestra existencia, incluso aquello que el mundo elimina, adquiere valor. Unidos al sacrificio de Cristo, que revela el sentido auténtico de esta experiencia, abramos nuestra vida, sus fatigas y esperanzas a la obra de Dios. Él transforma siempre en bien aquello que ponemos en sus manos de Padre.

Queridos profesores y autoridades académicas: descubran, con estupor y pasión, que su trabajo es una alta expresión de caridad intelectual. Mientras acompañan a estos jóvenes en sus clases y en sus investigaciones, denle a cada uno un testimonio coherente de vida: sean pensadores libres, para quienes la verdad antecede a la opinión, y la justicia, al interés. Junto con los estudiantes, busquen la sabiduría con tenacidad, para poder regalarla en sus ambientes de vida, entre sus colegas y a la sociedad peruana. Cultivando sus competencias científicas, tradúzcanlas en obras de justicia social, especialmente en beneficio de los más pobres y en el cuidado de la creación, hoy tan herida por especulaciones que desprecian el bien del pueblo.

Queridos amigos: los animo a seguir adelante con renovado impulso en su empeño educativo. Por esto invoco sobre todos ustedes, y sobre su trabajo, la intercesión de la Virgen María, *Sedes Sapientiae*. Ella, que acogió en su seno al Verbo eterno, les enseñe a

recorrer este tiempo con valentía y con fe. ¡Que Dios los bendiga siempre!

Saludo espontáneo del Santo Padre a los voluntarios en el Colegio «Santo Toribio de Mogrovejo»

¡Muchas gracias!

Hay una sola palabra que quiero decirles que es «gracias, gracias, gracias», por todo lo que están haciendo. Ustedes han dado de su tiempo, sus energías, grandes sacrificios de parte de algunos para ayudar en la organización con muchos voluntarios más y con tantas otras personas, para que se pudiera realizar esta visita de un servidor.

Y digo: gracias, ustedes son geniales. Un aplauso para todos ustedes. Jesús ha venido para enseñarnos muchas cosas, pero una de las más importantes es precisamente aprender a servir, dar la vida en servicio a los demás.

No pensar solo en uno mismo, sino buscar cómo poner los dones que cada uno ha recibido al servicio de los demás. En estos días, quizás bajo condiciones no tan fáciles, ustedes han dado de su tiempo y sus esfuerzos para ayudar, ayudar mucho. Así que, sepan que están en mis oraciones, en ese sentido, están realmente en el corazón de la Iglesia, y el servicio que están dando es grande y muy importante.

Voy a invitarles a ponerse de pie y vamos a rezar.

Les voy a dar la bendición y después me voy a acercar para tomar algunas fotos. Permanezcan allí en sus lugares.

Siempre, para todo cristiano, es muy importante la oración. Vamos a rezar juntos como Jesús nos ha enseñado.

(Padre Nuestro)

Y a María, Nuestra Madre, digamos:

(Ave María)

(Bendición Apostólica)

¡Muchas gracias!

Volver al índice

RITO DE CORONACIÓN DE LA VIRGEN INMACULADA

Homilía del Santo Padre León XIV Catedral de Santa María (Chiclayo). Sábado, 14 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Con el corazón lleno de gozo, doy gracias a Dios por estar hoy aquí con ustedes, celebrando juntos nuestra fe, como hemos hecho tantas veces en esta catedral, que ha sido testigo de los primeros pasos de mi ministerio episcopal, al servicio de esta Diócesis de Chiclayo. Con sentimientos de gratitud por los años que el Señor nos concedió caminar juntos, me dispongo ahora, como Sucesor de Pedro, a realizar la coronación de nuestra hermosa imagen de la Inmaculada Virgen María. Este gesto tiene un significado especial, pues la corona que colocaré sobre la cabeza de Nuestra Señora quiere simbolizar el homenaje de gratitud y amor filial que le rinde el Papa, junto con ustedes y con toda la Iglesia, reconociéndola como Madre solícita y Protectora de Chiclayo, ensalzada por Dios cual Reina del Cielo y de la tierra.

Como hemos escuchado en la lectura de Isaías, también en la actualidad las tinieblas siguen al acecho y parecen envolvernos completamente. Nos sentimos amenazados por la incertidumbre de la violencia que se generaliza, por el sufrimiento indecible que sigue golpeando a tantos hermanos. Pero a pesar de esa oscuridad, que muchas veces ofusca nuestra esperanza y debilita nuestra confianza, el don de Dios sigue resplandeciendo ante nuestros ojos: «un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (*Is* 9,5). Este Niño es

Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María. Sí, un niño indefenso es la respuesta que Dios le da a la humanidad sumida en tinieblas, pero deseosa de unidad y reconciliación. Sólo Él es la luz que ilumina los rincones más escondidos de la existencia humana; la única luz capaz de rescatarnos del pecado y desbaratar sus funestas consecuencias en nuestra vida personal y comunitaria. Él nos desvela lo que somos verdaderamente: hijos e hijas de Dios, invitados a participar en el júbilo de su salvación, en el regocijo de sabernos hermanos y hermanas.

Con razón invocamos a la Virgen Inmaculada como «causa de nuestra alegría» porque gracias al «sí» con que respondió al anuncio del Ángel (cf. *Lc* 1,38), Dios, hecho hombre, entra en la historia de nuestro mundo y, haciendo nuevas todas las cosas por su obediencia al Padre (cf. *Ap* 21,5), nos rescata de la tragedia del pecado y nos manifiesta el destino de eternidad al que todo hombre y mujer están llamados.

Mis queridos hijos e hijas de esta amada tierra de Chiclayo: la devoción a la Virgen Inmaculada forma parte de las raíces cristianas que modelan su identidad y robustecen su fe. La Madre de Dios, con solicitud y amor, ha acompañado por generaciones a este pueblo, y lo sigue acompañando. Por eso, confiando en su intercesión y amparo, los invito a que sigamos caminando todos juntos, como una única familia de Dios. Una familia que anhela un mundo que tenga como distintivo el amor y la compasión, el perdón y la búsqueda de la justicia. Una familia que tiene la seguridad de que María Santísima siempre nos indica el camino seguro que nos lleva a Jesús, que es fuente de vida abundante y verdad que nos ofrece siempre nuevas oportunidades.

A ti, Madre nuestra Inmaculada, elevo hoy mi mirada y mi corazón con cariño filial. Junto a ti aprendí a ser pastor de Chiclayo.

Tú me acompañaste por sus pueblos y ciudades, me enseñaste a encontrarme con su gente y a estar atento a sus necesidades, como hiciste en las Bodas de Caná. A tu Corazón Inmaculado le confío hoy mi vida y mi ministerio como Sucesor de Pedro. También te pido que cuides y protejas al Pueblo de Dios que peregrina en estas tierras y lo guíes siempre hacia tu Hijo Jesucristo.

Queridos hermanos y hermanas, antes de concluir, y hasta que volvamos a vernos, quisiera que nos unamos y compartamos juntos esta oración a nuestra Madre celestial:

Santa María, llena de la presencia de Dios, que durante tu vida terrena obedeciste humildemente a la voluntad del Padre y nos diste ejemplo de sencillez, te suplicamos que continúes caminando con nosotros, y que tu corazón materno nos alcance de tu Hijo Jesucristo el don de escuchar con docilidad al Espíritu Santo, para disponernos, con la ayuda de su gracia, a seguirlo con fidelidad, ser constructores de paz y reconciliación, servidores del Reino de Dios y de los hermanos. Amén.

Volver al índice

SANTA MISA

Homilía del Santo Padre León XIV Explanada de Santa Cruz de Succhabamba (Santa Cruz de Succhabamba). Sábado, 14 de noviembre de 2026

Saludo espontáneo a fieles congregados en la Parroquia de la Inmaculada en Santa Cruz de Succhabamba

Hermanas y hermanos:

Con cuanta alegría, una vez más, me encuentro con ustedes aquí en Santa Cruz. Es como un sueño muy grande que el Señor ha permitido: que un servidor llegue hasta aquí, también en esta visita pastoral a la Diócesis de Chiclayo y a todo el Perú. Estoy muy contento de poder encontrarles a todos ustedes, a los cruceños y a los que han venido de más lejos.

El Señor, en el Bautismo, nos llama a todos a ser sus discípulos misioneros. Desde los más pequeños hasta los más grandes. Las personas que sufren por la enfermedad y por otros motivos también nos dan un testimonio hermoso de su fe, con su fidelidad y su oración. Ustedes también forman parte de la Iglesia; queremos estar cerca de ustedes. Les invitamos a rezar los unos por los otros, por un servidor, por todas las personas que necesitan la ayuda de Dios. Y que así estemos siempre unidos. Que caminemos todos juntos como Pueblo de Dios, hijos de Dios, hijos del mismo Padre. Felicidades a

todos; les doy la bendición y saludaré a unos pocos porque, como saben, después tenemos la celebración de la Santa Misa.

El Señor esté con ustedes.

(Bendición Apostólica)

Homilía

Queridos hermanos y hermanas: ¡Bienvenidos todos a esta celebración y gracias a Santa Cruz por esta acogida!

«Este es el día que hizo el Señor: alegrémonos y gocemos en él» (*Sal* 117,24). En esta Eucaristía vengo, como lo he hecho tantas veces, a compartir con ustedes mi alegría de discípulo y misionero de Cristo. Nos encontramos en Santa Cruz, nos encontramos en el Departamento de Cajamarca, nos encontramos en esta cordillera de los Andes peruanos, con estas hermosas colinas, con quebradas, sus valles fértiles, en una tierra de raíces andinas, donde floreció el Imperio Inca, y cuna de una profunda fe cristiana. Muchos de ustedes han recorrido largas distancias para estar aquí. Algunos han venido de comunidades campesinas, dejando familias, chacras y ocupaciones. El camino que han recorrido, además de ser un viaje por rutas difíciles, es una peregrinación de fe. Cada paso y cada esfuerzo, en efecto, expresan un único deseo. El único deseo es este: encontrar a Jesús, aquí venerado, en Santa Cruz, con la imagen del Señor del Costado, han venido para encontrarse con Cristo, escuchando su Palabra, para recibir su Cuerpo y su Sangre y, nutridos con ese alimento, fortalecerse en la esperanza.

La primera lectura, tomada de la tercera Carta del apóstol san Juan (cf. *3 Jn* 1,5-8), recoge parte de las recomendaciones dirigidas a un cristiano llamado Gayo. Tras subrayar su conocida benevolencia,

se le pide que cuide de los misioneros itinerantes y se les provea de lo necesario para el viaje, recordando que, por el nombre de Cristo, «han salido sin aceptar nada de los paganos» (v. 7). El mismo prodigio se repitió, hace cinco siglos, entre estas montañas, testigos silenciosos del nacimiento de las primeras comunidades cristianas, por obra de misioneros que vinieron, en repetidas ocasiones, sin provisiones ni recomendaciones, a anunciar el nombre de Jesús y el amor del Señor de los Milagros de Andabamba y su Madre Inmaculada.

Con la llegada de los primeros evangelizadores, desde Toribio de Mogrovejo hasta los Mártires de Chimbote, la semilla del Evangelio en estas tierras nunca ha dejado de germinar y de dar fruto, de modo discreto, lejos de los aplausos y de los grandes reconocimientos. Así, la fe en los Andes ha crecido sencilla y genuina, fundada en la vivencia cotidiana de los valores evangélicos y expresada en tradiciones y fiestas que unen pueblos y generaciones, hasta convertirse en un carácter y un estilo de vida en el que nadie se siente nunca solo, ni siquiera frente a las adversidades. Podemos decir que la cordialidad y la alegría que caracterizan a tantas regiones andinas tienen su raíz en el respeto y el amor por los mandamientos del Señor (cf. *Sal* 111,1), y reflejan «una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer» (S. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 48). Por eso el Papa Francisco, en *Evangelii gaudium*, habló de la piedad popular como de una poderosa fuerza de evangelización, en la que «la fe recibida se encarnó en una cultura y se sigue transmitiendo» (n. 123). Ella valora cosas esenciales como la tierra, el trabajo honesto, la familia, y ofrece un antídoto saludable contra la superficialidad y el consumismo, hoy tan extendidos.

Deseo, por ello, recordar con gratitud a los numerosos sacerdotes, religiosos y religiosas misioneros que, a lo largo de los siglos, se han

esforzado con generosidad y dedicación por difundir el Reino de Dios entre estos cerros. Nuestra oración de acción de gracias se eleva también por los catequistas que, no sin sacrificios, en ausencia muchas veces de los presbíteros, a menudo cuidan pastoralmente las comunidades, guiando a los hermanos y hermanas en la celebración de la Liturgia de la Palabra, preparándolos para los sacramentos, visitando a los enfermos y atendiendo diversas necesidades. Oremos de modo especial por aquellos a quienes el Señor ya ha llamado a sí, cuyo recuerdo permanece vivo en las comunidades. Sin ellos, la evangelización habría sido muy difícil en estas regiones remotas. Demos gracias al Señor por tantos laicos comprometidos de distintas maneras en el anuncio misionero, tanto aquí como en el mundo.

En el Evangelio (cf. *Lc* 18,1-8) hemos escuchado a Jesús hablar de una viuda —símbolo de fragilidad social y de dependencia— en el contexto cultural de la época. Indefensa y oprimida, la pobre mujer pedía justicia con insistencia a un juez, quien, sin temor de Dios ni respeto por los hombres, permanecía indiferente a sus súplicas. Solo gracias a su perseverancia obtuvo, al final, justicia.

Según las palabras de Jesús, la parábola nos recuerda, ante todo, cuán importante es orar sin desanimarnos nunca. Pero es también una invitación a abrir los ojos ante tantas situaciones dolorosas que nos rodean. La súplica que la viuda dirige al juez —«Hazme justicia frente a mi adversario» (v. 3)— resuena por desgracia todavía hoy, desoída, en los labios de tantos hombres y tantas mujeres. Esto es motivo de gran preocupación, tanto para la Iglesia como para la sociedad. Pensemos, por ejemplo, en estos lugares, en el sufrimiento de quien se ve obligado a abandonar su patria para buscar un futuro mejor, para sí y para los suyos, en las grandes ciudades de la costa; o en las dificultades de relevo generacional ligadas al fenómeno de la baja natalidad, que vacían los pueblos; o en el desafío de la

distribución equitativa de los beneficios derivados de los recursos de la tierra.

Frente a tantas dificultades, se puede tener la tentación de ceder al desaliento, al resentimiento o incluso a la violencia, pero esta nunca será el camino del progreso y de la paz. La viuda de la parábola nos muestra que el egoísmo, la injusticia y la maldad no se vencen con la brutalidad, sino con la oración, con la paciencia, con la perseverancia en denunciar lo que no está bien, pidiendo con fuerza y trabajando con empeño para que se realicen los cambios necesarios, sin perder nunca la confianza en Dios. Entonces, como sucede en la cima del *Cerro Cotorumi*, a través de la cruz se ve el cielo.

Lo que sostiene la tenacidad de la mujer del Evangelio es la fe, como indica la pregunta que concluye el relato de Jesús: «El Hijo del hombre, cuando venga, ¿encontrará la fe en la tierra?» (v. 8). Hay un estrecho vínculo entre fe, oración y acción. Donde hay fe, hay oración, y donde hay oración, hay capacidad de compromiso por los demás. Ustedes, habitantes de estas tierras, lo saben bien. A pesar de muchas dificultades, nunca han perdido la confianza en Dios ni, con su ayuda, en ustedes mismos. Es la fe la que los hace grandes en sus aspiraciones y en sus proyectos. A este respecto, quisiera elogiar a quienes, con ingenio y espíritu emprendedor, se esfuerzan por dar trabajo digno a las personas: campesinos, comerciantes, pequeños empresarios y tantos otros que aquí, día tras día, emplean los talentos recibidos en favor de las comunidades, contribuyendo a promover, mediante el empleo, auténticos modelos de desarrollo humano integral (cf. Carta enc. *Magnifica humanitas*, 181).

Queridos hermanos y hermanas: el Señor conoce los caminos que ustedes recorren, las fatigas, las preocupaciones, los desafíos que afrontan; entiende la esperanza de los jóvenes, inspira la sabiduría

de los ancianos, y no los abandona. Cuando el alma deambula sin destino, Él es el camino. Cuando falta la fuerza, Él es el alimento. Cuando surge el desaliento, es Él quien reaviva la esperanza. Pidamos a la Inmaculada Concepción que no deje de protegernos bajo su manto y que la Eucaristía que celebramos renueve en todos nosotros la fe, fortaleciendo el compromiso y la dedicación. Y que el *Señor del Costado*, venerado con tanta devoción aquí en Santa Cruz, los bendiga, los proteja y les inspire siempre pensamientos y gestos de unidad, de caridad y de paz.

Palabras espontáneas del Santo Padre al final de la Misa

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de dar la bendición final, solo quiero compartir una breve reflexión más. Hemos escuchado las palabras del Evangelio donde pregunta Jesús: «cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» Yo sé que, si Jesús decide venir a Santa Cruz, va a encontrar la fe. Gracias por su testimonio. Gracias por su fidelidad en la Iglesia. Gracias por acompañarnos en esta hermosa jornada.

Volver al índice

ENCUENTRO DE ORACIÓN CON LA COMUNIDAD CATÓLICA CON MOTIVO DE LA CLAUSURA DEL AÑO JUBILAR DE SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO

Discurso del Santo Padre León XIV Santuario de Santo Toribio de Mogrovejo (Zaña). Sábado, 14 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Siento una profunda alegría por encontrarme aquí con ustedes. ¡Cuánto he deseado que llegara este momento! Mientras venía hacia aquí, han vuelto a mi memoria tantos recuerdos de los años en que el Señor me confió el cuidado de esta querida diócesis. Entre ellos, hay uno que conservo de manera especial: la noche anterior al comienzo de mi ministerio como obispo de Chiclayo.

Recuerdo que la pasé en oración, pidiendo al Señor, por intercesión de santo Toribio, que me concediera la gracia de ser un pastor según su corazón. No sabía entonces todo lo que me esperaba ni cuánto iba a recibir de ustedes. Gracias por recibirme con el gozo y la hospitalidad que los caracterizan, por tantos gestos de cariño y también por los sabrosos alimentos que con tanto esmero me han preparado. Hasta esos sabores tan conocidos me han hecho recordar los buenos momentos que pasé aquí. Gracias por hacerme sentir, una vez más, que estoy en casa.

Agradezco a Monseñor Edinson Farfán las afectuosas palabras de bienvenida y a quienes nos han ofrecido sus testimonios. Los he

escuchado con mucha emoción y gratitud, reconociendo en sus palabras la fe de este pueblo al que llevo siempre en mi corazón.

Hoy clausuramos el Año jubilar del tercer centenario de la canonización de santo Toribio de Mogrovejo, y lo hacemos aquí, en este santuario a él dedicado. Podemos leer en Zaña un resumen de su vida, pues aquí le entregó su espíritu al Padre, mientras se encontraba realizando la visita pastoral que le correspondía como obispo del lugar. Su vida nos recuerda que el amor de un pastor se reconoce también en las distancias, físicas y existenciales, que está dispuesto a recorrer con tal de anunciar a Jesucristo.

Aquí en Zaña hay una tumba vacía en la que me detuve hace poco a rezar. Allí reposaron durante un breve tiempo los restos de santo Toribio, antes de ser trasladados a Lima. Al contemplarla, pienso en lo que permanece de su paso por esta tierra: la fe de tantas comunidades y la entrega de quienes han seguido sus pasos, llevando el Evangelio hasta los lugares más apartados. Durante mis años en Chiclayo tuve la gracia de conocer a muchos de ellos. Recuerdo especialmente las visitas a Incahuasi y Kañaris, la acogida de sus familias y la dedicación de los sacerdotes y de una manera especial a las religiosas que las acompañan. ¡Cuántas veces llegué para anunciar el Evangelio y regresé habiéndolo comprendido un poco mejor gracias a la fe de ustedes!

Zaña conserva también la memoria de generaciones de hombres y mujeres africanos, alejados de sus hogares y sometidos a la esclavitud. Muchos padecieron grandes sufrimientos y humillaciones. Queridos hermanos y hermanas afrodescendientes: quiero expresarles hoy mi afecto y mi cercanía. He tenido la alegría de conocer su fe, sus tradiciones y el amor con que conservan la memoria de sus antepasados. Gracias por cuanto aportan a la vida de esta Iglesia. Que el ejemplo de san Martín de Porres, a quien el

propio santo Toribio administró la Confirmación, les recuerde cuánto los ama Dios y los anime a perseverar en el camino de la santidad.

Queridos hermanos, la vida de santo Toribio nos invita a mirar también las necesidades de nuestro tiempo. Sé que muchas familias de esta tierra sufren a causa de la delincuencia, la extorsión y la inseguridad. Me duele pensar en quienes viven con miedo, en las personas que ven amenazado el fruto honrado de su trabajo y en quienes padecen todavía la discriminación. Los llevo presentes en mi oración y pido al Señor que les conceda la paz que tanto necesitan. Les ruego que permanezcan unidos, que se cuiden unos a otros y que nunca se acostumbren al sufrimiento de los demás. Siempre hay alguien a quien podemos ayudar, una persona a la que escuchar, una familia a la que acompañar.

En la carta que dirigí recientemente a los obispos de América Latina y del Caribe recordé a santo Toribio como un pastor «que había permitido que el Evangelio modelara primero su existencia» (*Carta a los Obispos latinoamericanos y del Caribe con motivo del tercer centenario de la canonización de santo Toribio de Mogrovejo, 8 de septiembre de 2026*). ¡Qué hermoso sería que pudiera decirse lo mismo de cada uno de nosotros! Queridos sacerdotes: cuiden su amistad cotidiana con Jesucristo, celebren los sacramentos con amor y reverencia, y permanezcan siempre cerca del pueblo que les ha sido confiado. Queridos padres y abuelos: sigan transmitiendo la fe a sus hijos y nietos. Y ustedes, jóvenes: abran el corazón al Señor, que los conoce y tiene una hermosa vocación para cada uno. Dejemos que su Palabra transforme nuestra vida y nos enseñe a amar como Él nos ama.

Antes de terminar, quisiera volver a aquella noche de oración con la que comencé estas palabras. Han pasado muchos años desde

entonces, y son innumerables los rostros que conservo en mi memoria. Recuerdo con especial afecto a quienes ya han partido a la casa del Padre y con quienes espero volver a encontrarme un día. Todos ustedes permanecen presentes en mi oración.

Aquella noche le pedí al Señor que me enseñara a ser pastor. Hoy, al mirar los años transcurridos, comprendo que ustedes han sido parte de la respuesta de Dios a aquella súplica. Por eso quiero darles las gracias de todo corazón. Gracias por su fe, por su cariño y por cuanto me enseñaron durante aquellos años. Ahora que el Señor me ha confiado el cuidado de la Iglesia universal, vuelvo a pedirle la misma gracia, consciente de lo mucho que todavía tengo que aprender. Les ruego que sigan rezando por mí, como sé que lo han estado haciendo hasta ahora.

Que la Virgen Santísima y santo Toribio de Mogrovejo intercedan por ustedes, para que puedan continuar con fidelidad por las sendas del Evangelio. Que Dios los bendiga a todos. Muchas gracias.

Volver al índice

CUSCO

15 de noviembre de 2026

ENCUENTRO CON LOS FIELES Y LOS REPRESENTANTES DE LA PIEDAD POPULAR

Homilía del Santo Padre León XIV Parque Arqueológico Nacional de Saqsaywaman (Cusco). Domingo, 15 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Al iniciar este encuentro, quisiera expresar, ante todo, mi gratitud a Dios por la vida y ministerio de S.E. Mons. Richard Daniel Alarcón Urrutia, Arzobispo del Cusco, que tanto trabajó por este viaje y a quien deseaba encontrar al llegar aquí. Unido a todos mis hermanos obispos, aseguro mis oraciones por su eterno descanso, pidiendo a nuestro Señor Jesucristo que le conceda el premio de los justos, y a todos los que sufren su ausencia, el consuelo que brota desde la fe en el resucitado.

Es innegable la belleza de este lugar que nos acoge en esta mañana. *Saqsaywaman*, como un altar de piedra se eleva hacia el cielo andino, a donde los antiguos subían buscando lo divino. Sin embargo, nuestra fe cristiana nos ha permitido entender que, en realidad, es Dios quien desciende en busca de sus hijos e hijas, y entra en un corazón bien dispuesto, pidiendo un «sí» valiente y sencillo, como el de la Virgen, que cambió la historia para siempre.

En efecto, hemos iniciado nuestra liturgia con la antífona: «¡Salve, Madre Santa!, Virgen, Madre del Rey, que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos» (*Misal Romano*, *Común de la Santísima Virgen María*, I, T.O., 1, *Antífona de entrada*), y el Evangelio que acabamos de escuchar nos ha recordado la alegría de

María al decir su «sí» al ángel, para ser la Madre de Dios y dar a Jesús al mundo.

En ambos textos se nos invita a considerar a la Virgen como aquella que nos lleva al encuentro con Cristo. Ella misma lo esperó como Mesías, en el entorno de una familia devota, en la que sus padres le enseñaron a orar, a meditar la Palabra de Dios y a vivir según la Ley del Altísimo. Así se encontró preparada para el encuentro con el Señor, atenta y presente, capaz de reconocer su voz en el Ángel mensajero, su enviado, y de aceptar el desafío de una misión única para la salvación de la humanidad.

El Señor vino a hablarle a su casa, en Nazaret, en un entorno cotidiano y junto a sus seres queridos, en un ambiente lleno de símbolos que ella conocía bien, en su idioma, a través de los signos de su cultura. Así actúa Dios. Busca las formas y los momentos más adecuados para acercarse a nosotros, para que todos podamos encontrarlo, comprender sus palabras, convertirnos y salvarnos. A lo largo de los milenios, este misterio se ha renovado en los contextos más diversos, pero siempre con la misma disposición del Todopoderoso a hacerse pequeño por nosotros, para hablarnos y acogernos. Una de las formas más hermosas en que esto ha sucedido es la piedad popular.

En ella, la memoria de los antepasados, la fe de las familias, el amor por Jesucristo, la confianza en su Santa Madre y la veneración de los santos se expresan a través de la música, la danza, las imágenes y muchas otras manifestaciones típicas de la historia y la identidad de los pueblos. Una fiesta religiosa, una peregrinación, una procesión, por lo tanto, no son solo una manifestación cultural: detrás de cada imagen, cada canto, cada promesa y cada signo hay una comunidad de corazones que buscan a Dios y una voz amiga que desde el cielo responde y se acerca.

Se trata, pues, de vivir las prácticas de la tradición como oportunidades de encuentro y de anuncio del Señor, ante todo en las parroquias, en las cofradías y en los movimientos, y luego hacia el mundo, como evangelizados enviados a evangelizar, a anunciar a Cristo, el Resucitado, listos para dar testimonio de la alegría de conocer el Evangelio y de vivirlo en el amor a Dios y al prójimo. Por eso, el Papa Francisco ha definido la piedad popular como «verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 122), y «manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. *Rm* 5,5)» (*ibíd.*, 125).

Sin embargo, hay otro aspecto del relato evangélico que acabamos de escuchar en el que me gustaría detenerme, y es el contexto comunitario en el que se inserta el misterio de la Anunciación. Como hemos mencionado, María madura en la fe al vivir en una comunidad y, después de la Anunciación, sigue compartiendo la vida cotidiana con los hermanos y hermanas que la rodean. El encuentro con Dios no la aísla, no la aleja; al contrario, la convierte en guardiana de un don que crece en ella para el bien de todos: de sus conciudadanos y de toda la humanidad. La fe no separa, sino que une a Dios y a los demás.

Esto es importante, especialmente en una época como la nuestra, marcada por divisiones, heridas, desconfianza y situaciones que dificultan que los hombres y las mujeres se reconozcan como miembros de una misma familia, hijos e hijas del mismo Padre.

En este contexto, las tradiciones religiosas pueden ser de gran ayuda, como lugares donde reunirse a la luz de la fe y el amor. Una procesión puede hacer que caminen juntos quienes piensan de manera diferente. Una peregrinación puede reunir a familias enteras. Una celebración puede congregar a una comunidad. Una fiesta

patronal puede convertirse en una oportunidad para reconciliarse, pedir perdón y empezar de nuevo. Y esto es un signo que puede ir mucho más allá de los límites de una pequeña ciudad o una región, contribuyendo a difundir en el mundo una cultura de convivencia, atención mutua y paz.

Por eso los invito a que hagan de estas fiestas una escuela de fraternidad y caridad, en la que trabajen, recen, se diviertan juntos y también cuiden a quienes están en necesidad, para que la alegría sea de todos y todos puedan vivirla unidos, ante Dios.

Las tradiciones populares, con sus símbolos y sus dinámicas, impregnadas de valores de comunión y solidaridad cristiana, son un tesoro invaluable de buenas enseñanzas, especialmente para las nuevas generaciones. En este sentido, es importante que los jóvenes participen en las actividades y que su aporte sea acogido y valorado, a través de la escucha, la cooperación y también la actualización, cuando sea necesario. El futuro de las costumbres no radica únicamente en conservar lo que se ha recibido, sino también en transmitirlo de manera viva. Cada generación recibe una herencia y tiene la responsabilidad de devolverla enriquecida y renovada, sin temor a abrir nuevos caminos y a utilizar nuevas herramientas. Más bien es importante cuidar la esencia de la formación, por ejemplo, dar a conocer y profundizar con los jóvenes la historia de la salvación y la vida de los santos, explicarles el significado cristiano de los momentos festivos, compartir con ellos la Palabra de Dios, enseñarles a celebrar la fe en la Iglesia (cf. Francisco, *Homilía en la Santa Misa con ocasión de la jornada de las cofradías y de la piedad popular, 5 de mayo de 2013*). Se trata de transmitir, a través de las tradiciones, una experiencia viva de la vida cristiana, que crece y se renueva constantemente en torno al altar, donde la Eucaristía es

el centro y la fuente de la existencia (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 11).

En este camino, María ocupa un lugar especial. La devoción popular en Perú es también profundamente mariana, y de ello queda constancia en los Jardines vaticanos, donde bendije el año pasado el mosaico que representa las diferentes advocaciones con que María acompaña a este pueblo, conoce sus alegrías y sus penas, y le enseña a tener esperanza.

Asimismo, lo recuerda maravillosamente el himno *Hanacpachap*, del misionero Pérez Bocanegra, que alaba e invoca a la Virgen a través de metáforas poéticas que son, a la vez, teológicamente profundas y concretas, cercanas a la cultura y a la vida andina. Este himno, junto con la obra maestra de la Iglesia de San Pedro Apóstol de *Andahuaylillas*, y otros testimonios de un anuncio creativo y atento, nos muestra cómo cada devoción encuentra su sentido cuando reúne a todos en torno a Jesús y, siguiendo sus pasos, los lleva al Cielo. Por eso quisiera encomendar a la Virgen María, Reina de Belén, Madre y Protectora de Cusco, un camino de renovación de la devoción popular.

En un momento más, espiritualmente unidos, lo haremos juntos con la entrega de la *Rosa de Oro*, pidiéndole que nos guarde en su corazón, que conceda paz a esta tierra, que dé fuerzas a quienes sufren, y nos otorgue, a todos, la gracia de caminar juntos en el amor de su Hijo. Así lo pedimos. Que así sea.

Volver al índice

ORACIÓN DEL ÁNGELUS

Ángelus del Papa León XIV Plaza frente a la Basílica Catedral de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María (Cusco). Domingo, 15 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz domingo!

Me alegra mucho encontrarme hoy aquí, rodeado de su afecto y de la fe viva que late en esta hermosa comunidad, junto a nuestros hermanos enfermos y ancianos, a los sacerdotes y consagrados y recordando con especial cariño y gratitud, a Mons. Richard Alarcón a quien encomendamos a la intercesión amorosa de María. Al mismo tiempo me alegro de poder saludar al nuevo Arzobispo de Cusco, desde el 30 de octubre de este año, monseñor Lizardo Estrada.

En esta mañana, podemos contemplar en medio de nosotros esta hermosa imagen del Señor de los Temblores, el *Taytacha*, Patrono de la ciudad del Cusco.

La Liturgia de hoy nos regala una página bellísima y, a la vez, muy exigente del Evangelio según san Mateo: la parábola de los talentos (cf. *Mt* 25,14-30). Esas monedas antiguas representan todo lo que el Señor nos ha dado de manera gratuita: nuestra vida, nuestra fe, nuestra vocación. Pero si queremos resumirlo en una sola palabra, simbolizan *su amor*, que Él nos regala para que lo hagamos crecer en nuestra vida y lo compartamos con los demás.

Pienso en ustedes, queridos hermanos y hermanas que sufren en sus cuerpos y en sus almas a causa de una enfermedad. A los ojos del mundo, condicionado por la cultura del descarte y de la productividad material, la enfermedad es vista como una desgracia

que apaga el valor de una persona. ¡Qué gran mentira! A la luz del Evangelio, la enfermedad, vivida con fe y unida al misterio de la Pasión de Cristo, es un camino para crecer en su amor y compartirlo. Ustedes están en el corazón palpitante de la Iglesia: su sufrimiento, ofrecido con amor por la salvación de las almas, por las vocaciones y por la paz, se convierte en fuerza espiritual; su debilidad se transforma en fortaleza divina que multiplica los talentos del amor y de la redención. Ustedes han sido testigos de la ofrenda de sí mismo que hizo Su Excelencia Monseñor Richard para dar vida, unido a la cruz del Señor.

Me dirijo ahora a ustedes, amados hijos e hijas consagrados al Señor: sacerdotes, religiosos y religiosas, que lo han dejado todo por seguir las huellas del Maestro. A nosotros se nos han confiado los talentos de la Palabra de Dios, los Sacramentos, la guía pastoral del Pueblo de Dios y la belleza de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. ¡Qué inmensa responsabilidad llevamos en nuestras manos de barro! No tengamos miedo de entregar la vida, de desgastarnos por Cristo; así nos convertiremos en signos visibles de la misericordia de Dios. Y este es el mejor camino para promover las vocaciones.

Queridos hermanos y hermanas: nuestros ojos se dirigen hacia la bendita imagen del Señor de los Temblores. En el año 1650, cuando la tierra rugió y sembró la destrucción y el pánico entre sus antepasados, bastó con que la sagrada imagen saliera a las calles para que las réplicas cesaran y la paz volviera a reinar. Desde entonces, el pueblo cusqueño y todo el Perú saben que en el *Taytacha* tienen un refugio seguro ante cualquier tempestad, un ancla inamovible en medio de los temblores de la historia.

Como un signo visible de mi comunión con su comunidad, he querido ofrecer hoy un especial acto de devoción: con amor filial, voy

a ofrecer un *Sudario*, para que sea colocado sobre esta imagen del Señor Jesús. Quiere ser la caricia del Papa para un pueblo que sabe sufrir con dignidad y con esperanza cristiana. Al ver al Señor de los Temblores revestido con este *Sudario*, recuerden que la Iglesia universal está con ustedes.

Ahora nos dirigimos con confianza filial a la Virgen María. De Ella aprendemos a no tener miedo, a no enterrar la gracia que hemos recibido. Con corazón lleno de gratitud, elevamos la oración del Ángelus, encomendando de manera especial la salud de los enfermos y la santidad de los sacerdotes y consagrados. ¡Que Dios los bendiga y que el Señor de los Temblores guarde siempre sus vidas en la paz!

Volver al índice

PUCALLPA

15 de noviembre de 2026

ENCUENTRO CON LOS MISIONEROS, LAS MISIONERAS Y LOS REPRESENTANTES DE LOS PUEBLOS AMAZÓNICOS

Discurso del Santo Padre León XIV «Malecón Puerto Callao» (Pucallpa). Domingo, 15 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Con gratitud y emoción me encuentro hoy entre ustedes en Pucallpa, en esta «tierra colorada» en el corazón de la Amazonía peruana. Le agradezco a Dios y a todos ustedes, ya que percibo el abrazo de una comunidad multiforme. La riqueza de sus rostros y de sus orígenes convierte este sitio en un lugar de animado encuentro, con colores vivos. Les agradezco además sus palabras, sus cantos y el haber compartido también hoy los dolores y las esperanzas que llevan en el corazón. Siguiendo las huellas del Papa Francisco, en su inolvidable visita a Puerto Maldonado, he venido como pastor para escuchar sus historias y para caminar a su lado. Deseo confirmarles en la fe y en la esperanza, sosteniéndoles en la búsqueda de la justicia y de la paz, que tanto necesitan estas tierras. Los contrastes que hieren la humanidad y desfiguran la creación impactan dramáticamente en sus comunidades. Los años vividos como misionero y como obispo en esta amada tierra del Perú me han enseñado qué significa que la Iglesia debe caminar junto a la humanidad para servir fielmente al Señor: es una condición para asemejarse a Jesucristo y seguirlo aquí y ahora, a la espera de su retorno.

Al contemplar la belleza de esta asamblea, resuenan dentro de nosotros, con renovada urgencia, las palabras de la Exhortación apostólica *Querida Amazonia*: «Sueño con una Amazonia que luche por los derechos de los más pobres, de los pueblos originarios, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida» (n. 7). Lamentablemente, la voz que hoy emerge de estos lugares nos habla de heridas que no solo no han sanado, sino que incluso se han agravado. El grito de la tierra y el grito de los pobres se alzan conjuntamente, desenmascarando lógicas de mercado y de explotación que ponen en riesgo el propio equilibrio de la creación. No es posible separar la custodia de la selva amazónica de la preocupación por los pueblos que la habitan; la ecología integral, la justicia social y la vida espiritual van de la mano (cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si'*, 10).

El primer testimonio que hemos escuchado nos ha recordado que incluso defender la propia casa puede costar la vida. En los últimos años, muchos líderes indígenas han sido asesinados por haber protegido los propios territorios. La sangre de estos hermanos clama a Dios y reclama justicia a los hombres. El segundo testimonio nos ha puesto ante una situación dramática: es inaceptable que, en muchas comunidades, el derecho al acceso a la salud y a la educación sea negado, debido a las distancias físicas y al abandono de las instituciones. Sentimos en el alma y en el corazón la situación de vulnerabilidad en la que se encuentran tantas mujeres, niñas y adolescentes, así como el lacerante dolor de las que sufren violencia y abusos sexuales, que causan heridas profundas, muchas veces con el silencio de la complicidad y de la impunidad. En cada ambiente, la corrupción y la arbitrariedad socavan la confianza fundamental en la bondad del ser humano; pero esto hace que el Evangelio irrumpa como una llamada aún más fuerte a la conversión personal y

comunitaria, ofreciendo una renovada esperanza de sanación, consuelo y reparación.

Queridos amigos: Pucallpa es una ciudad joven, rica de energía y de esperanza, marcada por una urgente necesidad de renacimiento moral y pedagógico. Trabajemos incansablemente por una educación de calidad, que hable sus lenguas y sepa valorar sus saberes ancestrales, sin dejar por ello de preparar las nuevas generaciones para afrontar los grandes desafíos globales.

Frente a la tendencia a considerar esta inmensa región como una reserva de recursos para explotar, estamos llamados a desarrollar un paradigma diferente, que surja de la escucha de Jesucristo y su Evangelio. El Papa Francisco, en la Encíclica *Laudato si'*, denunció las consecuencias lesivas del paradigma tecnocrático dominante, que tiende a explotar la naturaleza y las culturas, con vistas a un beneficio económico inmediato en favor de unos pocos (cf. nn. 106-114). Debemos contraponer este modelo —con tenacidad y amplitud de miras— con la ecología integral, expresión de la civilización del amor. Una visión alternativa, radicada en el Evangelio y respetuosa de la sabiduría de los pueblos, que reconocen, con lenguajes diversos, cómo todo en el mundo está íntimamente conectado. Ustedes conocen bien las heridas de la deforestación indiscriminada, la contaminación de las aguas debido a la extracción minera irregular y a los vertidos de petróleo, que no son accidentes fortuitos, sino los frutos amargos de una explotación arbitraria de los recursos naturales que mina la existencia de la población. A esto se añade la sombra insidiosa del narcotráfico, que se aprovecha de la pobreza de los jóvenes, atrayéndolos con falsas ilusiones de ganancias y desarraigándolos de la propia cultura.

La Doctrina social de la Iglesia es un instrumento en continuo desarrollo que nos ayuda a leer los signos de los tiempos bajo la guía

del Espíritu Santo. En ella, el conocimiento ancestral que ustedes tienen puede encontrarse con el patrimonio de sabiduría de la Iglesia, con el fin de proteger sus derechos, adquiridos a lo largo de generaciones.

La Iglesia admira la capacidad de resistir y de recomenzar de los pueblos amazónicos. Ustedes son testigos del rostro de Nuestro Señor Jesucristo, que no se baja de la cruz, sino que da la vida por su pueblo. ¡Cristo nunca nos abandona! ¡Cristo está con ustedes! ¡La Iglesia está con ustedes y ustedes son sus miembros! ¡Somos el cuerpo de Cristo! Los esfuerzos de la Conferencia Eclesial de la Amazonía y de la Red Eclesial Panamazónica tienden a configurar cada vez más una Iglesia de rostro amazónico. Es cierto que los obreros parecen pocos: su Vicariato, tan grande como países enteros, cuenta apenas con veinticinco sacerdotes. Expreso mi viva gratitud a las religiosas, a los religiosos y a los animadores pastorales de comunidades, laicos y laicas, que con fidelidad heroica custodian la fe en los parajes más remotos. Debemos sostener y reconocer su servicio ministerial.

Queridos hermanos y hermanas: ustedes no están solos en su camino. Que María Santísima, Madre de la Amazonía, vele siempre sobre ustedes, sobre sus familias y comunidades y bendiga sus sueños.

¡Sigan adelante, con ánimo y esperanza! ¡Que Dios bendiga a la Amazonía!

Volver al índice

SANTA MISA

Homilía del Santo Padre León XIV Villa Deportiva Regional Ucayali (Pucallpa). Domingo, 15 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría celebro hoy la Eucaristía con ustedes. Cuando nos reunimos con fe en torno al altar del Señor, su Palabra entra en nuestra vida y la llena de sentido. Para todos nosotros es anuncio de salvación. Hoy, precisamente, sucede así en esta ciudad. El Evangelio que hemos escuchado, trata de una parábola que nos invita a reflexionar sobre nuestra relación con Dios.

Mientras Jesús narra la experiencia de un señor con sus servidores, su voz pide a nuestros corazones que prestemos especial atención, de modo que podamos encontrar el verdadero sentido de las palabras que nos dirige. ¿A qué se refiere Dios con ser señor? ¿Qué quiere decir para el hombre ser servidor? Estos vocablos, marcados en el mundo por relaciones tensas de poder, adquieren un significado nuevo y sorprendente en los labios de Cristo. Él los pronuncia a propósito para que cambiemos nuestro modo de pensar y de actuar. Jesús anuncia la libertad a los que, en el mundo, son siervos; a quienes se sienten señores les enseña a convertirse. El único y verdadero Señor nos invita a cambiar nuestra vida, llamándonos a todos a la fraternidad; transformando las relaciones y la sociedad en que vivimos.

Escuchemos entonces lo que Cristo narra en la parábola: «Servidor bueno y fiel», dice el protagonista, «entra a participar de la alegría de tu señor» (*Mt* 25,21.23). Antes que nada, este elogio nos

revela que ser buenos y fieles significa corresponder a la bondad y a la confianza que recibimos de Dios. El trabajo que Él nos pide no es signo de opresión ni de distanciamiento, más bien es garantía del compartir y de la felicidad. El primero que es bueno con nosotros y nos confía sus bienes es el Señor. El signo de tal bondad son los preciosos talentos de los que habla la parábola, que en nuestras manos se convierten en tarea y responsabilidad, para que demos frutos de obras buenas. Estos talentos hacen que la vida, primer don de Dios, sea buena; utilizándolos, nos ejercitamos en la práctica de la justicia, la búsqueda de la verdad, el cuidado del prójimo y de la sociedad. Es así como multiplicamos los bienes recibidos, usando con inteligencia cuanto el Señor nos ha confiado.

Por otra parte, sin embargo, la parábola se refiere a un «servidor malo y perezoso» (*Mt* 25,26), al cual su señor le dice: «¿con que sabías que cosecho donde no siembro y recojo donde no esparzo?» (*ibíd.*). Las palabras de Jesús nos ponen a prueba. ¿Acaso el señor, es decir Dios, no es bueno y generoso con sus siervos, o sea, con nosotros? ¡Claro que lo es! Sin embargo, hay quienes no confían en Él, considerándolo como un hombre duro (cf. v. 24), despiadado y explotador. Dios, en cambio, nos dice: yo confío en tus capacidades, no oprimo en absoluto tu vida, más bien la amo. Yo comparto contigo mis bienes, te los confío para que den fruto, por la alegría que quiero compartir con todos. El siervo de la parábola, entonces, es malvado porque considera que Dios es como los señores de este mundo. Y los señores de este mundo, a menudo se consideran como Dios. Jesús no reprende solo la pereza del siervo, sino ante todo su conciencia malvada, la que le hace decir a su señor: «Sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste» (v. 24). Así, la parábola nos llama a pasar del miedo a la confianza en el Señor; de sentirse, quienes están alejados de Dios,

como sus esclavos, a compartir la alegría que viene de Él. En otras palabras, a hacernos conscientes de que somos sus hijos amados.

La parábola narrada por Jesús es muy actual, porque nos cuestiona sobre lo que estamos haciendo con los bienes que Dios nos regala, antes que nada, con los dones de la vida y de la tierra. Ambos están estrechamente vinculados, no existe el uno sin el otro: la salud de nuestra vida y la de la tierra que habitamos van de la mano, por eso, todo lo que hiere la dignidad de la vida destruye la belleza de la tierra; el ímpetu del hombre y el cuidado de la creación van de la mano, por eso, toda explotación laboral es una depredación del medio ambiente. La paz social y el equilibrio ecológico van de la mano, por eso, la violencia contra el pueblo es una violencia contra la tierra, y la violencia contra la tierra es una violencia contra el pueblo.

Queridos amigos: la palabra de Cristo entra aquí en el drama de nuestra historia. A la voz de mis Predecesores, el Papa Benedicto XVI y el Papa Francisco, uno la mía para subrayar el vínculo doloroso que existe entre «la devastación ambiental de la Amazonia y las amenazas a la dignidad humana de sus poblaciones» (Benedicto XVI, *Discurso a los jóvenes, 10 de mayo de 2007*, 2; cf. Francisco, Exhort. ap. postsin. *Querida Amazonia*, 12). Muy poco se ha hecho, y muy lentamente, a la vez que se han acelerado los instrumentos para explotar y contaminar la creación. Frente a estos males, no escondamos bajo tierra los talentos del Señor, que nos da la fortaleza para reparar y sanar el sufrimiento causado por una insaciable sed de dominio. El Evangelio que hemos escuchado, en este contexto, se vuelve anuncio de rescate y de esperanza para todo el pueblo. Somos nosotros, cada uno de nosotros, los que hemos de responder al Señor diciendo: «¡Gracias por los talentos que nos das! Queremos usarlos para el bien de todos». Y nos corresponde también a cada uno expresar al prójimo: «Eres para mí un hermano, una hermana.

Cultivemos juntos los talentos que dan frutos de vida buena para esta ciudad, para nuestro país y para el futuro que queremos construir como tiempo de justicia y de paz».

Esta voluntad se sintetiza en un gesto que hacemos durante la Santa Misa, llevando al altar los frutos de la tierra y del trabajo del hombre. La mesa que prepara el Señor para nosotros nos involucra en un intercambio de dones que presentamos a Dios para después esparcirlos en el mundo. A la luz del Evangelio, los invito entonces a multiplicar los talentos que el Señor nos confía, cultivando tres cosas concretas.

Ante todo, cultiven juntos la fe. Sean un pueblo que celebra la salvación de Dios y cura las heridas de la humanidad. De hecho, es el modo en que la Iglesia asume las palabras del hombre para decir la verdad de Dios y predica la palabra de Dios para anunciar la verdad del hombre. Siguiendo el ejemplo de Cristo, el Verbo hecho carne, observen la realidad cotidiana con la sabiduría que viene del Evangelio, abriendo para todos un futuro de justicia. Esta misión comienza en la oración y se nutre de los Sacramentos: como obra de toda la Iglesia, se realiza en las familias y en las parroquias, en las calles y en las escuelas, en los hospitales y en las cárceles. Esfuércense por multiplicar los talentos del Señor en todas partes, promoviendo la comunión con todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

En segundo lugar, los animo a cultivar nuestra magnífica humanidad. Este compromiso se refiere principalmente a los jóvenes, que son la promesa del pueblo peruano; se refiere al cuidado de los pequeños y a la protección de los ancianos; se refiere a la solidaridad con los pobres y los oprimidos. Hacer el bien exige combatir la violencia con la caridad, y responder a la corrupción con la honestidad. Ahí donde el hombre se sana, la tierra florece y la

cultura de la caridad alivia la contaminación moral, que es la causa de toda herida hecha a la creación, nuestro hogar común.

Frente a cada prueba, finalmente, cultiven siempre la alegría. El cristiano sabe que esa alegría no viene de la riqueza ni del poder que degradan como las drogas, que engañan el corazón y lo dejan angustiado. La verdadera alegría viene de la fe, porque tiene como fundamento la gracia de Dios, que da fruto en nuestra entrega fraternal. Mientras atravesamos tribulaciones y desafíos, edifiquemos juntos una sociedad feliz, pacífica, libre, contemplando al Señor Jesús, que crea paz desde su cruz, tomando sobre sí cada una de nuestras dificultades. Pidámosle a Él, el Redentor, que nos acompañe en nuestro camino dándonos la luz de la esperanza. Que su Madre María, Virgen Inmaculada, nos conforte y nos proteja siempre.

Volver al índice

LIMA Y CALLAO

16 de noviembre de 2026

VISITA AL PERSONAL Y A LOS ASISTIDOS DE LA CASA DE ACOGIDA DE LAS HERMANITAS DE LOS ANCIANOS DESAMPARADOS

Saludo del Santo Padre León XIV Casa de Acogida de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados (Callao). Lunes, 16 de noviembre de 2026

Palabras de saludo del Santo Padre desde el balcón de la Nunciatura Apostólica

¡Buenos días Lima, buenos días a todos!

Estaban empezando una bonita canción del profeta, todos nosotros estamos llamados a anunciar la Buena Nueva. Todos llamados a anunciar que Jesucristo ha venido y nos ha salvado. Que Cristo, el Señor de los Milagros, nos acompañe siempre.

Bueno, dentro de pocos minutos, estaré saliendo de aquí de la Nunciatura para ir a la celebración de la Santa Misa. Quiero agradecer a todos ustedes su participación, su presencia y su acogida, por haber acompañado a un servidor durante estos días.

Que el Señor los bendiga siempre. Que estén siempre llenos de fe y de esperanza, que el amor de Dios los ayude siempre a ser ese signo hermoso de la presencia de Dios, la cercanía de Dios, especialmente con los más pequeños.

El Señor esté con ustedes.

Que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes. Amén

Buen día, muchas gracias y hasta luego.

Saludo

Queridos hermanos, queridas hermanas: ¡Buenos días!

Es una inmensa alegría para mí estar hoy aquí con todos ustedes, en uno de mis últimos encuentros antes de partir del Perú. Agradezco a Mons. Luis Alberto Barrera Pacheco, obispo del Callao —que hoy está de cumpleaños—, y a la Madre Hermenegilda, responsable de esta Casa, sus palabras de bienvenida. Le doy las gracias también al señor José Luis y a María del Carmen, que nos han compartido sus testimonios. ¡Muchas gracias a todos también por la danza, por la música y por esta cálida acogida! Escucharlos, ver sus rostros alegres y poder compartir juntos este momento es una muestra del amor fraterno que se brinda y se recibe gratuitamente, que nace del encuentro con Dios y se expresa en la sencillez de lo cotidiano.

Esta Casa del Callao es como un «oasis de dignidad» (Exhort. ap. *Dilexi te*, 51) y de esperanza para los ancianos. Como ustedes saben, la palabra «oasis» se refiere a un lugar en el desierto donde es posible encontrar vegetación, agua y descanso. Así son las obras de caridad que ayudan a los más desprotegidos: un oasis que calma la sed, reconforta y renueva a las personas que allí viven y trabajan, así como a aquellos que se acercan a visitarlas. Lugares como este se multiplican a lo largo y a lo ancho del Perú, formando una auténtica red de centros caritativos donde se acoge con amor y respeto a los más pobres y a los abandonados.

Quisiera agradecer la labor que realizan aquí las Hermanitas de los Ancianos Desamparados y recordar la figura de su santa fundadora, santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars. Ella propuso una consigna que hoy sigue suscitando numerosas obras de bien: «Cuidar los cuerpos para salvar las almas». Actualmente hay una nueva sensibilidad acerca del cuidado, la protección y la creación de espacios seguros con la certeza de que «la capacidad de saber cuidarnos los unos a los otros es una dimensión importante de nuestro ser humano» (Carta enc. *Magnifica humanitas*, 114).

Lamentablemente, sabemos que hay situaciones en las que no se ofrece cuidado o asistencia a los cuerpos, ni se piensa en las almas; no se atiende a las personas, sino que se les abandona; no se protege al más débil e indefenso, sino que se abusa de él; no se ama la vida, sino que se le intenta destruir. No podemos permanecer indiferentes al saber que los cuerpos y las almas de numerosos hermanos y hermanas nuestros están descuidados y que, muchas veces, son manipulados. Esos lugares son desiertos de humanidad, en los que los más frágiles siguen diciendo, como Jesús en la cruz: «Tengo sed» (*Jn* 19,28). Tenemos que reconocer con dolor que son muchos los pobres y desamparados en este país que hoy nos siguen diciendo «tengo sed, necesito beber de las fuentes del amor y de la vida, necesito cuidado y protección». ¿Qué hacemos nosotros para calmar esa sed?

Queridos hermanos y hermanas, hoy me dirijo a ustedes aquí reunidos, pensando también en todos los sacerdotes, religiosos, laicos, familias, asociaciones y voluntarios que trabajan en el ámbito de la caridad en estas benditas tierras peruanas. Perú necesita más oasis fraternos y menos desiertos individualistas, necesita más almas entregadas al servicio del Reino de Dios que cuiden de las personas frágiles y marginadas, reconociendo en ellas los dolores y

sufrimientos de Cristo crucificado, y ayudándoles a cargar su cruz, como el Cirineo. Así como alma y cuerpo han de estar unidos para que el ser humano exista, no podemos separar la fe que profesamos de las obras que realizamos; es necesario ser coherentes y responsables, es necesario hacer un examen de conciencia y ver cuál es nuestro verdadero tesoro, preguntarnos por qué sigue habiendo tantos problemas y desigualdades.

En un país que ha recibido tanto a través de la caridad cristiana, ¿por qué somos tan pocos para seguir pasando la antorcha a las nuevas generaciones? El secreto está en volver al encuentro con Cristo, en volver a los orígenes de nuestra fe. Un oasis, para producir vida, necesita un manantial accesible. Ese manantial son los sacramentos, la catequesis, la adoración eucarística y la caridad fraterna. No podemos sanar los cuerpos si olvidamos la medicina de la gracia que cura y fortalece el alma.

A este respecto, no quisiera dejar de mencionar la presencia en estas tierras de san Martín de Porres, cuya vida de santidad traspasó rápidamente las fronteras. Él supo cuidar los cuerpos y edificar las almas con gestos sencillos y humildes, a imitación de nuestro Señor Jesucristo, como se refleja en la frase que se le atribuye tradicionalmente: «Yo te curo, Dios te sana». Quisiera que también ahora, en este tiempo de la historia, los hijos e hijas del Perú recorrieran el camino de la santidad y llevaran el Evangelio a cada rincón, a cada persona de este amado país y de otros lugares del mundo, convirtiendo los áridos desiertos del materialismo y el consumismo en verdes praderas de solidaridad y entrega generosa.

Queridos hermanos y hermanas: sé que Perú tiene mucho para dar. No nos quedemos paralizados discurriendo sobre vanos asuntos terrenales, es necesario dar pasos hacia las realidades celestiales. Seguir a Cristo vale la pena, seamos valientes para defender a los

niños, a los jóvenes y a los ancianos, a los más pequeños y necesitados de la sociedad, como Él lo hizo; amemos a los demás como Dios nos ama. Tenemos una gran historia de santidad que transmitir, un hermoso presente que agradecer y un luminoso futuro para seguir construyendo entre todos.

Que Nuestra Señora de la Evangelización los guíe en este camino. Rezo por ustedes y los llevo en mi corazón.

Vamos a pedir la bendición del Señor sobre cada uno de ustedes, sobre la comunidad de las hermanas, sobre todos nuestros seres queridos y nuestras familias.

En la entrega de las llaves de la Ciudad del Callao

Muchas gracias por esta acogida. Es una alegría muy grande poder encontrarme de nuevo en el Callao con ustedes. Muchísimas gracias. Vamos a pedir la bendición del Señor sobre cada uno de ustedes, sus familias, sus hijos, hijas, los niños pequeños, los enfermos, los ancianos. Dios camina con nosotros. Tengamos siempre esa fe en nuestro corazón.

El Señor esté con ustedes.

(Bendición)

Muchas gracias y hasta pronto. Hasta luego.

Volver al índice

SANTA MISA

Homilía del Santo Padre León XIV Base Aérea Las Palmas (Lima). Lunes, 16 de noviembre de 2026

Homilía

Queridos hermanos y hermanas:

Jesús resucitado está hoy aquí con nosotros conforme a su promesa. «Sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (*Mt* 28,20). Lo ha prometido a sus discípulos, antes de ascender al Padre, y nosotros lo hemos experimentado de nuevo en estos días. ¡Gracias por su hospitalidad! Reunidos así, tan numerosos y alegres, alrededor del Papa, ustedes han dado testimonio de que el Señor vive permanentemente en su Iglesia y la reúne. ¡Que este testimonio siga resonando y dando buenos frutos en todo el Perú!

En este mundo herido por la prepotencia, su Palabra nos educa, aún hoy, en un nuevo tipo de fortaleza. En efecto, el Señor nos dice: «Dios me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra» (*Mt* 28,18). ¡Es el poder del amor crucificado! «Vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos: bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt* 28,19). El mandato del único y verdadero Señor, que hemos escuchado en la proclamación del Evangelio, ayuda a comprender la esencia de la misión de la Iglesia: llevar adelante la obra de Jesucristo, con su poder, tan diferente de los poderes mundanos.

El mandato misionero ha sido cumplido por los primeros discípulos y por muchos cristianos a lo largo de la historia. Es por eso que estamos reunidos hoy en esta celebración: hemos sido bautizados, nos hemos convertido en discípulos de Jesucristo y aprendemos, día tras día, a observar aquello que Él nos ha mandado. Trescientos años después de la canonización de santo Toribio de Mogrovejo, segundo Arzobispo de Lima, damos las gracias, como peruanos, por el don de la fe cristiana que su testimonio apostólico ha enraizado profundamente en nuestro pueblo. «Los santos son la verdadera interpretación de la Sagrada Escritura. Los santos han verificado, en la experiencia de la vida, la verdad del Evangelio; así nos introducen en el conocimiento y en la comprensión del Evangelio» (Benedicto XVI, *Audiencia General, 19 de agosto de 2009*). Razón por la cual podemos reflexionar sobre las páginas bíblicas a la luz de la experiencia de santo Toribio.

Como los primeros discípulos en el lago de Galilea, él recibió una invitación singular de parte de Jesús, una vocación que lo tomó por sorpresa. A pesar de ser un laico con una carrera en ascenso en el ámbito del derecho, Toribio fue llamado a ser pastor de la Iglesia. Desde entonces se puso en camino, como los apóstoles, detrás del Señor. Atravesó el país a pie, cientos y cientos de kilómetros, consciente de que seguía a Jesús mismo cuando iba al encuentro de los pueblos indígenas. Por eso buscaba su presencia en medio de esas comunidades, mientras aún aprendía la lengua y comprendía sus creencias, todo con el propósito de reconocer la obra silenciosa del Espíritu Santo.

Al llegar a Lima, enriquecido del largo viaje, en su servicio episcopal se distinguió por el ministerio de la Palabra, a la que se dedicó con particular diligencia, pero con la firme convicción de que la dulzura era el único modo de anunciar la «verdadera religión»,

como había enseñado Bartolomé de Las Casas. En la primera carta a los Corintios, hoy hemos escuchado decir a san Pablo: «Que nos valoren como colaboradores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (*1 Co* 4,1). Y sobre el propio ministerio, santo Toribio observó: «Yo, al tiempo que estoy en esta ciudad hago lo propio predicándoles en la lengua, y a los españoles y a los demás que me entienden, declarando el Evangelio»[1]. Insistió en que los sacerdotes aprendieran el quechua y luchó por la ordenación de indígenas y mestizos, que aún muchos miembros del clero despreciaban.

Toribio deseaba que fueran los mismos indígenas los que evangelizaran a sus parientes, amigos y vecinos. Quería, de hecho, que el anhelado abandono de las creencias ancestrales llegara de su espontánea voluntad, sin coacciones. Lo demuestra su incansable dedicación a las visitas pastorales, llevadas a cabo con el fin de conocer, ayudar y, si era necesario, corregir a sus fieles, para instruirlos en la Palabra divina y administrar los Sacramentos. Confirmaba y predicaba incansablemente. No aceptaba siquiera el más pequeño regalo de parte de nadie. Aquellas visitas le causaron oposiciones y calumnias, incluso de parte de las autoridades; sin embargo, le permitieron ser y mostrarse como misionero, evangelizador, padre y pastor, sin ninguna otra preocupación que la de comunicar la vida divina ofrecida por el Buen Pastor.

«El Señor es quien me juzga» (*1 Co* 4,4), escribe el apóstol Pablo. E, inmediatamente, pide: «No juzguen antes de tiempo, sino que esperen la llegada del Señor, pues él sacará a la luz lo que se esconde en las tinieblas y pondrá al descubierto las intenciones del corazón» (*1 Co* 4,5). Son palabras que también a nosotros nos inspiran una gran libertad de espíritu y un estilo de escucha paciente.

Los únicos que no pueden esperar son los pobres. Por ello, sin excluir a nadie, sino acogiendo a todos, santo Toribio se ocupó especialmente de los últimos. Uno de sus biógrafos escribió: «En su grey el indígena es la porción de mayores cuidados. Y se ve correspondido. Le quieren y le aman como si fuera padre de cada uno»[2]. Repartía casi todo lo que le correspondía entre los pobres y lo donaba a fin de fundar hospitales para los indígenas. Les decía, entre lágrimas: «¡Oh pobre que me enriqueces! ¡Oh desnudo que me vistes! ¡Oh hambriento que me hartas!». Llevaba consigo, después de cada visita pastoral, fascículos de observaciones, denuncias y reclamos sobre la población indígena dirigidos al rey, con el objetivo de acabar con las injusticias.

Queridos hermanos: al final de mi visita apostólica, también yo quiero confirmarlos en la fe y en la caridad, y asegurarles que los llevaré siempre conmigo. Sí, ¡el pueblo peruano también es mi pueblo! En donde quiera que nos encontremos, abriendo el corazón a Dios podremos vivir la relación fundamental, esa que permite reflejar la imagen divina a cada ser humano. Así, con el corazón sanado y elevado por la gracia en el vínculo con la Trinidad, nosotros podremos abrirnos a cada hermano y hermana, curándolos, amándolos y sirviéndolos con la bondad del Señor.

Con su ejemplo, santo Toribio nos invita a santificar nuestras relaciones en la Iglesia; su vida nos propone reconocernos como miembros vivos de un solo cuerpo. Él abrió el corazón a la comunión eclesial, experimentó la Iglesia como comunión misionera: la comunión que brota del ser verdadera morada de la Trinidad, y que por eso valora las diferencias, las sensibilidades y los pensamientos distintos en la unidad de la fe. Esta se manifiesta y se consolida en la Eucaristía, sacramento de la unidad, que para santo Toribio era el centro de la vida. La comunión se expresa hoy en la sinodalidad,

transformándose así, a todos los niveles, en un estilo de vida eclesial. Santo Toribio lo anticipó a través de los concilios y sínodos celebrados, en los que supo escuchar, dialogar, acoger las sugerencias del Espíritu y poner en práctica el discernimiento comunitario, incluyendo también a los más pobres en la búsqueda de la verdad. De este modo se comprende por qué las orientaciones del siglo XVI permanecieron hasta finales del siglo XIX, cuando se celebró el Concilio Plenario Latinoamericano.

Hermanas y hermanos: santo Toribio de Mogrovejo fue un artífice de la civilización del amor, contrastando a los constructores de Babel presentes en su tiempo. También son protagonistas de esa civilización los santos contemporáneos: Rosa de Lima, Martín de Porres, Francisco Solano, entre otros. Mirándolos, redescubramos con gratitud el regalo de ser Iglesia de Jesucristo y, cada vez que celebramos la Eucaristía, regresemos a su promesa: «Sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos» (*Mt* 28,20).

Queridos hermanos y hermanas: mi viaje termina, pero ¡el tiempo de la misión continúa! Recordemos que al final de cada Misa somos enviados a evangelizar. Por eso, ¡vayan y anuncien al Dios verdadero! ¡Den testimonio de lo que han visto y oído! ¡Que nadie se quede sin conocer esta Buena Noticia! Que nuestra misión pueda, por intercesión de la Virgen María y de los santos, estar siempre animada por la fe en la presencia del Resucitado, que nos da su paz y nos invita a llevarla a todos. Así sea.

Agradecimiento al final del Viaje

Queridos hermanos y hermanas:

Al final de mi visita no tengo palabras para expresar la profunda gratitud al Señor por los abundantes dones y gracias que ha derramado en estos días vividos en comunión. ¡Gracias Perú!

Agradezco a las Autoridades civiles y religiosas, a los organizadores, colaboradores y voluntarios, así como a las numerosas personas y comunidades que hicieron posible este Viaje apostólico. Gracias particularmente a quienes participaron en los encuentros a través de medios de comunicación, aquí en las llanuras y también allá en las montañas, en la Amazonía, y en todo el Perú ¡Muchas gracias a todos!

Me he sentido como en casa y me han recordado que la Iglesia es de verdad, una familia. Aquí me enseñaron a ser «obispo» y ahora aprendí, un poquito más, a servir como Sucesor de Pedro. Me llevo el grato recuerdo de las sonrisas de los niños que saludé en las calles y plazas, la contagiosa alegría de los jóvenes, la calidez de las familias, la ternura de los abuelitos y abuelitas que no faltaron a nuestra cita. Sus cantos, sus danzas coloridas, el aroma de sus sahumerios han fortalecido mi pasión por la misión hasta los confines del mundo. He venido a anunciarles a Cristo, y me llevo el testimonio de la fe y la devoción que siempre admiré en ustedes.

Queridos hermanos y hermanas: renovados por la alegría de nuestro encuentro, sigamos orando, juntos en la distancia, a Jesús, nuestro *Camino, Verdad y Vida*. Que la intercesión de la Virgen María y todos los santos del Cielo, los acompañe siempre. ¡Que Dios te bendiga mi Perú! ¡Que María te cubra con su manto!

---

[1] «Parecer que dio su señoría Ilustrísima sobre los indios de san Lázaro, el cual se envió al Consejo Real de Indias», 14 de abril de 1595, citado en C. García Irigoyen, *Santo Toribio,* Tomo I, p. 97.

[2] V. Rodríguez Valencia, *Santo Toribio de Mogrovejo. Organizador y Apóstol de Sur — América*, Tomo II, 3.

Volver al índice